

# BUSCADORES DE LA VERDAD



*"Hipócrates rechaza los regalos de Artajerjes" de Girodet Trioson*

Elena Sant Iago



### **Juramento de Hipócrates**

"Juro por Apolo médico y por Asclepio y por Higia y por Panacea y todos los dioses y diosas, poniéndoles por testigos, que cumpliré, según mi capacidad y mi criterio, este juramento y declaración escrita: Trataré al que me haya enseñado este arte como a mis progenitores, y compartiré mi vida con él, y le haré partícipe, si me lo pide, y de todo cuanto le fuere necesario, y consideraré a sus descendientes como a hermanos varones, y les enseñaré este arte, si desean aprenderlo, sin remuneración ni contrato.

Y haré partícipes de los preceptos y de las lecciones orales y de todo otro medio de aprendizaje no sólo a mis hijos, sino también a los de quien me haya enseñado y a los discípulos inscritos y ligados por juramento según la norma médica, pero a nadie más.

Y me serviré, según mi capacidad y mi criterio, del régimen que tienda al beneficio de los enfermos, pero me abstendré de cuanto lleve consigo perjuicio o afán de dañar.

Y no daré ninguna droga letal a nadie, aunque me la pidan, ni sugeriré un tal uso, y del mismo modo, tampoco a ninguna mujer daré pesario abortivo, sino que, a lo largo de mi vida, ejerceré mi arte pura y santamente.

Y no castraré ni siquiera (por tallar) a los calculosos. Antes bien, dejaré esta actividad a los artesanos de ella.

Y cada vez que entre en una casa, no lo haré sino para bien de los enfermos, absteniéndome de mala acción o corrupción voluntaria, pero especialmente de trato erótico con cuerpos femeninos o masculinos, libres o serviles.

Y si en mi práctica médica, o aún fuera de ella, viviese u oyere, con respecto a la vida de otros hombres, algo que jamás deba ser revelado al exterior, me callaré considerando como secreto todo lo de este tipo.

Así pues, si observo este juramento sin quebrantarlo, séame dado gozar de mi vida y de mi arte y ser honrado para siempre entre los hombres; mas, si lo quebranto y cometo perjurio, succédame lo contrario."

### **Oración de Maimónides**

Dios Todopoderoso, Tú has creado el cuerpo humano con infinita sabiduría. Tú has combinado en él diez mil veces, diez mil órganos, que actúan sin cesar y

armoniosamente para preservar el todo en su belleza: el cuerpo que es envoltura del alma inmortal. Trabajan continuamente en perfecto orden, acuerdo y dependencia.

Sin embargo, cuando la fragilidad de la materia o las pasiones del alma trastornan ese orden o interrumpen esa armonía, entonces unas fuerzas chocan con otras y el cuerpo se desintegra en el polvo original del cual se hizo. Tú envías al hombre la enfermedad como benéfico mensajero que anuncia el peligro que se acerca y le urges a que lo evite.

Tú has bendecido la tierra, las montañas y las aguas con sustancias curativas, que permiten a tus criaturas aliviar sus sufrimientos y curar sus enfermedades. Tú has dotado al hombre de sabiduría para aliviar el dolor de su hermano, para diagnosticar sus enfermedades, para extraer las sustancias curativas, para descubrir sus efectos y para prepararlas y aplicarlas como mejor convenga en cada enfermedad.

En Tu eterna Providencia, Tú me has elegido para velar sobre la vida y la salud de Tus criaturas. Estoy ahora preparado para dedicarme a los deberes de mi profesión. Apóyame, Dios Todopoderoso, en este gran trabajo para que haga bien a los hombres, pues sin Tu ayuda nada de lo que haga tendrá éxito.

Inspírame un gran amor a mi arte y a Tus criaturas. No permitas que la sed de ganancias o que la ambición de renombre y admiración echen a perder mi trabajo, pues son enemigas de la verdad y del amor a la humanidad y pueden desviarme del noble deber de atender al bienestar de Tus criaturas.

Da vigor a mi cuerpo y a mi espíritu, a fin de que esté siempre dispuestos a ayudar con buen ánimo al pobre y al rico, al malo y al bueno, al enemigo igual que al amigo. Haz que en el que sufre yo no vea más que al hombre.

Ilumina mi mente para que reconozca lo que se presenta a mis ojos y para que sepa discernir lo que está ausente y escondido. Que no deje de ver lo que es visible, pero no permitas que me arrogue el poder de inventar lo que no existe; pues los límites del arte de preservar la vida y la salud de Tus criaturas son tenues e indefinidos.

No permitas que me distraiga: que ningún pensamiento extraño desvíe mi atención de la cabecera del enfermo o perturbe mi mente en su silenciosa deliberación, pues son grandes y complicadas las reflexiones que se necesitan para no dañar a Tus criaturas. ¡Dios Todopoderoso!

Concédeme que mis pacientes tengan confianza en mí y en mi arte y sigan mis prescripciones y mi consejo. Aleja de su lado a los charlatanes y a la multitud de los parientes oficiosos y sabelotodos, gente cruel que con arrogancia echa a perder los mejores propósitos de nuestro arte y a menudo lleva a la muerte a Tus criaturas.

Que los que son más sabios quieran ayudarme y me instruyan. Haz que de corazón les agradezca su guía, porque es muy extenso nuestro arte.

Que sean los insensatos y locos quienes me censuren. Que el amor de la profesión me fortalezca frente a ellos. Que yo permanezca firme y que no me importe ni su edad, su reputación, o su honor, porque si me rindiera a sus críticas podría dañar a tus criaturas.

Llena mi alma de delicadeza y serenidad si algún colega de más años, orgulloso de su mayor experiencia, quiere desplazarme, me desprecia o se niega a enseñarme. Que eso no me haga un resentido, porque saben cosas que yo ignoro. Que no me apene su arrogancia. Porque aunque son ancianos, la edad avanzada no es dueña de las pasiones. Yo espero alcanzar la vejez en esta tierra y estar en Tu presencia, Señor Todopoderoso.

Haz que sea modesto en todo excepto en el deseo de conocer el arte de mi profesión. No permitas que me ataque el pensamiento de que ya sé bastante. Por el contrario, concédeme la fuerza, la alegría y la ambición de saber más cada día. Pues el arte es inacabable, y la mente del hombre siempre puede crecer.

En Tu eterna Providencia, Tú me has elegido para velar sobre la vida y la salud de Tus criaturas. Estoy ahora preparado para dedicarme a los deberes de mi profesión. Apóyame, Dios Todopoderoso, en este gran trabajo para que haga bien a los hombres, pues sin Tu ayuda nada de lo que haga tendrá éxito.

### **Del Liber Paragranum, de Paracelso**

“Aquel que puede curar enfermedades es médico. Ni los emperadores, ni los papas, ni los colegios, ni las escuelas superiores pueden crear médicos. Pueden conferir privilegios y hacer que una persona que no es médico, aparezca como si lo fuera; pueden darle permiso para matar, mas no pueden darle el poder de sanar; no pueden hacerle médico verdadero si no ha sido ya ordenado por Dios. El verdadero médico no se jacta de su habilidad ni alaba sus medicinas, ni procura monopolizar el derecho de explotar al enfermo, pues sabe que la obra ha de alabar al maestro, y no el maestro a la obra.

Hay un conocimiento que se deriva del hombre, y otro que se deriva de Dios por medio de la luz de la naturaleza. El que no ha nacido para ser médico, nunca tendrá éxito. El médico debe ser leal y caritativo. El que se ama a sí mismo y a su propio bolsillo, hará muy poco bien a los enfermos. La medicina es mucho más un arte, que una ciencia. El conocer las experiencias obtenidas por los demás, es útil para un médico; pero todo el saber de los libros no puede hacer médicos a un hombre a menos que él lo sea por naturaleza. Sólo Dios da la sabiduría médica”.

## **Prólogo del libro: "El Legado de una Nueva Medicina"**

"La peor forma de esclavitud del hombre, es decir el total alienamiento de sí mismo, tendrá por fin un final.

La angustia que nace de la pérdida completa de la fe natural en uno mismo y en el propio cuerpo, de la capacidad instintiva para escuchar la voz del propio organismo, será abatida.

Con la comprensión de los nexos existentes entre psique y cuerpo, el paciente abarca también el mecanismo del pánico, de los miedos irracionales frente a procesos considerados inevitables por los pronósticos, que justamente por eso se convierten en inevitables y letales, por cuanto el paciente se los cree porque tiene miedo.

De esta manera se pondrá fin también al pleno poder de los médicos, crecido sin medida debido a esta angustia por un "mecanismo tumoral autodestructivo", por la "crecida ilimitada de las metástasis destructivas", etc..

Los médicos deberán devolver a los pacientes la responsabilidad, de la cual realmente ellos ni se han hecho, ni han podido hacerse cargo.

**Este libro<sup>1</sup> puede significar la verdadera libertad para aquellos que realmente lo comprendan.**

La experiencia más maravillosa para mí fue el hecho de ver que los pacientes, con el libro de la NUEVA MEDICINA en la mano, están en la situación de salvarse por sí solos. Leen el libro, lo comprenden, van con calma y tranquilidad a su doctor o catedrático, y le ponen el libro encima de la mesa diciéndole que quieren ser tratados únicamente con este método. Ningún catedrático en este mundo puede decir nada en contra, y ninguno ha podido hasta ahora argumentar nada en contra. Los histopatólogos, que hasta ahora eran los "dioses del destino" en medicina, son los que debían decidir si un tejido era canceroso o no. En la confrontación con el sistema ontogenético de los tumores y de las enfermedades onco—equivalentes deberán sin embargo desmentirse y darse por vencidos si su diagnóstico no se comprueba. Ahora se establecen unos criterios nuevos por completo y sobretodo demostrables. Además la diagnosis histológica y los presuntos pronósticos que circulaban en el pasado ("le queda tanto de vida y de tal manera; tiene tantas probabilidades de sobrevivir") ya no producen miedo, porque el paciente sabe que eso es lo que puede programar su pronóstico.

El paciente se ha emancipado y no mira más como un conejillo asustado al médico jefe, de cuya boca esperaba oír tembloroso el pronóstico mortal (lo cual le causaba siempre el sucesivo conflicto con una llamada "metástasis"); el paciente está hoy día

---

<sup>1</sup> "El Legado de una Nueva Medicina", de Dr. Ryke Geerd Hamer

de frente al médico como un igual. El paciente puede incluso comprender la Nueva Medicina tan bien como el médico, mientras que entre los dos no estaban en situación de comprender el caos precedente de la vieja medicina, con todas sus excepciones inexplicables y sus hipótesis gratuitas. Los médicos se han comportado como si pudieran entender este absurdo o como si lo hubiesen entendido ya.

Por último un caso real, verificado en Bremen hace algún tiempo y que me ha marcado profundamente: una muchacha joven, de la que se había dicho en la clínica que estaba "llena de metástasis" y que no tenía ninguna esperanza de sobrevivir, recibe a escondidas de una buena amiga este libro. Para poder leerlo en paz se va al bosque, se acomoda en un lugar tranquilo junto a unos árboles y... lee. Como había sido una secretaria maravillosa hasta aquel momento pudo leer muy rápido y con concentración durante horas. No sintió ni hambre ni cansancio; leyó febrilmente durante 6 horas, según ella dice. "Después" cuenta "se me abrieron los ojos. Comprendí con un alegre susto lo que significaba este libro. Salté tan alto como pude del tronco donde estaba sentada y le grité al bosque: ¡Ahora sé que puedo seguir viviendo"!

No se equivocó. Ahora está bien y desde hace tiempo fuera de peligro. Aunque este libro hubiese ayudado sólo a esta joven muchacha, una única persona, a sobrevivir, habría valido la pena escribirlo.

Vuestro Dr. Ryke Geerd Hamer"

## Capítulo 1

La madre de Silvia entró en la casa, y antes de cerrar la puerta, exclamó:

—¡Menudo sinvergüenza! ¡Lo que nos faltaba! ¡Un negacionista en el bloque!

La joven, que estaba en la cocina decorando una ensaladilla, pensó: "¿A quién se referirá?"

La madre se fue directamente a la cocina y le dijo a su hija:

—¡Ya no puede una estar tranquila, ni en su casa!

—¿Qué ha pasado? —inquirió Silvia curiosa, mientras le hacía un hueco en la mesa a su madre para que depositara la bandeja de dulces.

—¿Que qué ha pasado? —repitió su madre muy enfadada —¡Pues que he ido a coger el ascensor, y cuando llega, sale un sinvergüenza sin mascarilla, tan campante! Y encima me dice: "Buenos días, señora. Entre, que yo le marco el piso." ¿Será descarado? ¡Y encima con recochineo! ¡Ni ha guardado la distancia, ni se ha puesto la mascarilla!

—¡Ah! — contestó la joven — A lo mejor como iba solo, no la llevaba puesta.

—¡Pero en ese caso, tendría que habérsela puesto cuando me ha visto!

Silvia se encogió de hombros y le dijo:

—Puede que no se diera cuenta de que no la llevaba, y en realidad lo que quería, era ayudarte, ¿no?

—¿Cómo que ayudarme? ¿Así cómo iba a ayudarme? Y además, ¿cómo no se iba a dar cuenta de que no la llevaba?

—Pues no sé. A mí me ha pasado alguna vez que se me había olvidado ponérmela, hasta que veía a algún vecino con ella. Y es posible que él no se haya dado cuenta, y quiso ayudarte, porque si venías con las dos manos ocupadas con la bandeja de dulces, ¿cómo ibas a darle al botón del piso?

La madre se quedó callada unos momentos y luego respondió:

—Es verdad que me ha costado un poco, ¡pero he podido darle al botón, que no soy una inválida!

—A lo mejor quiso ser amable. —le dijo la joven.

—¡Nada, nada! —exclamó la madre— Si hubiera querido ser amable, para empezar, tendría que haberse puesto la mascarilla, y luego, guardar la distancia. Todos lo hacemos. ¡No sé por qué tienen estos negacionistas ese capricho de llevar la contraria!

—¿Y qué le has dicho?

—¡Pues ya sabes cómo soy yo, que no me callo nada! ¡Y menos, cuando llevo razón! Pero el muy desvergonzado me ha contestado que dejase de ver la tele y que nos estaban mintiendo en todo. ¡Será posible!

Silvia se quedó pensando: "La verdad es que este mundo se está volviendo loco. Después de todo lo que está sucediendo, todavía hay gente que niega todo, y hacen caso omiso de las normas. De hecho se dice que son ellos los mayores culpables de que se siga cundiendo la pandemia".

La supuesta pandemia a la que se refería la joven protagonista de este relato era conocida como la pandemia del "tiaravirus", y según los medios de comunicación oficiales, provocaba la enfermedad del "bovid 18" y de esa manera todo el mundo creía que se había extendido por todo el planeta, y que se habían contagiado millones de personas, según una prueba llamada "bcr".

Sin embargo en su familia no se había "contagiado" nadie, y lo cierto es que Silvia no conocía directamente a nadie que lo hubiera pasado, pero en la televisión y en los periódicos se decía que había muchísimos contagios y muchos muertos.

En su familia, así como en muchas otras familias, se pensaba que gracias a los medios de comunicación se sabía que precisamente los negacionistas eran los que más estaban contribuyendo a que se cundiera la pandemia de forma más rápida y virulenta, porque no respetaban las normas, y no mantenían las pautas para no contagiar a otros, ni a sí mismos. Además estaban convencidos de que se trataba de gente muy descarada, que no creían en la existencia del virus. El caso es que el tal virus ni se había visto, ni se había aislado, y las imágenes que se habían lanzado por todo el mundo solo eran imágenes construidas por ordenador, pero los medios de comunicación eran muy buenos convenciendo a sus seguidores de la verdad del tiaravirus, de la fuerza del contagio, y de la cantidad de enfermos y de defunciones debidas al famoso virus. Lo raro es que no se hacían autopsias, y ya parecía que casi nadie moría por otras causas...

Por otro lado, Silvia y su familia creían en la bondad y en el amor del gobierno hacia su país, y estaban convencidos de que dicho gobierno era aconsejado por entidades y personajes que solo desean el bien de la Nación y de sus habitantes. Y cuando se decretó un estado de alarma y se confinó a los ciudadanos en sus casas para que no se contagiaran, dejando solo salir para cuestiones básicas o de urgencia, tanto, la familia de Silvia, como muchas otras familias, lo aceptaron como un bien general para todos, a pesar de que hubo muchos negocios familiares que fueron a la quiebra y se vieron obligados a cerrar.

Pero por alguna extraña razón, el famoso "virus", —que recordemos que ni se había visto, ni se había aislado— parecía ser más listo que cualquier humano con su intelecto y su cerebro, y siguió propagándose como si le diera igual que todo el mundo estuviese encerrado y aislado.

Afortunadamente, después de unos meses de encierro, la gente volvió a salir a la calle, eso sí, guardando las distancias y con mascarillas (aunque algunos decían que los poros de las mascarillas eran bastante más grandes que el tamaño del virus en cuestión), y utilizando geles hidroalcohólicos de limpieza para las manos, para evitar el contagio, aunque nadie había visto bajo el microscopio el virus, ni el daño que le podía producir ese gel.

Y después de una larga espera de meses, por fin vinieron las vacunas para disminuir la gravedad del contagio. Había varias empresas farmacéuticas que las habían fabricado. Lo que no sabían muchos —entre otros, Silvia y su familia— es que las farmacéuticas ya tenían previstas esas vacunas desde mucho antes de que se diera a conocer en los medios de comunicación la existencia del famoso virus. Según las farmacéuticas, habían experimentado con un grupo reducido de personas, pero como se preveía que el virus iba a hacer muchos estragos por todo el mundo, las farmacéuticas decidieron que no merecía la pena esperar demasiado para comprobar

si podían producir efectos negativos no solo a corto plazo, sino también a largo plazo, y por eso, en pleno proceso de experimentación, ya se empezaron a poner las primeras vacunas. Al fin y al cabo eso formaba parte de la investigación, pues así se vería la reacción de las vacunas experimentales en individuos de todas las edades y de todas las razas, conforme transcurría el tiempo: días, meses, e incluso años. Mas podemos preguntarnos: si estaba en proceso de investigación, ¿cómo es que se incitaba a las personas a que se las pusieran, diciéndoles que los síntomas iban a ser menores, si todavía no tenían esa evidencia?...

La familia de Silvia, y muchas otras familias creían que el Gobierno sólo miraba por el bien de su pueblo. Pues creían que nada hay más importante para un Gobierno que el bienestar de su pueblo...

Y por otro lado, tanto Silvia, como su familia, confiaban también en los que colaboraban con el Gobierno: esos trabajadores de la comunicación, que se les supone que también aman por encima de todo, la verdad, y que informan a sus semejantes con noticias veraces, importantes y de calidad...

Y no olvidaban el tercer pilar: aquellos que habían hecho el juramento hipocrático, y demás personal sanitario, que dedicarían su vida por los enfermos con el fin de poder ayudarles a recuperar su salud de manera digna.

Todo eso hacía que Silvia, su familia, y la mayoría de las gentes confiaran plenamente tanto en sus gobernantes, como en los medios de comunicación, y por supuesto en el sistema sanitario oficial. Y si tanto unos como otros ganaban grandes salarios y mayores incentivos económicos, era porque se lo merecían, ya que eran los grandes salvadores de la humanidad...

Sin embargo, existían otros personajes rebeldes, que se empeñaban en no querer ver las virtudes de aquellos que tanto bien hacían por el pueblo... Y lo peor es que no se creían nada de lo que se decía a través de los medios de comunicación oficiales. Por eso se les llamaba "negacionistas": porque negaban la versión oficial. No se la creían, porque se paraban a reflexionar, a examinar, a investigar por otros cauces diferentes... y les parecía que la versión oficial no cuadraba.

Cierto es que entre los que no creían en el "virus", ni en la pandemia, no todos eran iguales, pues había muchas teorías...

Pero los que sí creían en la existencia del virus y de la pandemia, los metían en el mismo saco. Cosa que no deberíamos hacer: juzgar prematuramente a los demás.

## Capítulo 2

La joven Silvia había estudiado filología francesa e inglesa, tras lo cual estuvo trabajando durante cinco años en una librería. Pero cuando se encerró a la población en sus casas, la tienda tuvo que cerrar y ella se quedó sin trabajo. Un año después, la tienda volvió a abrir, pero la dueña contrató a un familiar y a Silvia no le renovaron el contrato y se quedó definitivamente sin trabajo. Ella buscó y buscó, pero nada le salía. De manera que tuvo que permanecer en casa, ayudando en las tareas del hogar.

Silvia tenía un hermano que era profesor de física en un instituto, y una hermana que trabajaba en una agencia de viajes situada en un centro comercial. Los dos eran mayores que ella, y los dos estaban casados, pero solo su hermana tenía hijos. Esta la medio contrató para que se encargara de sus dos hijos cuando salieran de la escuela infantil, hasta que ella llegara a casa. Silvia se encargaba de hacerles la comida, dársela, limpiar un poco y ayudarlos a hacer los deberes. Decimos que le medio contrató, porque le pagaba una suma simbólica, pues una niñera le habría costado más, y no habría hecho tanto.

La joven no se quejaba porque, por un lado, pensaba que le hacía un favor a su hermana, y por otro, quería muchísimo a sus sobrinos. Pero la realidad era que con lo que cobraba, ayudaba en su casa, pues sus padres solo tenían el sueldo de la jubilación de su padre, y al fin y al cabo ella vivía con ellos. Total, que apenas tenía ni para gastillos extras.

Silvia y sus padres vivían en un bloque de pisos en una zona bellamente ajardinada, construidos tanto el bloque como el jardín 30 años antes. El edificio era uno de los más altos de la ciudad, pues tenía 10 plantas y en cada planta había tres pasillos, y en cada pasillo se encontraban dos viviendas familiares y dos estudios. Y teniendo en cuenta que el edificio albergaba muchos vecinos, había tres ascensores con capacidad para ocho personas. El padre de Silvia pudo comprar una vivienda familiar en la séptima planta, gracias a una subvención que les ofrecieron desde su trabajo, pues fue la empresa para la que trabajaba, quien lo edificó. De hecho, él fue uno de los que trabajó en su construcción.

Pero en realidad, entre todo lo que estaba ocurriendo en el país a causa de la famosa pandemia, y por otro lado su situación personal, Silvia estaba empezando a sentirse prisionera, sin posibilidad de cambiar su vida y de hacer algo que le llenara, que le ilusionara. Pues aunque no estuviera realmente deprimida, sentía que su vida le resultaba vana, y que había llegado el momento en el que ya nada de este mundo le resultaba suficientemente importante, y mucho menos interesante.

Su madre era devota de la religión más extendida del país, y Silvia, aunque había sido educada en esa religión, no llegaba a sentirla con el corazón, pues veía que había muchas faltas entre sus ministros, y mucha hipocresía entre muchos de sus seguidores. También encontraba gente sincera, pero aun así, no le cuadraban muchas cosas.

La madre de Silvia le insistió muchas veces para que la acompañara, pero después de un tiempo, ya la dejó por imposible. Al fin y al cabo, su padre tampoco era

devoto. De hecho parecía ateo, aunque en realidad lo que no le gustaban eran los ministros de esa religión.

Aquella mañana, justamente su madre acababa de venir de la iglesia. Era domingo: el día en que los hermanos de Silvia, sus cuñados y sus sobrinos iban a comer a casa de sus padres. Se trataba de la reunión familiar de la semana. La joven preparaba con gusto la comida y luego se encargaba de fregar los platos y recoger la cocina, y de esa manera su madre descansaba ese día.

Durante la comida, la madre les comentó a sus hijos el encuentro con el negacionista. Y tanto los hermanos de Silvia, como sus cuñados, lo criticaron duramente. Silvia se quedó callada mientras pensaba: "¿Qué será lo que motiva a esta gente —refiriéndose a los que llamaban "Negacionistas"— ver las cosas de manera tan distinta? ¿Es que no se dan cuenta del peligro? Porque digo yo que negar por negar y por capricho... es absurdo."

Entonces su cuñado, el padre de sus sobrinos, le dijo:

—Estás muy pensativa. ¿No será que tú también te crees lo que dicen esos payasos?

—¿Qué payasos, papá? preguntó su hijo mayor, el cual tenía cinco años.

—¡Jaime!, ¿no te he dicho mil veces que no te metas en las conversaciones de los mayores? —le regañó su padre.

—No le regañes, Paco. —le dijo Silvia, con el corazón latiéndole fuertemente. —Él ha creído...

Pero Paco le cortó antes de terminar y le dijo:

—¡Haz el favor de no meterte! Es mi hijo y lo educo yo, como veo conveniente.

Silvia se sorprendió por el tono en el que se lo dijo, y asintió.

Pero acto seguido, miró al niño que estaba cabizbajo y eso le dolió en el corazón.

—Y volviendo al tema,— le dijo Paco — ¿tú no te creerás lo que dicen esos... negacionistas?

—No. —respondió Silvia — Yo solo estaba escuchándoos. Yo no creo nada de eso.

—¡Menos mal! —le dijo el cuñado —¡Solo nos faltaba una negacionista en la familia!

—¡Qué tonterías dices! —le dijo el padre a su yerno —Silvia no es negacionista. Pero te voy a decir algo: que si lo fuera, yo la respetaría, porque tiene derecho a pensar como quiera. Aquí nadie está obligado a pensar como quieran otros.

—¡Qué dices, Manolo! —exclamó la madre —¡Tú sí que estás diciendo tonterías! ¡Y si se trata de una broma, no me gustan ese tipo de bromas!

—Lo que digo es que cada cual puede pensar como quiera, y lo que hay que hacer es respetarse unos a otros. Los que creen y los que no creen. Que cada cual haga como crea, y ya está. Y si no quieren llevar mascarilla, pues que no la lleven, al fin y al cabo ya no es obligatoria, salvo que no puedas mantener la distancia.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó la madre —¡Ya solo tienes que invitar a comer al negacionista ese!

—¡Pues mira, no sería mala idea! ¡Así podría explicarnos su punto de vista, y compartimos ideas a ver!

Silvia se sonrió. Sabía que a su padre le gustaba jugar a veces y, muchas de esas veces, su madre se enfadaba porque no tenía el mismo sentido del humor que su esposo. Sin embargo, parecía que sus hermanos habían heredado la falta de sentido del humor de su madre, y sus cuñados tampoco eran muy bromistas, que digamos, sobre todo en los últimos meses.

Entonces los hermanos y los cuñados empezaron a criticar las manifestaciones que se habían estado haciendo en el país en contra de las normas que se querían imponer, y sobre todo criticaban las ideas de algunos grupos de médicos negacionistas y otros...

—¿Y qué me decís de los antivacunas? —Dijo, con desdén, Paco —Esos sí que los metía yo en la cárcel.

—¿Qué pasa, yerno? —dijo el padre de Silvia — ¿Es que no sabes que vivimos en un país con libertad de pensamiento? Bueno, al menos se supone, hasta ahora.

—La libertad de pensamiento tiene un límite. —le contestó Paco —Porque cuando el pensamiento es absurdo y afecta a los demás, puede incluso ser peligroso.

—A lo mejor esos negacionistas piensan eso de gente como tú. — le dijo Manolo.

Paco hizo un gesto de desprecio y le contestó:

—La verdad es la verdad. Si la gente se está muriendo por culpa de un virus, y una vacuna puede evitarlo, el ser antivacuna debería considerarse como un delito.

—Pues mira, —le contestó Manolo, muy serio —te voy a decir una cosa: por desgracia conozco casos, entre ellos algún amigo mío, que se pusieron la vacuna de la gripe y luego se enfermaron con una gripe mucho más fuerte, e incluso alguno murió. ¿Qué me dices tú a mí de eso? Te pones una vacuna, y luego vas y te enfermas más, o mueres por eso.

—Eso serían casos aislados. —contestó Paco.

—No tan aislados. Hay muchos casos. Y sin embargo, eso no se tiene en cuenta para nada. —dijo Manolo.

Paco se quedó callado, pero con aire de estar realmente enfadado.

Silvia miró a su padre y este le sonrió y le guiñó un ojo, y ella sonrió también.

Más tarde, ya casi anocheciendo, los hermanos de Silvia dijeron de marcharse, pero su hermana le dijo que había olvidado, cuando vino, que tenía en el coche algo de ropa que ella ya no usaba, y que había pensado que le podía servir a Silvia.

La joven suspiró, sintiéndose una paria, que ya no podía ni comprarse su propia ropa. Pero tampoco podía dejarse llevar ni por el orgullo, ni por la soberbia, ya que en cierto modo era su hermana quien le hacía el ofrecimiento. De manera que asintió y acompañó a su hermana y su familia.

Mientras bajaban en el ascensor, todos se pusieron la mascarilla, y su cuñado dijo:

—Vuestro padre, como siempre, queriendo dar la nota y llevando la contraria a todo. Se ve que la vejez ya le está haciendo estragos, y se está volviendo como un crío. Pero un crío caprichoso y...

—¡Para! —le cortó Silvia, que se fue encendiendo por segundos —¡Con mi padre no te metas! ¡Es el mejor padre del mundo! ¡Y no es ningún viejo! ¡Así que no consiento que digas nada de él!

Su cuñado se sonrió con ironía y le contestó:

—¡No, si ya sabemos que eres su ojito derecho! A ver si te vas a creer que...

Pero no terminó de hablar porque el ascensor llegó a la planta cuarta y se paró. Entonces se abrió la puerta y vieron a otro vecino, pero este les dijo:

—¡Uf! ¡Ya veo que van muchos! Mejor me bajo en el otro.

El problema era que los ascensores de ese bloque estaban dispuestos como los de los centros comerciales o los hospitales, que se pueden parar en distintas plantas en las que se haya llamado, aunque alguien ya esté en el interior.

Luego el ascensor se cerró y el niño mayor dijo:

—¡Si aquí había sitio para él! ¡Podía haber bajado con nosotros!

—No, Jaime. —contestó su padre — No debía, porque no podemos guardar la distancia de seguridad con él.

—¿Pero nosotros guardamos la distancia de seguridad? —inquirió Jaime.

—Eso no tiene nada que ver. —respondió su padre — Nosotros somos familia y ninguno de nosotros tiene el "bovid".

—Pero a lo mejor ese hombre tampoco tenía el bovid. —dijo el niño.

—Eso no lo sabemos. —contestó su padre.

—Pero no parecía estar malo. —insistió el chaval.

—Eso no se puede saber a ciencia cierta, porque hay muchos que son asintomáticos. —contestó impaciente el padre, empezando a subir el tono de voz.

—¿Y qué significa que son asomáticos? —insistió el niño.

El padre resopló y le contestó:

—¡Asintomáticos, Jaime, asintomáticos! ¡Pues que están enfermos, pero no se les nota, no sienten que están enfermos!

El niño abrió mucho los ojos y exclamó:

—¡Anda! ¿Se puede estar enfermo pero que no se note? ¡Pues yo cuando esté enfermo, quiero ser aximático! Que cuando estuve resfriado...

—¡Basta ya, Jaime! —le cortó su padre, enfadado —¡No hagas tantas preguntas! ¡Que eres todavía muy pequeño para querer saber tanto!

El chiquillo se quedó callado y pensativo, y luego miró a su tía. Y Silvia le sonrió y le acarició la cabeza. Y el niño le sonrió también. Y el padre miró pensativo y muy serio a Silvia.

Y por fin llegaron a la planta baja. Cuando salían del edificio para dirigirse al coche, Jaime exclamó señalando la Luna:

—¡Mirad la Luna! ¡Qué grande está!

—¡Sí! —exclamó su hermano pequeño.

Era cierto, pues se veía casi gigantesca.

Silvia respondió:

—¡Es verdad, se ve enorme!

El padre miró, y luego les dijo:

—¡Venga, vamos, no os entretengáis con tonterías!

Y siguió caminando delante, mientras las dos hermanas fueron detrás con los niños.

Los dos chiquillos le cogieron la mano a Silvia, y esta les sonrió, mientras su hermana le decía:

—¡Ay que ver lo que te quieren! Eres su tía preferida.

Silvia se rio y le respondió:

—Bueno, es que soy su única tía.

—En realidad tienen más tías: las hermanas de su padre. Bueno, y también nuestra cuñada.

Silvia sonrió y le dijo a su hermana:

—Seguro que también las quieren mucho.

—Pero a ti te queremos más. —le dijo Jaime.

—Sí, a ti te queremos mucho. —dijo su hermano, que era más pequeño — porque eres muy buena. Eres como una princesa.

Silvia se rio y les dijo:

—¡Vosotros sí que sois mis príncipes!

Y los abrazó.

Pero entonces su cuñado, muy serio, les dijo a su mujer y a los niños:

—¡Venga, Petra, meteos ya en el coche, que se ha hecho tarde!

—Espera, Paco, que tengo que darle una cosa a mi hermana, que la tengo en el maletero.

—¡Puf! ¡Bueno, date prisa, que tengo que terminar algunos informes para mañana y ya se nos ha hecho tarde! ¡Como siempre!

—¡No tardo! —contestó ella —¡Es un momento!

Y se dirigió al maletero y sacó dos bolsas de ropa y se las dio a Silvia. Esta las cogió y le sonrió un poco forzadamente y le dijo:

—Vale, le echaré un vistazo.

Su hermana le sonrió y le dijo:

—Muy bien. ¡Hasta mañana!

Y se metió en el coche, sin más besos, y sin más nada, pues era bastante arriesgado abrazarse o darse besos, ya que cualquiera de ellos podía ser asintomático...

Silvia se quedó mirando el coche, mientras arrancaba, y luego miró de nuevo la Luna, y pensó: "¡Realmente está impresionante hoy!".

Pero cuando volvió a mirar el coche yéndose, de repente vio entrar a pie en la zona ajardinada del inmueble a un joven que iba sin mascarilla.

Desde lejos, ella no pudo distinguir bien sus facciones, pero se veía muy claro que no llevaba la mascarilla.

La joven se dijo: "¡Oh, oh! ¡Me parece que por ahí viene el negacionista!".

Silvia lo siguió mirando curiosa, mientras se acercaba, hasta que de pronto él la miró a ella.

El negacionista continuó andando, acercándose hacia ella, mientras la miraba.

Silvia se sintió cohibida y se dio la vuelta para regresar a su casa, lo más rápido posible.

Pero mientras esperaba el ascensor, el negacionista entró al hall del edificio y se fue acercando hasta ella.

La joven se puso nerviosa y pensó: "¿Y ahora qué? ¿Cogerá este ascensor también? ¡Espero que no! ¡A ver si me va a contagiar!".

Entonces él le sonrió y, como si hubiera leído sus pensamientos, le dijo:

—No te preocupes. Tengo dos opciones: si no te importa que suba contigo en el ascensor, me pondré la mascarilla, y si aun así, prefieres ir sola, yo esperaré que baje otro ascensor.

Ella lo miró sorprendida y le dijo:

—¿No te importa?

—¿El qué? ¿Ponerme la mascarilla o coger otro ascensor?

Silvia se quedó callada mirándole y él volvió a sonreírle y le dijo:

—No te preocupes, subiré en otro ascensor.

La joven volvió a sorprenderse y le volvió a decir:

—¿No te importa?

—No, claro que no. Te entiendo. No comparto tus temores, pero te entiendo.

Ese comentario la dejó más sorprendida aún, pues ella tenía el concepto de que los negacionistas eran gente fanática, violenta, mentirosa, y conspiranoica.

Pero entonces el ascensor llegó y la joven volvió a mirar al negacionista y este le sonrió y se fue a llamar otro ascensor.

Silvia se sintió bastante mal, pero se metió en el ascensor y le dio al botón. El ascensor arrancó y ella se dijo: "No sé por qué me siento tan mal por no haberle dicho que podía subir conmigo. No le he visto para nada un fanático, y me parecía que comprendía mi punto de vista. Me ha respetado, y eso creo que dice bastante de él."

## Capítulo 3

Al día siguiente, cuando Silvia iba a marcharse a casa de su hermana, ésta la llamó por teléfono.

—Silvia, —le dijo su hermana, algo nerviosa —mira, yo sé que tú nos has estado haciendo un favor cuidando de los niños, pero lo hemos estado pensando bien, y hemos decidido que vamos a contratar a alguien para que se encargue de ellos y de la casa. Al fin y al cabo, nosotros tenemos dos sueldos y no tenemos por qué escatimar en el cuidado de nuestros hijos. Así que ya no hace falta que vengas a mi casa. Así tendrás más tiempo para hacer lo que te guste, o para ayudar a mamá, o para buscar un trabajo... en fin, para lo que quieras.

Silvia se quedó al principio sin palabras.

—Bueno, — continuó su hermana —pues ya nos veremos el domingo,... a lo mejor..., ¡Ah! ¡Espero que te haya venido bien la ropa que te regalé ayer!

Silvia no supo qué contestar. Aquello le había caído como un jarro de agua fría. Ganaba muy poco con ese trabajo, pero algo era algo.

Pero lo que más le dolió fue que de alguna manera la iban a separar de sus amados sobrinos a los que quería casi como si fueran hijos suyos. E intuyó que ese cambio tenía que ver con la última conversación que tuvo con su cuñado.

—Petra,— le dijo a su hermana —¿es que no estáis satisfechos con mi trabajo? ¿He hecho algo mal?

Su hermana se quedó callada unos momentos, y luego le dijo:

—¡No..., no! Es solo que... este no es un trabajo para ti. Es mejor que busques trabajo de lo tuyo.

Silvia se quedó callada, y por fin le dijo:

—Es por Paco, ¿no? Le sentó mal la conversación de ayer, ¿verdad?

Su hermana se quedó callada unos momentos y luego le dijo:

—Se ve que tú no eres consciente.

Silvia se sorprendió.

—¿De qué no soy consciente?

—Pues de que eres el ojito derecho de papá. Él siempre te está defendiendo, y tú a él, claro. Pero cuando no lleva razón, no se le puede dar. Y ayer se vio muy claro.

Silvia volvió a quedarse sorprendida.

—¿Pero qué dices? No entiendo a qué viene esto.

—Pues hija, está muy claro. Que como eres la hija soltera y no tienes a nadie, seguro que te pasará la mayor parte de su herencia.

—¿Qué? —exclamó Silvia, atónita —¿Pero qué dices? ¿A qué viene eso? Para empezar, papá está muy bien de salud. Y mamá también. No sé de dónde sacas esas cosas... Aunque sospecho de quién las sacas.

Su hermana se quedó callada unos momentos y luego le dijo:

—Mira, si te vas a poner así, te diré por qué no queremos que sigas cuidando a nuestros hijos. Simplemente porque los abrazas como si nada. ¿Es que no te das cuenta de que pones en peligro a nuestros hijos si tú coges el bovid?

Silvia se quedó atónita cuando su hermana le dijo eso.

—Pero Petra,— dijo — si yo no estoy enferma.

—Eso no lo sabes. Puedes ser asintomática.

Silvia se quedó callada. No podía asegurar que no lo fuera.

—Y encima,— continuó Petra —no les corriges cuando hacen cosas que no deben, como acercarse a otros niños sin la mascarilla, y no les dices que se echen el gel hidroalcohólico cuando llegan a casa. Lo sé porque cuando les llamamos la atención, nos dicen que tú no se lo dices.

—Bueno, pero yo les decía que se lavaran las manos antes de comer.

—¡Eso no es suficiente! ¿Es que no te das cuenta?

Silvia se quedó callada, dándose cuenta de sus "errores".

—Tienes razón. Lo siento. Intentaré que no vuelva a pasar.

Petra se quedó callada unos momentos, y Silvia escuchó de fondo a su cuñado hablarle algo a su esposa. Y entonces Petra le contestó a Silvia:

—No es suficiente decir que lo sientes y que intentarás que no vuelva a pasar.

Petra hizo otro silencio, y Silvia volvió a escuchar a su cuñado. Acto seguido, Petra le dijo:

— Lo siento, pero no podemos confiar en ti.

Y de nuevo hizo otra pausa, pero esta vez Silvia no escuchó de fondo a su cuñado.

—Mira, Silvia,— le dijo su hermana — sé que en el fondo quieres mucho a mis hijos, pero no estás apta para cuidarlos. Al menos, no en estos momentos.

Silvia se sintió lo peor del mundo al no haber sido consciente de sus "errores".

Sin embargo, le dijo a su hermana:

—¿Y cómo sabréis que la mujer que vayáis a contratar no tiene el bovid?

—Porque le exigiremos que se haga una "bcr" todas las semanas.

—Pero...

—No insistas, Silvia. Ya lo tenemos decidido.

—Pero entonces, cuando vengáis el domingo...

—No sé, ya veremos. En todo caso, si vamos, tendremos que estar con la mascarilla todo el tiempo. Solo cuando comamos podremos quitárnosla. Y por supuesto nada de mimos a los niños. ¡Solo nos faltaba que se pusieran malos ellos!

Petra volvió a hacer otra pausa, mientras Silvia no sabía qué contestar. Pero escuchó de nuevo a su cuñado hablarle a su esposa y esta le dijo a Silvia:

—Quizás sea más prudente esperar un poco más de tiempo para ir a comer.

Silvia se derrumbó por completo y le contestó:

—Está bien. Haced lo que veáis oportuno.

—Exactamente. Bueno, no te preocupes. Yo sé que tú quieres mucho a los niños, y ellos también te quieren mucho. Cuando pase todo esto que estamos viviendo, ya nos veremos más a menudo.

—¿Has hablado con mamá de esto?

—No. Tú dile que vamos a contratar a una profesional, y ya está. Y que ya hablaré yo con ella.

Silvia suspiró, sintiendo un dolor muy grande por la pérdida de contacto con sus sobrinos, y porque se sintió realmente la peor tía del mundo, que había "puesto en riesgo" a sus propios sobrinitos. Sin embargo, algo le decía que el orgullo de su cuñado estaba detrás de la manera de actuar de su hermana.

La joven tuvo que contárselo a sus padres, pero quería hacerlo de manera que no les hiciera sufrir, pues sabía que eso podría afectarles, y ella no quería que sufrieran por su culpa.

Esperando que su hermana no les contara sus "despistes", les dijo que quería buscar otro trabajo que le fuera mejor y que pudiera ganarse la vida sin tener que depender de ellos, y que su hermana iba a buscar a una profesional para cuidar de los niños.

A su padre le pareció bien, pero su madre, que no sabía nada de lo que ocurría realmente, pensó que era muy egoísta al dejar a su hermana en la estacada. Después de mucho hablar y escuchar reclamos, Silvia se vio sola, incomprendida por su madre y por su hermana, sin trabajo, sin poder desahogarse con su padre para no hacerlo sufrir, y sin saber por dónde tirar.

La joven entonces reanudó su búsqueda de trabajo, pues mientras se había encargado de sus sobrinos había parado la búsqueda después de seis meses en los que no logró dar con ningún empleo. Pero ahora seguía sin encontrar nada.

Sin embargo, a ella lo que más le dolía era por un lado la jugada que le había hecho su hermana, pues podría haberla advertido sin despedirla y ella habría estado más atenta y habría seguido las normas para que sus sobrinos no tuvieran el "peligro de contagiarse". Pero lo peor para ella era la pérdida de vista de sus sobrinos, la culpabilidad que sentía por sus "fallos", y el no ser capaz de explicarle la verdad a su madre.

Sin querer, se vio metida en un círculo vicioso en el que no podía dejar de pensar en todo eso, y sin embargo tenía que disimular delante de los demás. Y por las noches le costaba conciliar el sueño, porque no podía dejar de pensar en todo aquello: la mala jugada de su hermana, el alejamiento de sus sobrinos, los reproches de su madre, y la incapacidad para encontrar trabajo, entre otros sentimientos...

Pero un par de días después llamó su hermana por teléfono a su madre y le dijo que ese fin de semana no irían a comer pues pensaban hacer una excursión con los niños. Su madre no le dio importancia, ni lo relacionó con el cambio de niñera, y quedaron en que se verían a la siguiente semana.

Cuando Silvia se enteró, no dijo nada, para no preocupar más a sus padres, y de esa manera, otro secreto más que guardaba en su corazón...

Aquella noche, Silvia tuvo un extraño sueño:

*"Estaba acostada y de repente escuchó llamar a su sobrino Jaime. Ella abrió los ojos y para su sorpresa, vio al niño al lado de su cama.*

*La joven se incorporó y le dijo:*

*—¡Jaime! ¿Qué haces aquí?*

*—¡Tita! ¿Cuándo vas a venir a vernos? — le dijo el chiquillo.*

*A pesar de su asombro, la joven le contestó:*

*—Por ahora no puedo ir. Tengo que trabajar.*

*—¿Por qué no vienes a vernos? —inquirió el niño —Nosotros queremos verte.*

*—Y yo también quiero veros. Pero... no puedo por ahora. Tengo que trabajar.*

*—¡Ah! — exclamó Jaime — ¡Pero cuando no trabajes puedes venir a vernos!*

*La joven le sonrió con ternura y deseando poder abrazarlo. Más ya no se atrevía, para no perjudicar al chiquillo. Sin embargo, Jaime se abalanzó sobre ella y la abrazó, y le dijo:*

*—¡Tita te quiero mucho!*

*A la joven se le saltaron las lágrimas y mientras abrazaba al pequeño, le contestó:*

*—¡Yo también te quiero muchísimo!"*

Y tras eso, se despertó. Y luego se puso a llorar.

## Capítulo 4

Después de pasar toda la semana buscando trabajo en lugares muy variados y a través de anuncios en periódicos, no obtuvo ningún resultado.

El viernes en la tarde, Silvia volvía a su casa cansada, defraudada y triste.

Justo cuando entró en la zona ajardinada del bloque, vio al negacionista llegar en su coche. Y conforme ella se acercaba al bloque, él salió de su coche, y al verla, se quedó parado, como esperándola.

Silvia lo miró y este la miró a ella y le sonrió.

—¡Hola! —le saludó él.

—Hola. —respondió la joven, intentando disimular su tristeza.

Él se quedó observándola mientras ella se acercaba, y le dijo:

—¡Un día duro, ¿eh?!

Silvia se sorprendió por el comentario, pero no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas y apretó fuertemente los labios, y rápidamente bajó la cabeza para que no se notara que estaba a punto de romper a llorar.

Él se quedó callado un momento observando la parte visible de su rostro, y captó su pena, e intentando ayudarla, le dijo:

—Si necesitas desahogarte, ya sé que no me conoces, pero puedes contar conmigo.

Silvia levantó la cabeza aún con la emoción, y le sonrió con tristeza.

—Gracias. Es solo que estoy cansada.

El negacionista le sonrió y le dijo:

—Me llamo Héctor.

La joven volvió a sonreírle, por educación, y le respondió:

—Yo me llamo Silvia.

Él asintió y le dijo:

—Hola Silvia. Es un placer conocerte.

Ella se quedó mirándole y luego le respondió de nuevo por educación:

—Gracias. Igual te digo, Héctor.

El joven se rio y le dijo:

—Bueno, ahora que hemos hecho las presentaciones, te diré que vivo en el estudio del pasillo C de la décima planta. Para cualquier cosa entre vecinos, allí me tienes.

Silvia sintió en ese momento más simpatía por el joven. Y como la pena que tenía, fue desapareciendo, ella le sonrió más abiertamente y le contestó:

—Yo vivo en la séptima, pasillo A, en el piso 1. Yo... vivo con mis padres.

El joven asintió.

Entonces ella le miró detenidamente y le preguntó:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

—¿Por qué eres negacionista?

Él se rio de buena gana.

—Ya veo que eres muy directa. Eso me gusta.

La joven le miró curiosa.

—En realidad,— le dijo él —no sé qué entiendes por "negacionista", pero si lo dices porque no llevo mascarilla, en realidad es porque no soy creyente.

—¿No eres creyente? repitió Silvia, sorprendida —¡Ah, ya! Quieres decir que no crees que te puedas contagiar.

Él sonrió y asintió:

—Quiero decir que no creo en los medios de comunicación, ni en el gobierno. Y por supuesto, tampoco en el contagio.

—¡Ah, ya! Pero ¿qué me dices de los médicos?

—Yo soy médico.

La joven se sorprendió y luego comprendió:

—¡Ah!, ¡tú eres de esos médicos negacionistas que protestan y hacen manifestaciones!

Héctor volvió a reírse.

—En realidad no estoy en ese grupo. Simplemente no ejerzo la medicina oficial de la universidad.

—¡Ah, ya entiendo! ¡Tú eres naturista!

El joven se rio de nuevo:

—No, no soy naturista.

—Entonces homeópata.

Héctor se reía divertido, mientras decía que no con la cabeza.

—Entonces medicina china. —dijo ella.

Él seguía riéndose y negando con la cabeza.

Y ya ella se contagió de la risa del joven y empezó a reírse también, y le dijo:

—Pero bueno, ¿no decías que eras médico? ¡A ver si va a resultar que eres el médico de una tribu!

Él dejó de reírse, y le sonrió pensativo. Y luego le respondió:

—Has acertado. Eso mismo soy.

Silvia se quedó mirándole incrédula, y luego se sonrió y bromeó:

—Pues no te había reconocido sin la máscara.

Héctor lanzó una carcajada y le contestó:

—Es que en mi tribu no nos gustan las máscaras, y menos las mascarillas. Por eso yo no las uso normalmente.

La joven se quedó mirándolo con una media sonrisa.

—Bueno, ya en serio. —dijo —¿Qué tipo de médico eres?

Héctor le sonrió con ternura y le contestó:

—En realidad estudié medicina en la facultad. Pero al mismo tiempo aprendí una forma diferente de ver la enfermedad y la curación, basada en los descubrimientos de un doctor alemán llamado Ryke Geerd Hamer. Es lo que se llama la "Nueva Medicina Germánica" o también conocida como la "Ciencia Curativa Germana".

La joven lo escuchó atentamente y luego le dijo:

—¿Y cuál es la diferencia con la medicina normal?

—¿Cuando dices la medicina normal te refieres a la medicina que se estudia en las universidades de occidente? Porque como tú bien has nombrado, existen muchas clases de medicina, y algunas son milenarias.

Ella se quedó mirándole sin saber bien qué quería decir.

—Me refiero a la que se estudia en la Universidad, claro. —especificó ella.

—¡Ah, bueno! —contestó el joven— Esa es la más moderna, la que tiene menos historia, la que se basa en teorías, y la que trabaja codo a codo con las farmacéuticas.

Silvia le miró pensativa y luego se sonrió y le dijo:

—Ya entiendo.

Él también le sonrió y le dijo:

—En esta nueva medicina, se estudian parámetros que no se enseñan en las universidades. Bueno, en algunas ya se está enseñando oficialmente, pero no aquí en España. De hecho, es perseguida porque rompe los esquemas y no trabaja de acuerdo a los intereses de las farmacéuticas. Para aprenderla hay que hacerlo por libre. En cursos extraoficiales.

—¿Y en qué se diferencian? —inquirió ella.

—Básicamente en que se trata al ser humano. En la medicina oficial se tratan los órganos, no al ser humano por entero. Por eso hay especialidades, y cada especialidad solo mira su parte: el médico de huesos, el de digestivo, el de corazón, el de ginecología, el neumólogo, el oncólogo, etc... Y cada cual sabe de lo suyo, pero no de lo demás. Ni tampoco se tienen en cuenta las vivencias, los sufrimientos, los miedos, etcétera... que estén pasando los enfermos. Sin embargo la Nueva Medicina Germánica está basada en cinco leyes que explican qué es "la enfermedad", por qué surge y de qué manera "se cura el enfermo", muchas veces sin necesidad de fármacos, ni terapias de ninguna especie.

Silvia le escuchó muy atenta.

—Es muy interesante lo que dices. Pero entonces, ¿qué pasa con el tiaravirus? ¿Qué pasa con el bovid? Según vosotros, ¿eso también se cura solo?

El joven sonrió.

—Bueno, eso sería largo de explicar, porque si te digo que no ha sido demostrada la existencia del tiaravirus, ni de ningún otro virus patógeno, me mirarás incrédula, como lo estás haciendo ahora mismo.

Y se rio, mientras ella lo miraba realmente con incredulidad.

Pero en ese momento Silvia escuchó a su madre por detrás llamándola:

—¡Silvia!

Ella se volvió y vio a sus padres acercándose, y su madre con la cara desencajada.

"¡Oh, vaya!", pensó la joven, "¡Lo que faltaba!".

Su padre, sin embargo, miraba curioso a Héctor.

Cuando estaban a una distancia de unos tres metros, la madre de Silvia le dijo:

—¡Silvia, súbete ahora mismo para casa!

—¿Por qué? —dijo su padre —¡Déjala, que está hablando!, ¿no lo ves?

—¡Sí, claro que lo veo! —dijo la madre en voz alta para que le oyeran su hija y Héctor —Está hablando con el negacionista.

El padre se sonrió y dijo:

—¡Hombre! ¡Yo también tenía ganas de conocer al rebelde del bloque!

Héctor se rio, y Silvia se sonrió, pues conociendo a su padre, no le sorprendió el comentario.

—¡No digas tonterías, Manolo! —le recriminó su mujer.

—No digo tonterías, Angustias. Es cierto que tenía yo ganas de conocerlo y que me contara por qué es negacionista.

Héctor volvió a reírse, y la joven lo miró, y al verlo reír en vez de molestarse y contestar a su padre con alguna mala palabra, sintió mucha más simpatía por el joven.

Y Héctor le dijo a Manolo:

—Cuando quiera podemos charlar tranquilamente mientras nos tomamos un refresco, ¿qué le parece?

—¡Pues me parece estupendo! —contestó el padre.

—¡Pero Manolo! —exclamó Angustias, enfadada.

Pero Manolo hizo caso omiso y le dijo a Héctor:

—¿Cómo te va mañana por la mañana?

El joven se quedó pensativo y luego le contestó:

—¿Qué le parece a usted el domingo por la mañana?

—Muy bien. —contestó Manolo —¿Sobre las 11 o las 12 te va bien?

—¡Manolo! volvió a decir su mujer.

—¿Te va bien? insistió Manolo a Héctor, sin inmutarse por su mujer.

—Me va estupendamente. —respondió Héctor.

—¡Bueno, esto ya no tiene nombre! —exclamó Angustias, muy enfadada. E hizo ademán de marcharse hacia su casa, pero entonces miró a Silvia y le dijo:

—¡Vamos, Silvia! ¡Dejemos a tu padre con sus tonterías!

Pero la joven no estaba dispuesta a subirse tan pronto, pues por un lado, después de estar hablando con Héctor, no le parecía normal marcharse de forma tan brusca; y por otro lado, quería ver qué hablaba su padre con el joven; y por otro, se rebelaba a la manera en la que se expresó su madre.

—Mamá, ve subiendo tú, ahora subo yo con papá.

La madre la miró enfadada y luego se marchó rápidamente.

Entonces Manolo le dijo a Héctor:

—Disculpa a mi mujer. Tiene mucho miedo y piensa que nos puedes contagiar.

—Lo comprendo. —contestó Héctor — No se preocupe, ya estoy acostumbrado. Pero estaría bien que no tuviese miedo. ¡Lástima que en la sociedad haya tanto miedo!

—En eso estamos de acuerdo. —le contestó Manolo —¿Entonces nos vemos el domingo en la cafetería de la esquina a las 11?

—Allí estaré. —respondió el joven.

Manolo asintió y luego miró a su hija y le dijo:

—Yo me voy a subir ya.

Silvia sonrió y asintió con la cabeza mientras decía:

—De acuerdo. Ya mismo subo yo también.

El padre asintió, se despidió del joven y se fue.

Silvia miró a Héctor y le dijo:

—Siento que mi madre...

—No te preocupes,— le interrumpió él —lo comprendo y ya estoy acostumbrado. Y no me afecta lo que piensen de mí.

Ella le sonrió y sintió admiración por su valentía.

Él también le sonrió y le preguntó:

—¿Tú también vendrás el domingo con tu padre?

Silvia se rio y le respondió:

—Puede.

Y él también se rio.

—Bueno, será mejor que regrese ya a casa. — dijo ella.

—Sí, yo también. —contestó él.

La joven le sonrió y le dijo:

—Pero esta vez no hace falta que cojas otro ascensor. Creo que hay sitio suficiente para mantener la distancia.

Él se rio y asintió.

—De todas formas, me pondré la mascarilla para que estés más tranquila.

Y ella sonrió y asintió.

Mientras esperaban el ascensor, él le preguntó:

—¿Qué me dices de ti? ¿Trabajas, estudias o estás de tiempo sabático?

La joven se le cogió un pellizco y se puso más seria.

—¡Oh, vaya! —exclamó el joven — Espero no haber metido la pata.

Silvia lo miró y le contestó:

—Ahora mismo estoy parada.

—Ya veo. Bueno, seguro que pronto te saldrá algo.

El ascensor llegó.

Los dos entraron y él se puso una mascarilla, tal y como le dijo.

Pero Silvia ya estaba bastante afectada porque había vuelto al estado emocional que había tenido durante todo el día, y eso lo notó el joven.

—Silvia, — le dijo —ya sé que apenas me conoces, pero si puedo ayudarte en algo, dímelo.

Ella asintió y le dio las gracias.

Enseguida llegaron a la séptima planta y Silvia salió del ascensor. Luego volvió a mirar a Héctor, y este apoyó el dedo en el botón del ascensor que mantenía las puertas abiertas, y le dijo:

—Escucha, apunta mi nº de teléfono. Si necesitas un hombro amigo, puedes llamarme o enviarme un mensaje.

Ella lo miró y le sonrió. Luego sacó su móvil del bolso, y apuntó el nº que él le dio.

Luego suspiró y le dijo:

—Gracias.

Héctor sonrió y le dijo:

—Ha sido un placer conocerte.

Luego él levantó el dedo del botón de puertas abiertas y se cerraron las puertas del ascensor, y él continuó subiendo.

Silvia sonrió y dijo en voz baja:

—Para mí también ha sido un placer conocerte.

Después de que Silvia llegase a su casa, vio a su madre muy enfadada.

Estuvo echándoles la bronca tanto a su marido como a su hija hasta que Silvia se acostó, cansada, y muy desanimada.

Esa noche Silvia volvió a tener otro extraño sueño:

*"Estaba en la cocina y de repente vio entrar a sus dos sobrinitos.*

*—¡Jaime, Federico! ¿Pero qué hacéis aquí? —exclamó ella asombrada —¿Habéis venido con vuestra madre?*

*—No. —le contestó Jaime —Hemos venido solos.*

*Silvia estaba más asombrada aún.*

*—¿Que habéis venido solos? ¿Pero cómo?*

*—Hemos venido volando. —le dijo el pequeño.*

*Silvia no comprendió.*

*—¿Cómo que habéis venido volando?*

*—¡Claro! —exclamó Jaime —Nosotros queríamos verte, y hemos venido. ¡Como en los sueños podemos volar, hemos decidido venir a verte!*

*La joven se quedó pasmada y entonces se dio cuenta: ¡Se trataba de un sueño!".*

Y entonces se despertó.

Silvia estaba completamente asombrada por aquel sueño. Pero por otro lado, le resultó un sueño precioso en el que sus sobrinos le mostraban su cariño.

## Capítulo 5

El domingo, mientras Angustias estaba en la iglesia, su marido fue a ver a Héctor, tal y como habían hablado.

A Silvia le habría gustado ir también para enterarse un poco de su versión sobre la pandemia, pero le tocaba preparar la comida y tuvo que quedarse en casa.

Su hermana avisó que no irían a comer porque ya tenían otros planes, pero su hermano y su cuñada sí tenían previsto ir.

Y más tarde, mientras comían, el hermano dijo:

—Vamos a ver, quiero que aclaremos algunas cosas.

Y dirigiéndose a Silvia y a su padre, continuó:

—¿Es verdad que os habéis hecho negacionistas?

Silvia se quedó asombrada y miró a su padre.

El padre se sonrió y miró a su esposa y le dijo:

—Ya veo que has estado hablando con tus hijos y contándoles tu versión, como siempre.

La madre apretó los labios y luego dijo:

—¿Qué quieres? ¿Que me quede de brazos cruzados mientras tu hija y tú entabláis amistad con uno de esos? Ya solo me falta que vengáis con esa propaganda negacionista. Tenía todo el derecho a contarles a tus otros hijos por dónde vas.

—¡Mamá! —exclamó Silvia —¡Estás exagerando! Es solo un vecino, y porque tenga otras ideas, no tenemos por qué no hablar con él. Todo el mundo tiene derecho a tener sus propias ideas. Yo, cuando hablé con él, vi que era una persona afable, comprensiva y no era un fanático. Y no trató de convencerme en nada. Me respetó totalmente. Así que te has equivocado totalmente con él. Lo has juzgado mal.

—Seguramente será que es muy listo,— respondió su madre —e intentará poco a poco llevarte a su terreno. Lo veo venir. Seguro que es uno de esos de los que queman contenedores, y arman jaleo por cualquier cosa que no les guste del gobierno.

—Estás muy equivocada. Él es médico y no es ningún revoltoso.

—Parece que lo conoces muy bien, ¿no? —le dijo su hermano.

—No, Nacho, no lo conozco tanto. Solo lo he visto dos veces, y las dos me ha parecido una persona comprensiva y amable. Eso es todo.

—Pues por la forma en que lo dices cualquiera diría que estás enamorada de él. —dijo su cuñada con una sonrisilla.

Sus padres y su hermano la miraron y entonces Silvia hizo un gesto de impaciencia y contestó enfadada:

—¡Ya estáis sacando las cosas de quicio, y me estoy cansando de dar explicaciones! ¡Creed lo que queráis, pues de todas formas, por mucho que os diga, vais a seguir creyendo lo que os dé la gana!

—¡Bueno, Silvia! —dijo su cuñada —¡Tampoco te lo tomes así! ¡Solo era una broma!

Silvia la miró con ganas de contestarle, pero se dijo que mejor dejar las cosas así, y no darle más vueltas.

—¡Está bien! —dijo.

—Bueno,— dijo Manolo —vamos a cambiar de tema.

Y le preguntó a su hijo por su trabajo, y ya se fue diluyendo la tensión.

Pero Silvia se quedó pensando en Héctor, y tuvo que reconocer que le había causado muy buena impresión.

Más tarde, cuando su hermano y su cuñada se marcharon, Silvia terminó de recoger la cocina y luego se metió en su dormitorio, pues quería estar sola.

Se tumbó en su cama y cerró los ojos mientras pensaba: "¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? ¿Por qué no puede haber paz y respeto entre todos? ¿Por qué tiene que haber tantas luchas entre unas ideas y otras? ¿Y quién lleva la razón? Porque todos creemos que llevamos la razón, pero si unos están convencidos de una cosa y otros de lo contrario, ¿cuál es la verdad? Tanto en esto de la pandemia como en tantas otras cosas... En la política, en la religión, en la forma de ver la vida..."

Poco después la llamó su padre a la puerta. La joven le dijo que pasara, mientras se incorporaba.

—Silvia, pequeña, ¿cómo estás? —le dijo su padre.

Ella sonrió y le respondió:

—Bien, papá.

—Sin embargo, últimamente te noto triste. Triste y cansada. En la comida, tu hermano y su mujer no han estado muy comprensivos, y comprendo que hayas perdido la paciencia. Pero he notado que llevas unos días con el ánimo muy bajo.

Silvia volvió a sonreírle pero esta vez con un matiz triste.

—No te preocupes. Es solo que me está costando encontrar un trabajo, y eso me frustra un poco.

—¿Seguro que es solo eso?

—Sí. Es eso. Pero bueno, ya saldrá algo. No te preocupes.

Él le sonrió y le dijo:

—No le hagas caso a mamá. Ella no tiene mala intención y te quiere. Lo que pasa es que tiene mucho miedo con toda esta historia del bovid, y teme que te pueda pasar algo. Y como no confía en nuestro vecino negacionista, teme por varias cosas: porque te convenza de lo que piensa, y porque pueda contagiarte si él se enferma, ya que según ella, no toma las medidas necesarias para no contagiar a otros. Pero es su manera de ser y no se puede cambiar a las personas.

—Ya lo sé. Pero no te preocupes. En cuanto tenga trabajo estaré mejor, ya verás. Lo que mucho cuesta, luego alegra más.

Su padre sonrió y asintió.

Entonces Silvia se acordó del encuentro entre su padre y Héctor, y le preguntó:

—¿Y cómo te ha ido con Héctor?

—Muy bien. Me ha caído estupendamente. Tiene las cosas muy claras. Por lo visto trabaja con otro sistema de medicina basada en los descubrimientos de un doctor alemán, al que por cierto, se le persiguió mucho e incluso se le encarceló por curar enfermos. ¿Te lo puedes creer?

—¡Oh! ¿Cómo puede ser eso?

—¡Pues ya ves! Me ha contado una historia que me ha dejado perplejo. Resulta que este médico tenía un hijo al que le dispararon, pero este, después de luchar duramente por su vida durante meses, murió. Al cabo de unos meses del fallecimiento

de su hijo, a este doctor, que se llamaba Ryke Geerd Hamer, le salió un cáncer testicular y a su mujer un cáncer de ovario. Eso le llamó mucho la atención y entonces se cuestionó si tendría que ver con la muerte de su hijo. Entonces empezó a investigar con sus propios pacientes y se dio cuenta de que en todos los casos esos pacientes habían sufrido un trauma emocional muy fuerte. Luego, investigando con más profundidad, se dio cuenta de que según los órganos que se veían afectados, el trauma que habían tenido era muy concreto. Es decir que según fuera el trauma, les afectaba a unos órganos u otros. Por ejemplo había gente que había perdido un hijo, como él, y al poco tiempo le apareció un cáncer de testículo. Otras personas habían tenido otro tipo de trauma y les aparecía un cáncer en otros órganos, pero siempre un tipo de vivencia se correspondía con una enfermedad en un órgano preciso. Y así fue investigando y profundizando en todo eso. Luego descubrió que si el trauma, o lo que ellos llaman un conflicto, estaba en activo, se producían una serie de síntomas, pero si ese conflicto o trauma era solucionado, los síntomas cambiaban y al final la persona recuperaba su salud. Y todo eso, sin necesidad de medicación. De hecho, la medicación, en la mayoría de los casos podía ser un obstáculo para la autocuración del cuerpo. En fin, no sé si me explico bien, pero me pareció muy interesante lo que me contó este joven.

Silvia escuchó a su padre atentamente y luego dijo:

—¡Vaya! Verdaderamente que esto es muy interesante. ¿Y qué más te ha explicado?

—Bueno, pues que no ocurre solo con cánceres, sino que también con las demás enfermedades: por ejemplo infartos, tensión alta, gripes, reuma... vamos, cualquier enfermedad.

—Pero entonces, ¿qué piensa él de la pandemia?

—Eso le he preguntado yo, y me ha dicho que según las bases de lo que explica Hamer, no existe la tal pandemia. No existe el contagio. El único contagio es el del miedo, provocado sobre todo por los medios de comunicación.

Silvia se quedó asombrada.

—¿Pero cómo puede ser posible? —exclamó.

—Yo también me he sorprendido por eso. Pero él está muy convencido. No tiene miedo y por eso no lleva mascarilla, entre otras cosas.

—¡Claro! —exclamó Silvia asintiendo con la cabeza, y comprendiendo el punto de vista de Héctor — ¡Ahora entiendo por qué se siente tan seguro!

Manolo asintió.

—¿Pues sabes lo que te digo? —le dijo a su hija— Pues que me dan ganas de no utilizar yo tampoco la mascarilla. ¡Que ya estoy harto de ella!

Silvia le miró sorprendida.

—¿Pero cómo sabemos que lo que dice es cierto? ¿Y si es solo una loca teoría, y en realidad sí está pasando todo como se explica oficialmente?

Su padre se quedó pensativo y luego le dijo:

—Puede que me equivoque, pero creo que es como Héctor me ha dicho.

—Puede que sí y puede que no. A lo mejor está equivocado. Yo creo que sería más prudente saber más sobre esa teoría que te ha explicado. Porque la verdad es que si fuera cierta, es una revolución completa en el tema de las enfermedades. Pero

si no es cierta, podría ser peligroso que te arriesgaras a no ponerte la mascarilla y alguien te contagie.

Manolo se quedó pensativo.

—Además — continuó Silvia —tenemos que estar muy seguros, porque aparte del riesgo, está mamá que seguro que no se creería nada de eso.

El padre bromeó haciendo un gesto como si eso le asustara.

—¡Eso es verdad! ¡Me estaría machacando todo el día con eso, si es que no me pide el divorcio!

Silvia se sonrió:

—Bueno, no creo que llegue a tanto, pero mejor ser precavidos, creo yo.

Manolo se sonrió y se quedó pensativo.

Y su hija le insistió:

—Creo que debemos ser precavidos y marchar sobre seguro. Investiguemos un poco más. ¿Qué te parece?

—Sí. Me parece bien.

Silvia sonrió y él asintió, y luego, mientras se levantaba para irse, añadió:

—Así haremos.

## Capítulo 6

El lunes Silvia reanudó su búsqueda de trabajo, recorriendo otras partes de la ciudad, pero seguía sin encontrar nada.

Cuando regresó a casa, se fue a su dormitorio a cambiarse de ropa, pero estaba tan cansada y tan deprimida, que se tumbó en la cama, tal cual.

Pero entonces su madre la llamó desde el otro lado de la puerta y le dijo:

—Silvia, ¿qué haces?

La joven se incorporó rápidamente y le dijo:

—Pasa, mamá.

Su madre entró en el dormitorio.

—¡Hija, te has venido directamente aquí, sin pasar siquiera a contarme cómo te ha ido!

—Perdona. Es que estaba tan cansada, que he venido a cambiarme directamente.

—Pues sí, pero podías haberte sentado conmigo en la cocina y me contabas si has encontrado ya algo o qué. ¿O es que te piensas que eso me da igual?

—No, claro que no. Te lo iba a contar, pero ya te digo que iba a ponerme cómoda para casa...

—¡Vaya! ¡Yo preocupada toda la mañana por ti, y tú, queriendo ponerte cómoda! ¡Cómo se nota que no eres madre!

Silvia se sintió mal, pero le dijo:

—Bueno, está bien, lo siento. No me he dado cuenta de que estabas esperándome.

—¿Cómo no te voy a esperar, si eres mi hija, y me preocupo por ti? —le reclamó Angustias.

La joven tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer calmada.

—Sí, es verdad. Perdona.

—Bueno. Pero a ver, ¿has encontrado ya trabajo, o qué?

—Pues he entregado muchos currículums, pero ahora queda esperar que alguien me llame.

La madre frunció el ceño y los labios, y luego le dijo:

—Todo esto es culpa tuya. Si no hubieras dejado el trabajo con tu hermana, no estarías así. Y no estaríamos tu padre y yo tan preocupados. Podías haber entregado los currículums en horas fuera de ese trabajo que te dio tu hermana y tu cuñado. No que ahora, ella ha tenido que buscarse por ahí a alguien que le va a costar más caro, y tú te has quedado en la calle. Y porque nos tienes a nosotros, que si no...

Silvia tuvo que morderse la lengua, y aguantarse las ganas de llorar y de gritar la verdad. Estaba claro que su hermana no le había contado el motivo por el que la había despedido, y ella tampoco quería desprestigiar a su hermana, sobre todo porque pensaba que su madre podría sentirse peor aún, si sabía que una hermana había despedido a la otra sin más miramiento, y que se había buscado otra persona a la que pensaba pagar más, sin ningún problema.

—Bueno, yo espero encontrar algo pronto. —fue lo único que pudo decir la joven, haciendo el esfuerzo de que no se le quebrara la voz.

Su madre la miró detenidamente y debió de notar su afección porque le dijo:

—En fin, tampoco te tomes a mal lo que te digo. Lo que pasa es que nos preocupas, y queremos que estés bien.

La joven sonrió forzosamente y asintió:

—Ya lo sé. Pero yo creo que pronto me saldrá algo. Ya lo verás.

—Está bien. —dijo su madre —Bueno, pues cámbiate y me ayudas a limpiar el pescado.

—Sí, ya voy.

—Date prisa, que ya es casi la hora de comer.

La joven asintió y su madre se marchó.

Silvia tenía muchas ganas de llorar, pero se retuvo porque sabía que luego se le iba a notar cuando fuera a la cocina.

Por la tarde, se fue de nuevo a entregar más currículums, y después de varias horas, regresó a su casa.

Mientras entraba en la zona ajardinada del bloque, vio que Héctor también llegaba en un coche. Este lo aparcó y cuando salió, la esperó sonriéndole.

Silvia, a pesar de estar agotada, le sonrió también.

—¡Buenas tardes, Silvia! —le saludó él.

—Buenas tardes, Héctor— contestó ella.

—Se te ve cansada. —le dijo él.

—Sí, un poco. —contestó ella.

El joven la miró detenidamente.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella se sorprendió.

—¿Por qué me preguntas eso?

Héctor le sonrió con ternura y le dijo:

—Si quieres un hombro amigo, aquí me tienes.

Ella se sorprendió por esas palabras, y sin quererlo, toda la tensión que había estado sintiendo durante días, se rompió, y sin poderlo remediar, se puso a llorar.

Él la dejó llorar mirándola compasivamente, hasta que ella sacó un pañuelo del bolsillo de su falda y se limpió la nariz y secó sus ojos, intentando calmarse.

—Perdona. —dijo ella avergonzada —Es el cansancio.

Héctor asintió y le sonrió:

—Comprendo. Se te ve realmente cansada. Cansada no sola físicamente, sino emocionalmente.

La joven le miró y le dieron ganas de llorar de nuevo, pero aunque trató de contenerse, las lágrimas le caían sin querer, y ella trataba de secárselas con el pañuelo.

Entonces él le dijo, mirándola con afecto:

—¿Sabes que tienes unos ojos preciosos?

Silvia se sorprendió y luego negó con la cabeza mientras se reía entre las lágrimas.

Héctor se reía también.

—¿Me dejas que te invite a tomar algo? — le dijo a la joven.

Ella le miró con una media sonrisa, y con los ojos húmedos y secándose la nariz. Y luego, bajo un impulso, le contestó:

—Está bien. Acepto tu invitación.

Él sonrió y luego asintió.

Pero inmediatamente Silvia se arrepintió de la ligereza para contestar, y no queriendo que hubiese malos entendidos, le dijo:

—Acepto, pero con una condición.

—¿Una condición? A ver, dime.

—Que no intentarás ligar conmigo.

—¡Vaya! —exclamó él, riéndose —¿Y por qué? ¿Tan feo te parezco?

Ella sonrió, y le contestó:

—Bueno, es cuestión de gustos, claro. Pero lo que pasa es que yo ya tengo novio.

El joven se rio y asintió.

—Lo comprendo. —dijo —Es lógico que tengas novio.

Ella se sorprendió por la respuesta, pero disimuló y asintió.

—¿Dónde prefieres que vayamos? —pregunto el joven —¿En una cafetería o en mi estudio?

—Pues... en una cafetería me parece bien.

—De acuerdo. Si quieres vamos a la de la calle postrera.

Ella asintió, y los dos se marcharon hacia allá.

Cuando llegaron, se sentaron en la terraza de la cafetería y esperaron a que se acercara un camarero. Luego pidieron lo que les apeteció.

Mientras esperaban al camarero, Silvia se quitó la mascarilla y él la miró y sonrió.

—¡Vaya! —exclamó —Me alegro de que en las terrazas de las cafeterías no se pueda contagiar uno del virus.

La joven lo miró pensativa y asintió:

—Sí, es verdad lo que dices. Es algo muy raro: que se le diga a la gente que se ponga la mascarilla si estás cerca de otras personas, pero si estás sentado en una mesa, parece que no pasa nada.

Él asintió sonriéndole y dijo:

—Pues me alegro de haberme sentado contigo aquí, porque así he descubierto que eres muy guapa.

Ella se sorprendió y luego se rio, negando con la cabeza, y le dijo:

—¡Ten cuidado, que no me creo fácilmente las adulaciones! Tengo claro que cada cual es como es y ya está.

Esta vez fue él, el que se rio.

—Lo que sí veo, — dijo — es que eres dura de pelar.

Silvia volvió a reírse.

Y por fin el camarero les sirvió y luego se marchó.

Entonces ella le dijo al joven:

—Mi padre me ha contado un poco sobre lo que hablasteis ayer, y me pareció muy interesante. A mí también me gustaría saber un poco más.

Él sonrió y le respondió:

—¿Qué te ha contado tu padre?

—Pues me ha hablado del doctor Hamer, y cómo llegó a la conclusión de que vivir situaciones muy fuertes pueden originar enfermedades.

—Bueno, no es exactamente así. No son las situaciones fuertes o difíciles las que provocan la enfermedad. Es la manera en la que nos las tomamos. Alguien, por ejemplo puede vivir un despido sintiendo miedo al futuro, y otra persona puede vivirlo como una oportunidad para cambiar de trabajo, por ejemplo. A otro le puede dar igual, porque en realidad no le gustaba ese trabajo, etcétera. ¿Comprendes?

Silvia asintió.

—O sea que no se trata de lo que vives, sino de cómo lo vives. —dijo.

—¡Eso es! —asintió él.

—¡Ah! —exclamó la joven, asintiendo —¡Ya entiendo! ¿Pero y eso de qué depende? ¿De la madurez de la persona?

—Pues en cierto modo, sí. Pero es que eso es muy fácil decirlo, pero no es tan fácil vivirlo.

—¡Claro!

—Verás, lo que descubrió Hamer son varios aspectos que son clave de por qué enfermamos, de qué enfermamos y cómo nos curamos, si es que nos curamos, porque a veces el final ineludible es la muerte.

—Entiendo.

—Él descubrió Cinco Leyes Biológicas que explican el origen y el desarrollo de una enfermedad, no en base a afirmaciones hipotéticas o teóricas, como suele hacer la medicina convencional normalmente, sino basándose en la observación de principios biológicos universales.

—¿Y cuáles son esas leyes?

Héctor sonrió y respondió:

—Pues mira, la primera ley, a la que llaman ley férrea del cáncer y demás enfermedades de origen biológico, explica la base: Cada cáncer o enfermedad equivalente al cáncer se origina a partir de un shock inesperado, muy agudo, vivido en soledad, que ocurre simultáneamente en la psiquis, en el cerebro, y en un órgano. Es decir, cuando uno recibe un impacto en la vida, una situación que no se esperaba, que le resulta muy traumática, que le pilla a contrapié y que lo vive en soledad, puede desarrollar una reacción en su cuerpo que es lo que normalmente se conoce como enfermedad, aunque desde el punto de vista de la Nueva Medicina Germánica, no se ve como una enfermedad, sino como un programa biológico de nuestra naturaleza. Esa reacción es digamos automática, instantánea, y dependiendo del matiz de cómo lo sentimos nosotros, afectará a unos órganos u otros, cuya reacción está basada en solucionar el conflicto biológico que hemos sufrido. ¿Entiendes?

—Creo que sí. ¿Y cuál es la segunda ley?

—La segunda ley explica el carácter bifásico de todas las enfermedades.

—¿Y eso qué significa?

Él se rio y le explicó:

—La segunda ley trata de las dos fases de la enfermedad, siempre que se resuelva el conflicto: La fase activa y la fase de solución. El conflicto ya sabes que se inicia en el momento del impacto, y en ese momento es cuando se inicia el programa biológico que es el que pone en marcha una reacción en cadena, que comienza con la

primera fase a la que llamamos fase activa del conflicto. Entonces la persona empieza a tener una serie de manifestaciones tanto a nivel de la psiquis, como en el cerebro y en un órgano. En la fase activa, a nivel psíquico la persona entra en estrés máximo, tiene pensamientos obsesivos con el impacto que recibió: rabia, miedo, ira, auto—devaluación, envidia, deseo, celos, etcétera. El sueño se le altera, pierde el apetito, adelgaza, tiene las manos y los pies fríos, puede tener también taquicardias, náuseas, y otras señales de que está con el conflicto activo. A nivel físico, según el matiz del conflicto, afectará a unos órganos u otros, o también puede afectar a funciones orgánicas. Y a nivel del cerebro, aparecen unos anillos nítidos en forma de diana visibles en escáner cerebral sin contraste, llamados "Focos de Hamer". Estos anillos se ven nítidos mientras el conflicto esté activo, y el tamaño de la zona está determinado por la masa del conflicto. ¿Me explico?

—Sí. —contestó ella, muy interesada —¿Pero qué me dices de la fase de solución?

Héctor asintió y respondió:

—Bueno, de una forma resumida para que lo entiendas, te diré que cuando la persona resuelve el conflicto, es decir, que por alguna razón logra resolver, sea por propia convicción, o por algún cambio externo que minimiza el problema, o porque lo comparte y se sienta escuchada, o por otras razones, entonces entra en la fase de solución y eso le afectará también en los tres niveles: a nivel psíquico se sentirá aliviada, y a nivel físico volverá a tener apetito, puede sentirse muy cansada, los pies y las manos volverá a tenerlos calientes, pudiendo pasar infecciones, fiebre, dolor, inflamaciones, etc... Estas reacciones en el cuerpo pueden parecer negativas, pero no lo son pues son señal de que el cuerpo está trabajando para regresar a la normalidad. A nivel cerebral, las zonas del cerebro que comandaban las primeras alteraciones del órgano, dan la orden de normalización y todo es visible con un TAC cerebral sin contraste.

—Entiendo. Pero ¿qué me dices del tiaravirus?

—Bueno, para eso tendría que explicarte otras dos leyes que descubrió Hamer. Pero puedo adelantarte que el contagio no existe. Los virus patógenos, no se ha demostrado que existan, ya que las imágenes que se publican son solo dibujos por ordenador. Y según el famoso virólogo Stefan Lanka, a lo que se llama virus o veneno, en realidad son exosomas celulares, es decir una información que la propia célula genera informando de su estado, y por tanto no son patógenos, no causan daño. Y no es algo que se pasa de unos a otros. Se podría decir que lo que sí se contagian son las emociones, cuando uno se deja llevar, pero en realidad lo que ocurre es que uno se siente identificado con lo que capta con cualquiera de sus cinco sentidos. Por ejemplo, tú ves una película de miedo en la que un monstruo quiere hacer daño a la protagonista, ¿qué sientes?

—Pues miedo, lógicamente.

—Y si ves una película de alguien a quien acusan injustamente, ¿qué sientes?

—Pues me enfurezco porque no es justo.

—¿Lo ves? es muy fácil "contagiarse" cuando nos identificamos con lo que vemos, sea en nuestra vida, sea en la televisión, sea una película, sea algún chismorre que nos cuentan... Mucho más si nos ocurre a nosotros. Si la gente cree en todo lo que dice la televisión acerca del tiaravirus, se identifica y se enferma.

Empiezan a tener miedo, pueden sentirse atacados, etcétera, y eso les lleva a enfermarse. Pero no es que se lo haya contagiado otra persona, no. Es la persona misma que cree todo lo que se dice en los medios de comunicación y cae en la trampa. Por ejemplo, el miedo a morir, el miedo al contagio, el miedo a la pérdida de seres queridos, el temor a perder el trabajo, etcétera, provocan en el individuo muchas alteraciones. Por eso, yo aconsejo no ver la televisión, porque es un medio de hipnotismo colectivo que mueve a las masas al antojo de unos cuantos. Ha bajado el nivel intelectual y moral de la gente con programas, series y noticieros a los que se acostumbran y les parece normal.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. —dijo ella, reflexiva.

Él la miró contento y ella le sonrió.

—Bueno, y ahora que ya nos conocemos un poco más— dijo él —¿quieres desahogarte conmigo?

Silvia se quedó mirándole, y sintió que sí, que podía confiar en él.

Entonces le contó todo lo que pasó con su hermana y su cuñado, y el sentimiento de haber cometido grandes errores, pero también de haber recibido una puñalada por su hermana. El dolor que le produjo no poder ver a sus sobrinos, y la falta de valor para decirle la verdad a su madre. Y para colmo, no encontrar trabajo, después de haber sacado dos carreras a las que dedicó tanto tiempo.

El joven le dijo:

—Veo que eres alguien que se toma las cosas con mucha responsabilidad. Pero quizás tengas que aprender a tomarte las cosas de otra manera, porque si te das cuenta, en realidad los problemas, aunque aparentemente te los han ocasionados otros: tu hermana, tu cuñado, tu madre, la pandemia, tu antiguo jefe que no te ha contratado... etcétera, el cómo te tomes todas esas contrariedades, depende de ti. Y tal vez tengas que aprender a tomarte las cosas de otra manera.

—Sí. Tienes razón, pero es que no es tan fácil.

—Ya. —contestó él, pensativo — ¿Y en qué trabajabas antes?

—Trabajaba en la librería Cosmopolita. Yo estudié filología francesa e inglesa, y en la librería les venía bien para recomendar o hablar con extranjeros.

—¡Ah, ya! ¡O sea que hablas el francés y el inglés perfectamente!

Ella se rio y le contestó:

—¡Bueno, se hace lo que se puede!

Y Héctor también se rio, y luego se quedó pensando y después le dijo:

—Pues para empezar, te propongo un trabajo, ¿qué te parece?

—¿Un trabajo? —exclamó ella, sorprendida— ¿Qué clase de trabajo?

—Bueno, no es el mejor trabajo del mundo, pero algo es algo. Se trata de recepcionista de una clínica.

—¿Recepcionista de una clínica? ¡Pero yo no sé nada de eso!

—Bueno, yo creo que para ti será muy fácil. Piénsatelo y me dices... O mejor estoy pensando..., si quieres, mañana te vienes conmigo, y ves la clínica y ya me dices si te interesa o no.

—Pero yo no sé nada de medicina.

—En realidad harías un poco de relaciones públicas porque la gente que viene, necesita hablar. Y si sabes inglés y francés tenemos más campo.

La joven lo miró algo nerviosa.

—No sé qué decir.

—Pues di que sí. Te vienes conmigo mañana y ves las dos clínicas.

Silvia se mordió el labio, nerviosa, y él se rio y le dijo:

—¡Venga! ¡Sé valiente y prueba! No tienes compromiso conmigo. Si te gusta, ¡estupendo!, y si no te gusta, pues me dices que no, y ya está. No me voy a molestar si no te gusta. Pero ¿y si te gusta?, ¿eh?

Ella se rio y se decidió.

—De acuerdo, iré contigo y veré, pero no prometo nada. Porque igual yo no estoy apta para eso.

—¡Nada, nada!, ¡tú estás más que apta!

La joven se rio y le dijo:

—En todo caso, me guste o no me guste, te lo agradezco inmensamente.

—No es nada. Es un placer ayudar a una vecina como tú.

Silvia volvió a reírse y luego le dijo:

—Tengo que confesarte algo.

Héctor se sorprendió y le dijo:

—¿El qué?

—Pues que te he mentado. No ha sido con mala intención, pero es que no me fiaba mucho de ti al principio.

El joven, más sorprendido aún, le preguntó:

—¿Y en qué me has mentado?

—Pues es que... en realidad no es verdad que tengo novio.

El joven se quedó parado reflexivo y luego sonrió y le dijo:

—¡Pues esa sí que es una buena noticia!

Y Silvia sonrió también.

Cuando llegó a su casa, Silvia les dijo a sus padres que tenía una entrevista de trabajo para el día siguiente en una clínica, pero no les dijo nada de quien se la había propuesto. Ellos se alegraron mucho, y la joven se sintió más reconfortada.

Aquella noche Silvia se acostó pensando en Héctor, y tuvo que admitir que él le gustaba.

Se dijo: "¿Cómo he pasado de estar completamente deprimida por el despido de mi hermana, y sobre todo por la separación de Jaime y de Federico, y ahora me siento mucho más calmada? Creo que la conversación con Héctor me ha calmado mucho, y me ha hecho sentirme mejor."

Sin embargo ella se acordó de nuevo de sus sobrinos, y suspiró, mientras pensaba:

"¡Cuánto tiempo durará esta separación!... ¡En fin! ¡Intentaré tomármelo mejor para no provocar ninguna enfermedad!".

Y luego se dio la vuelta, y poco a poco se fue durmiendo. Hasta que de repente escuchó:

"—¡Tita!

*Ella abrió los ojos, reconociendo esa voz, y vio a sus sobrinos a su lado.*

—¿Pero qué hacéis aquí? —dijo, incorporándose.

*Los niños se rieron.*

*La joven estaba confusa.*

—¿Pero qué pasa? ¿Qué hacéis aquí, y por qué os reís?

—¡Mira tita! —le dijo Jaime, riéndose —¡Estás roncando!

—¿Qué? ¿Qué decís?

—¡Sí!, ¡estás roncando! — le dijo Jaime.

—Pero... —empezó a decir Silvia, hasta que se dio cuenta y miró hacia su cama.

Y entonces fue cuando se vio allí tendida, y roncando.

La joven se quedó asombrada.

—¿Pero esto que es? — exclamó.

—Eres tú, durmiendo. —le dijo Jaime, riéndose.

Y Federico también se rio.

—¡Qué sueño tan raro! —exclamó Silvia.

—Pero nosotros hemos venido a verte, porque te echamos de menos. —le dijo Jaime.

—Sí. Hemos venido a verte porque te echamos de menos. —dijo también Federico.

Silvia miró su cuerpo tendido en la cama, y dijo asombrada:

—¿Pero es posible esto? ¿Qué significa esto?

—Nosotros lo hacemos algunas veces. —dijo Jaime —Nos dormimos y nos salimos de nosotros, o sea... del cuerpo. Y hemos venido a verte porque papá no nos deja venir a casa de los abuelos. Dice que hasta que no se pase la pandemia no vamos a venir, para que no nos contagiemos.

—Y también dice— añadió Federico — dice que el abuelo es un... incooo... un incooo... un incoociente!

Silvia hizo un gesto disimulado de fastidio, pero luego les dijo:

—Bueno, no os preocupéis. Vosotros hacedle caso a papá y a mamá, ¿vale?

—Pero de todas maneras nosotros queríamos verte.

Silvia sonrió y les dijo:

—Y estoy muy contenta de veros otra vez. Sabed que aunque ahora nos veamos menos, yo os quiero muchísimo, ¿vale?

—¡Sí! —exclamó Federico, sonriente.

Y Jaime le dijo:

—¡Nosotros también te queremos muchísimo!

La joven los abrazó..."

Y entonces se despertó.

## Capítulo 7

A las 8 de la mañana del día siguiente, Silvia salió de su casa y se encontró con Héctor en el portal, tal y como quedaron.

Ella estaba bastante nerviosa, pensando que ese tipo de trabajo no era para ella, pues no sabía nada de cuestiones relacionadas con clínicas médicas.

—¡Tranquila! —le dijo él riéndose —Ya verás que para ti va a ser pan comido.

Cuando llegaron al coche ella hizo ademán de sentarse en el asiento trasero detrás del asiento del copiloto, como indicaban las normas de los gobiernos. Pero él le dijo:

—Si quieres sentarte delante, ya sabes que no hay ningún problema. Y te puedes quitar la mascarilla, si quieres, pues ya estuvimos sentados ayer en la cafetería y no pasó nada, ¿a qué no?

Ella lo miró dubitativa. No se fiaba del todo.

Él se rio y le dijo:

—Tranquila, es normal que de la noche a la mañana no puedas cambiar de opinión. Siéntate donde quieras y como quieras.

Silvia asintió y se quedó pensando: "Creo que soy una tonta. Ayer estuvimos sentados en la misma mesa y sin mascarilla y no pasó nada. ¿Por qué va a pasar ahora?".

Y en un acto de valentía decidió sentarse delante con él y sin mascarilla.

Héctor le sonrió y arrancó el coche.

Mientras iban, él le explicó que las 2 clínicas en las que trabajaba, eran también escuela de formación, y habían sido fundadas por tres médicos que eran familia y que trataban con la Nueva Medicina Germánica<sup>2</sup>. Una de ellas era de beneficencia, es decir, que las consultas y las clases se hacían de manera gratuita, mientras que la otra clínica era de pago. En la de beneficencia se hacían cursos básicos para que la gente en general conociera las cinco leyes biológicas en las que se basa la Ciencia Curativa Germana, de manera que eso pudieran ellos aplicarlo en sus vidas, sobre todo cuando se tenían síntomas leves. Y en cuanto a las consultas, también eran gratuitas, aunque a veces algunos pacientes se ofrecían a dar un donativo. Sin embargo, en la de pago, los cursos eran más completos y detallados expresamente para profesionales de la salud y sí tenían una cuota que podían permitirse. Y las consultas también se pagaban pero solo se pedía la voluntad. Y teniendo en cuenta que la clínica se encontraba en una zona de gente adinerada, la voluntad solía ser bastante espléndida. Los alumnos que iban a esta clínica eran no solo doctores, enfermeras, y auxiliares, de la medicina convencional, sino que también iban psicólogos, biólogos, veterinarios y médicos o terapeutas de otras ramas alternativas que completaban lo que aprendían con sus conocimientos: médicos que trabajaban con homeopatía, con medicina china, con flores de bach, con el par biomagnético, y con naturopatía. Con el pago de los alumnos y de los pacientes de la clínica de pago se sufragaban los gastos de la de beneficencia,

---

2. Véase más información sobre la fundación de las clínicas en "Retos de la Existencia" en [http://www.elenasantiago.info/Retos\\_de\\_la\\_Existencia.Elena\\_Santiago.pdf](http://www.elenasantiago.info/Retos_de_la_Existencia.Elena_Santiago.pdf)

y ellos recibían un sueldo. Al principio solo estaban los tres médicos, que se combinaban entre las dos clínicas y los cursos. Pero luego se incorporó él y hacía unos meses también se había incorporado otro médico. Tanto en la clínica de beneficencia, como en la de pago atendían en la recepción dos jóvenes que eran las esposas de dos de los médicos, pero una de ellas quería dejarlo para poder dedicar más tiempo a su hija, que era todavía pequeña. Y por otro lado, también habían hablado él y los otros médicos de abrir las puertas a dar cursos en otros idiomas, ya que en esa ciudad había colonias de extranjeros que pasaban temporadas en la zona por el clima, y por la playa.

Silvia asintió, comprendiendo la situación, y le dijo:

—Pero entonces no se trataría solo de estar en la recepción, sino de traducir los cursos, ¿no?

—Bueno, nosotros hablamos el inglés, pero no en plan perfecto, claro. Y en cuanto al francés, pues no es nuestro fuerte. Y además habría que traducir apuntes, dossieres, cuestionarios, y encargarse de la correspondencia en otros idiomas, y revisar la traducción de nuestra página web. También contestar los correos en otros idiomas, etcétera. Nos vendría bien desde luego una poliglota como tú.

La joven se rio.

—Bueno, vamos a ver. —dijo —Pero tal y como me lo cuentas, me gusta mucho ese proyecto.

Héctor sonrió y le dijo:

—Ya verás cómo te van a caer bien mis compañeros. Y te vas a llevar estupendamente con ellos.

Silvia sonrió, nerviosa por un lado, y deseosa por otro, para ver qué se iba a encontrar.

Por fin llegaron a una de las clínicas. Él aparcó y se bajaron del coche. Evidentemente debía de ser la clínica de pago porque estaba en una zona de chalets y casas señoriales.

La joven se puso nerviosa y se le puso un pellizco en la boca del estómago. Ella se puso la mascarilla, y el joven le sonrió y le dijo:

—Tranquila, vamos adentro.

Entonces entraron en una especie de chalet de dos plantas, rodeado de césped con dos árboles jacaranda a cada lado del edificio.

La puerta de la clínica estaba abierta y ellos entraron. Nada más entrar, había una joven de unos treinta y pocos años con rasgos extranjeros, sentada en la recepción. Ella no llevaba mascarilla tampoco. Esta los miró y sonrió y se levantó.

—Hola Héctor,— dijo —¿quién te acompaña?

—¡Hola Nicoleta! ¡Aquí te traigo a Silvia, que será tu sustituta!

Nicoleta miró a Silvia y le dijo sonriendo:

—¡Hola Silvia! Es una agradable sorpresa, pues no esperaba que me pudieran sustituir tan rápido.

Silvia miró a Héctor y dijo:

—Bueno, no sé si me admitirán...

—Estoy segura de que si Héctor te ha traído, es porque sabe que puedes hacer esto, que en realidad es muy fácil. — dijo Nicoleta — Solo tienes que recibir a los pacientes y a los alumnos y ser amable. Y organizar un poco el tema de los cursos y de

las consultas. Ellos te pagan a ti, y les haces un recibo y apuntas todo. Así, cuando hay que declarar, todo está claro. También tienes que abrir el correo, apuntar las inscripciones, hacer fotocopias, en fin, si te quedas conmigo esta mañana, lo verás rápido y te darás cuenta de que no es un trabajo complicado. De hecho es bastante tranquilo, porque hay ratos en que puedes hacer lo que tú quieras.

Silvia sonrió aliviada de ver que no era tan difícil.

—Lo que pasa es que yo quiero sacarle más partido a Silvia.— dijo Héctor, riéndose.

—¿Más partido? —repitió Nicoleta —¿En qué sentido?

—Pues es que ella es filóloga y domina perfectamente el francés y el inglés. —respondió el joven — Y como sabes que nos estábamos planteando dar los cursos no solo presenciales, sino también online en otros idiomas, creo que ella nos puede ayudar mucho a la hora de preparar el material y de traducir en algunos casos.

—¡Ah, claro! —dijo Nicoleta, sonriendo y mirando a Silvia—¡Muy buena idea!

Silvia asintió sonriendo.

—Ya verás que vas a estar muy bien aquí. —le dijo Nicoleta —Y en la otra clínica también es lo mismo, solo que más fácil porque como no se recoge dinero, el aspecto administrativo es más fácil.

Silvia volvió a asentir.

Un hombre de más o menos la edad de su padre llegó en ese momento. También iba sin mascarilla.

—Buenos días, Carlos. —saludó Nicoleta.

—Buenos días. —saludaron también Héctor y Silvia.

El hombre dio los "Buenos días", mirando a Silvia.

—Doctor Montellano, — dijo Héctor —esta es Silvia. Quiero proponerla para sustituir a Nicoleta.

Y dirigiéndose a Silvia le dijo:

—Él es el doctor Carlos Montellano.

—Mucho gusto en conocerle. —dijo Silvia —Perdone que no le dé la mano. Ya sabe...

—¿Um? —exclamó él con el ceño fruncido y mirándola muy serio —¿qué se supone que tengo que saber?

La joven se quedó un poco acobardada, y Héctor se rio y le dijo:

—Doctor Montellano, tengo que aclararle que Silvia en realidad hasta ayer mismo creía en el tioravirus y en el bovid. Por eso ahora mismo está en proceso de comprender cómo va esto. Tiene que disculparla.

El médico continuó con el ceño fruncido mirándola, cosa que acobardó más a Silvia.

—¡Bueno! —exclamó él —¡Al menos veo que eres valiente al intentar salir de esa bruma de engaños y sinsentidos que están extendiendo por todos lados!

Silvia no sabía bien si la estaba regañando o la estaba felicitando.

Héctor se rio y le dijo al otro médico:

—Silvia y yo somos vecinos y nos conocimos hace unos días. Ella es filóloga francesa e inglesa. He pensado en lo que hablamos de la posibilidad de hacer los cursos en francés y en inglés, y creo que Silvia podría ayudarnos en muchas cosas. ¿Qué le parece?

El médico miró detenidamente a Silvia, y esta volvió a sentirse muy cortada.

—Así que eres filóloga. —dijo el médico.

—Sí. Hice las dos carreras, de inglés y de francés.

—¿Y dónde has trabajado antes?

—Estuve en una librería durante cinco años, pero con esto del bovid... tuvieron que cerrar y luego ya no me han llamado, pues han contratado a un familiar.

—Entiendo. ¿Pero has comprendido que todo esto que están llevando a cabo es una pura pantomima?

Silvia se quedó un poco parada y miró a Héctor, y luego contestó:

—Pues... en realidad estoy empezando a creer que efectivamente es un engaño masivo, porque muchas cosas no cuadran, la verdad.

El médico la miró detenidamente y luego negó con la cabeza y contestó:

—No. No nos sirve. Si no tiene claras las cosas, no puede trabajar con nosotros.

La muchacha se desarmó y se vino abajo.

Héctor la miró y luego le dijo al doctor:

—Pero ella está aprendiendo. Yo le he explicado algunas cosas.

—No nos sirve. —repitió el doctor Montellano —Si no tiene claras las cosas, no puede ayudarnos, porque cuando hable con los pacientes, puede meter la pata. ¿No te das cuenta? ¡Si para empezar, lleva mascarilla!

En ese momento llegó otro hombre algo mayor que Héctor, también sin mascarilla.

—¡Buenos días a todos! —saludó con un tono alegre.

—¡Buenos días, Hugo! —contestaron todos, salvo Silvia que solo saludó con "buenos días" a secas.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó el recién llegado, mirando a Silvia, a la que sonrió.

El doctor Montellano lo miró pensativo e hizo un gesto con la boca, como si estuviera reprimiendo una sonrisilla de medio lado.

—A ver, Hugo,— dijo — resulta que Héctor nos ha traído una supuesta sustituta para Nicoleta. Pero la niña apenas tiene conocimientos de la Nueva Medicina Germánica y hasta ayer mismo se estaba creyendo la farsa mundial. Y parece que aún se la cree.

Hugo miró de nuevo a Silvia, y Héctor intervino:

—Verás, yo le he explicado un poco sobre la Germánica. Le he explicado un poco de las dos primeras leyes, y ella, creo que las ha comprendido. Es cierto que hasta anteayer ella creía en todo este engaño masivo, pero opino que si se le explica todo, es posible que lo entienda mucho mejor. Pero además es que ella tiene un valor añadido y es que es filóloga y domina perfectamente el francés y el inglés, con lo cual, Silvia nos podría ayudar enormemente en esos planes que hemos comentado.

—Sí, claro. — respondió Hugo, mirando a Silvia y sonriéndole — Podemos hacer lo siguiente, puede hacer un curso exprés de principiantes, y si le parece bien, la contratamos, y si no está de acuerdo o no le convence, pues entonces no la contratamos.

—Me parece justo. —dijo el doctor Montellano —Pero entonces tendremos que esperar a que haga un curso.

—Uno exprés para ella. —aclaró Hugo. Y dirigiéndose a ella — No es necesario que hagas un cursillo con detalles, puesto que tú no vas a pasar consulta.

—Yo puedo dárselo. —dijo Héctor.

Hugo sonrió y asintió y luego miró a Silvia.

—¿Te parece bien?

Ella sonrió y asintió.

—Sí. Me parece justo.

—Bueno, —dijo el doctor Montellano, conforme— yo me voy a la consulta.

Y mirando a Silvia le dijo:

—Espero verte en la recepción la semana que viene.

Y luego se sonrió y se metió en la consulta.

La joven se sorprendió, pero con ese gesto se dio cuenta de que él finalmente le daba la oportunidad.

Y Hugo le dijo:

—Si realmente entiendes la Germánica y la aceptas, podrás, no solo trabajar con nosotros, sino que te ayudará a ti misma y a los que te rodean. Entenderás qué es realmente la enfermedad, por qué se produce, y qué hacer y qué no hacer cuando uno se encuentra en un proceso simpaticotónico o vagotónico.

Silvia sonrió y le dijo:

—Muchas gracias por darme esta oportunidad.

Hugo le sonrió y asintió. Y Héctor asintió, contento.

Como llegó un paciente, Hugo le invitó a entrar en otra consulta, y luego entró él.

Entonces Nicoleta le dijo a Silvia, sonriéndole:

—Espero que te vaya bien y que me puedas sustituir pronto.

—Sí, yo también. —contestó Silvia contenta.

—Bueno,— dijo Héctor —yo me tengo que ir a la otra clínica. ¿Te vienes conmigo y la ves? Porque si te contratamos, te tocará trabajar una semana en una clínica y otra semana en la otra clínica.

—Sí, de acuerdo. —dijo Silvia, muy contenta.

Silvia se despidió de Nicoleta y luego se marchó con Héctor hacia el coche para ir a la otra clínica que estaba en otro lugar de la ciudad.

## Capítulo 8

Mientras se dirigían a la otra clínica, Héctor le explicó a Silvia:

—El doctor Montellano es el suegro de Hugo. Entre nosotros nos llamamos de tú y por el nombre, pero el doctor es un hombre de armas tomar y le llamamos de usted, al menos los que no somos de su familia. Hugo sí le llama de tú, y Nicoleta también, porque es su nuera. Hugo está casado con Carolina, que es la hija pequeña de Montellano, y Nicoleta es la esposa de Carlos, que es el único hijo. Pero bueno, quizás sea un poco lío, pero ya te irás acostumbrando.

Silvia asintió y dijo:

—Pero el doctor Montellano asusta un poco, ¿eh?

Héctor se rio.

—¡Sí! ¡Un poco! —contestó —Pero no te preocupes. De primeras parece una fiera, pero luego no lo es tanto. Tengo entendido que antes era más duro, pero desde que murió su primera esposa, y luego, después de la leucemia que tuvo su hija Carolina, a la que vas a conocer ahora, cambió bastante, dentro de lo que cabe.

—Oye, ¿y tú cómo conociste la Germánica?

—Pues en realidad fue gracias a Hugo. Cuando yo empecé en la facultad de medicina, él estaba en el último curso. Y cuando llevaba algunos meses, escuché decir que había un estudiante de último curso que se estaba revelando contra las enseñanzas que se daban y que estaba aprendiendo una nueva forma de ver la medicina. Eso me llamó la atención y tuve curiosidad por conocerle. Entonces investigué para ver quién era, hasta que me enteré y traté de hacerme amigo suyo, pero no me costó nada, porque era alguien realmente abierto y cordial. Entonces le pedí que me explicara algo sobre lo que había aprendido y me pareció muy interesante. Tanto, que la fui estudiando al mismo tiempo que hacía la carrera. Al final cuando terminé, asistí a algunas de sus conferencias, pero luego tuve que dejarlo durante un tiempo. Más tarde, me enteré que estaba trabajando con otros médicos en las clínicas, y me presenté a ellos, para ver si me admitirían. Me hicieron una prueba, y desde entonces, aquí me tienes.

—¡Oh! ¡Entonces tú conoces todo esto desde el principio!

—Pues sí. Pero también quería tener la titulación para poder ejercer. Ya sabes que si no, no te dejan ejercer.

—Claro, sí, lo entiendo.

Poco después llegaban a una zona donde aparcaron, pues estaba muy cerca del centro. Caminaron unos metros y Héctor le dijo:

—Aquí es.

Ella entró con él, y encontraron en la recepción a otra mujer de unos treinta y pocos años.

—¡Hola! —saludó sonriente la mujer.

Ellos saludaron también.

—Carolina<sup>3</sup>, — dijo Héctor —te presento a Silvia.

---

<sup>3</sup> Véase más sobre la historia de Carolina en la obra "Buscadores de Conocimiento" en [http://www.elenasantiago.info/Buscadores\\_de\\_Conocimiento.Elena\\_Santiago.pdf](http://www.elenasantiago.info/Buscadores_de_Conocimiento.Elena_Santiago.pdf)

Carolina se levantó y le dijo:

—¡Hola Silvia!

—Hola, Carolina. —respondió Silvia.

—¿Quieres una cita, o te vas a apuntar a algún curso? —le preguntó Carolina.

—Pues en realidad... —comenzó Silvia a decir.

—En realidad, — dijo Héctor —va a hacer un curso exprés de la Germánica, y si la acepta, será tu nueva compañera, la sustituta de Nicoleta.

—¡Anda! ¡Pues muy bien! ¡Me alegro de conocerte! Ya verás que te gustará este trabajo. Es muy gratificante porque ves a la gente que se siente mucho más tranquila cuando sale de ver al médico, porque ha comprendido la causa de lo que le aqueja y puede hacer por resolverla y curarse más rápido y mejor.

Silvia la escuchó muy atenta y asintió.

—Héctor me ha hablado un poco y la verdad es que me llamó mucho la atención todo lo que me explicó, sobre todo con la seguridad que le veo, y que no tiene ningún miedo a lo que está pasando ahora. Aunque según he comprendido, para vosotros en realidad no existe ni el contagio, ni la pandemia. Es solo el resultado de miedos y otros traumas, ¿no?

—Sí. —contestó Carolina —Ya veo que has comprendido la raíz del problema.

Una pareja entró con un niño y Carolina les dijo a Héctor y a Silvia:

—Disculpadme unos momentos.

Y se dirigió a esa familia y les invitó a sentarse.

El niño tenía unos cinco años y tosía con una tos profunda de vez en cuando, y sus padres lo miraban preocupados.

Carolina empezó a hablarles calmadamente, sonriéndole al niño todo el tiempo, y animándoles tanto al niño como a los padres a no tener miedo.

Silvia observó la escena, y asintió pensativa. Y Héctor le dijo:

—Voy a tener que dejarte, porque tengo que preparar la consulta, que en unos minutos tengo la visita. Si quieres, quédate un rato y habla un poco con Carolina, y ella te puede explicar muchas cosas.

La joven asintió.

—Sí— dijo —Y muchas gracias por todo.

Héctor le sonrió y le contestó:

—Nos vemos esta tarde, ¿eh?

Ella le sonrió también y le contestó:

—Puede que sí.

Él frunció el ceño en broma, y dijo

—¿Solo puede que sí? ¡Ten en cuenta que tengo que hacerte el curso exprés!

La joven se rio y le contestó:

—¡Ah, era por eso que querías que nos viéramos!

—¡Claro! ¿Qué pensabas? ¿Que te estaba pidiendo una cita? — le dijo él con una pícaro sonrisa.

Ella se rio de nuevo.

—Bueno, en ese caso, sí. Nos vemos esta tarde. ¿Dónde? ¿Aquí?

—Sí. —contestó él, sonriéndole —Aquí mismo, que es donde guardo todo el material que utilizo yo para los cursos, y puedo seleccionar imágenes de las presentaciones que solemos hacer, especialmente para ti. De todas formas, esta tarde

hay un curso que lo da otro compañero, pero ya está bastante avanzado, y seguramente te costaría coger el hilo.

—De acuerdo.

El joven la miró y le sonrió contento.

—¿Nos venimos juntos? — le dijo.

—De acuerdo también. —contestó ella.

—¿Quedamos a... las seis?

—Muy bien.

—¡Entonces hasta la tarde! —le dijo él.

—¡Hasta las seis! —le contestó la joven, contenta.

Héctor se metió en una consulta, y de otra salió otro doctor joven, algunos años mayor que Héctor.

Por supuesto este tampoco llevaba la mascarilla.

Primero miró a la familia que hablaba con Carolina, y luego miró a Silvia, y después volvió a mirar a la familia y se dirigió a ellos y les dijo:

—¡Buenos días! ¿Quieren pasar a la consulta?

Los padres y el niño le miraron y le dieron los buenos días, también.

El doctor miró al niño, le sonrió y le guiñó un ojo y dijo:

—Vamos a ver qué nos cuenta este valiente.

Y la familia entró en la consulta y el doctor les dijo:

—Les atiendo en un minuto.

Luego se dirigió a Carolina y le dijo:

—Caro, ¿no ha venido todavía Héctor?

—Sí. Está en la otra consulta preparando todo.

—¡Ah, ya! —contestó él, mirando a Silvia.

Carolina sonrió y le dijo:

—No es ella la paciente.

—¿No? —dijo él, extrañado.

—No. —contestó Carolina — Ella es Silvia, y ha venido con Héctor, como candidata para sustituir a Nicoleta.

—¡Ah! —exclamó él, sonriendo —¡Estupendo! y dirigiéndose a Silvia, le dijo — ¡Mucho gusto en conocerte!

Y quiso darle la mano, pero entonces pareció caer en la cuenta de algo y se quedó parado mirándola.

—Pero... empezó a decir.

Carolina sonrió y le aclaró:

—Ella va a hacer un cursillo exprés de la Germánica, y si la comprende y la acepta, se le contratará.

Silvia comprendió que al verla con la mascarilla, pensó lo mismo que había pensado el doctor Montellano, o sea el padre de Carolina y de Carlos.

—¡Ah, está bien! —contestó Carlos —¡Me parece justo!

Entonces Silvia se envalentonó y le dijo:

—Héctor me estuvo explicando algo de las dos primeras leyes de la Germánica, y creo que las comprendí. Pero aún me tiene que enseñar mucho más.

Carlos asintió.

—Es lógico que si no estás suficientemente informada, sigas creyendo en muchas teorías que se consideran verdades absolutas. Está es una buena oportunidad para que conozcas una óptica diferente. Y la verdad es que nos vendría bien que pudieses trabajar con nosotros, así mi mujer podrá quedarse con nuestra hija, que también la necesita, sobre todo con esta historia que estamos viviendo, en la que se están perdiendo la sensibilidad, la caridad, la alegría y la libertad, entre otras cosas.

Silvia sonrió y asintió.

—Sí, es cierto.

Carlos le sonrió y le dijo:

—Disculpa, pero tengo una familia en la consulta. Espero que puedas trabajar con nosotros pronto.

—Sí, gracias. —contestó ella, sonriendo.

Carlos se metió en la consulta y Carolina le preguntó a Silvia:

—¿Has trabajado antes en alguna consulta?

—¡No, qué va!

Y entonces le explicó su trayectoria universitaria, y profesional y el por qué no pudo volver a su trabajo en la librería, y los proyectos que tenía Héctor con ella.

—¡Ah, ya entiendo! —asintió Carolina —¡Sí, sería estupendo que pudieses trabajar con nosotros! Nosotros sabemos algo de inglés, claro, pero no es perfecto, la verdad. Y si tenemos una filóloga en nuestras filas que encima también domina el francés... ¡Eso sí que sería perfecto!

Silvia se rio, pero luego dijo:

—Espero que si trabajo con vosotros, el Doctor Montellano no sea muy duro conmigo. —Carolina se rio y le contestó:

—No te preocupes por eso. Mi padre no es tan malo como parece. Hugo dice que es como un león que ruga con fuerza de primeras, pero que luego tiene el corazón noble. ¡Si vieras cómo trataba a Hugo antes de que fuéramos novios! —exclamó pensativa y con una sonrisa —¡Menos mal que Hugo es paciente y se toma las cosas con humor!

En ese momento entraron una mujer de edad madura y una anciana, cogida en su brazo.

—¡Uf! ¡Buenos días! —saludó la más joven —Perdonen que llegamos tarde, pero es que mi madre...

—No se preocupe. —le dijo Carolina, sonriéndoles —Siéntense que en seguida el doctor las atiende.

Y le dijo a Silvia:

—Perdona un momento.

Y se dirigió a la madre con la hija.

—¿Han venido andando? —preguntó Carolina al verlas sofocadas.

—¡No, qué va! —contestó la más joven —Hemos venido en taxi. Pero el taxista era realmente antipático. Yo me he puesto la mascarilla, pero mi madre, que sufre de asma, se la ha tenido que poner porque el taxista, si no se la ponía, no quería traernos.

—Ya. —dijo Carolina —Es que ellos también están obligados a pedir que se la pongan. Pero, —y dirigiéndose a la anciana— como ya pronto va a estar bien, todo esto será agua pasada, y por fin podrá usted disfrutar de su vejez con salud.

—¡Ay, hija! —exclamó la anciana —¡Ojalá! ¡Pero no sé yo si con todo lo que está pasando...!

—Usted va a estar bien en nada de tiempo, ya lo verá. —le dijo Carolina —Pero me tiene que prometer algo.

La anciana la miró sorprendida y le dijo:

—¿Qué quieres que te prometa?

—Pues quiero que esté tranquila y que tenga confianza en el doctor.

La anciana sonrió y asintió.

Héctor salió de la consulta y miró a la anciana y a su hija y les saludó y luego las pasó a la consulta. Pero antes le hizo un guiño a Silvia, y sonriendo le dijo:

—Recuerda: a las 6.

La joven se rio y asintió.

Luego, como estaban solas, Carolina le estuvo hablando sobre cómo había conocido ella la Germánica, y cómo se curó de la leucemia. Le contó que en realidad el primero que empezó a trabajar con la Nueva Medicina, fue Hugo, su esposo. Y que cuando estuvo con la leucemia, él la ayudó mucho, y luego se la enseñó a Carlos, que había sido compañero y amigo suyo, y después a su padre y a su hermana que también era médico, aunque ella ejercía solo de vez en cuando porque estaba dedicada a su familia por voluntad propia. Luego decidieron entre Hugo, su padre y su hermano fundar la clínica escuela de forma que por un lado se pudiese enseñar la Germánica y al mismo tiempo pasar consulta. Después se incorporó Héctor. Y hacía pocos meses también se había añadido un antiguo compañero de carrera de Hugo y de Carlos, que había viajado por el mundo con una ONG y que había aprendido muchas otras técnicas de curación, aparte de la medicina oficial, con una doctora muy especial.<sup>4</sup>

—¿Y viene mucha gente a las consultas? —inquirió Silvia.

—Pues sí que viene. Cada vez más. No tanto como en un hospital o en un centro de salud, claro, pero cada vez hay más gente que va comprendiendo la Germánica. ¡Y es que es una manera tan diferente de ver la enfermedad! ¡Y te produce tanta tranquilidad ver que lo que aparentemente parece malo, no lo es! Por ejemplo, la fiebre. La fiebre no es algo malo que hay que bajarla como sea. No, es la respuesta del cuerpo trabajando para curarse. ¡Claro, si fuera excesiva, lógicamente se puede modular! Pero hay sistemas naturales para ello. Las inflamaciones, el dolor, la fatiga, los sudores nocturnos, y otros síntomas que pueden parecer síntomas negativos, en realidad son el esfuerzo que hace el cuerpo para recuperar la salud, la normalidad.

Silvia se quedó pensativa y luego dijo:

—O sea que cuando parece que uno está enfermo, en realidad se está curando.

—Más o menos. También hay síntomas en la fase activa del conflicto según qué órganos, pero conociendo la Germánica se puede ayudar a la persona a comprender y trabajar en la solución del conflicto. Porque si no solucionas, y el conflicto se prolonga demasiado, puede conducirte a la muerte. O si tardas demasiado en solucionar, la fase resolutive del conflicto se producirá con sintomatología más fuerte. Por eso, lo mejor es solucionar lo antes posible.

---

<sup>4</sup>Véase más sobre esta historia en la obra:

[http://www.elenasantiago.info/Aprendices\\_de\\_la\\_Enfermedad.Elena\\_Santiago.pdf](http://www.elenasantiago.info/Aprendices_de_la_Enfermedad.Elena_Santiago.pdf)

—Bueno, pero cuando uno tiene un conflicto, no siempre es fácil solucionarlo, ¿no? —dijo Silvia

—Claro. Por eso se da la opción de enseñar la Germánica a todo el mundo, aunque no se dediquen profesionalmente a la medicina, porque cuando tienes un conflicto, en el fondo puede haber miedo, rabia, envidia, celos, orgullo, desvalorización, etcétera y está bien que las personas aprendan que estos sentimientos nos hacen daño, y hagan algo para cambiar.

Silvia asintió.

—Sí, tienes razón.

Carolina le miró y le sonrió y le preguntó:

—¿Y hace mucho que conoces a Héctor?

—¡No! ¡Qué va! Solo de hace unos días. Es que se ha venido a vivir al mismo bloque en el que yo vivo. O sea, que somos vecinos.

—¡Ah! Muy bien.

Silvia se sonrió y le dijo que en su familia era conocido por el "negacionista".

Carolina se rio.

—Sí,— dijo — ya sé que llaman negacionista a todos los que no siguen las normas del gobierno y las explicaciones de los médicos oficiales. Pero en realidad, en ese grupo de los llamados "negacionistas" están metiendo toda clase de gente. Los hay con buenas intenciones que buscan la verdad de todo este engaño masivo, pero también hay gente con muy mala intención que provoca la confusión y el miedo en la gente, con historias realmente rocambolescas. Y también gente que solo quiere promover el odio. En ambos lados: en el de los que creen en el tiaravirus y el bovid, y en el de los que no creen. Hay muchos que mezclan la política y utilizan este tema para atacarse mutuamente. Hay quienes tienen ideas algo extrañas, que mezclan temas paranormales con lo que está ocurriendo. En fin, es todo un revuelto de distintas teorías, que solo producen la confusión intelectual, emocional e instintiva de las gentes.

—¿Y qué me dices de la Germánica? —dijo Silvia —¿Qué papel puede jugar aquí?

—Pues la Nueva Medicina Germánica explica por qué se producen las enfermedades, explica cómo se producen las enfermedades, explica las distintas fases de una enfermedad, el papel de los microbios, explica cuáles son los síntomas de curación y los que no, explica por qué no existe el contagio, me refiero al contagio físico de una enfermedad... En fin, explica tantos temas básicos que cuando alguien los comprende, pierde el miedo a la enfermedad.

Silvia se quedó pensativa y luego dijo:

—¡Pero esto es realmente revolucionario!

Carolina se rio y asintió.

—Sí, es cierto.

Silvia sonrió, y luego le dijo:

—Bueno, esta tarde vendré y haré el curso exprés.

—Muy bien. —respondió Carolina —Entonces nos veremos porque yo estaré aquí.

Silvia sonrió contenta, y se despidió y se marchó a su casa.

## Capítulo 9

Cuando Silvia llegó a su casa, les contó a sus padres que era muy posible que la contrataran.

Ellos, lógicamente, se alegraron mucho.

—¿Y dónde vas a trabajar? —inquirió su padre.

—En una clínica.

—¿En una clínica? —repitió su madre, sorprendida —¿Y qué vas a hacer tú en una clínica?

—Pues varias cosas. Estaré en la recepción de los pacientes, pero también como dan cursos y quieren darlos en varios idiomas, yo les puedo hacer de interprete.

—¡Ah, qué bien! —exclamó su padre. —¿Tú ves, pequeña? Al final te ha salido un trabajo acorde con tus estudios.

—¡Pues sí, menos mal! —dijo la madre.

—Bueno, pero todavía no es seguro. —respondió Silvia —Tienen que hacerme una prueba.

—Seguro que la pasas con creces. —le dijo su padre, sonriéndole.

Silvia sonrió también y le contestó:

—Espero que sí. Me esmeraré en ello.

—¿Es una clínica dental? —inquirió su madre.

—No, no. No tiene nada que ver. —dijo la joven, no queriendo dar más detalles.

—¿Entonces de qué es? ¿No será de cirugía plástica?

—No, tampoco. —contestó Silvia, empezando a sentirse apurada.

La madre se quedó pensando y luego dijo:

—¿De rehabilitación?

—No. Tampoco.

—¿Pues entonces de qué es? —preguntó su madre, con impaciencia.

—Pues es de... medicina que tiene que ver con la psicología.

El padre la miró pensativo.

—O sea que es una clínica de psicólogos. —dijo la madre.

—No exactamente. —respondió Silvia —Es un tipo de medicina descubierta hace algunos años que relaciona las enfermedades con los estados de ánimo.

—¡Ah! —exclamó Angustias, pensativa —¡Pues mira! ¡No me extraña! Porque muchas veces nos llevamos disgustos y luego se pone una mala. Yo misma tengo dolor de cabeza cada vez que me llevo un disgusto.

—Sí, claro. —contestó Silvia, no queriendo profundizar en la cuestión.

Y luego miró a su padre, que la observaba con una media sonrisa.

La joven se dio cuenta de que su padre estaba sospechando de dónde se estaba metiendo, pero no le dijo nada, y menos, estando su madre delante.

Sin embargo, poco antes de salir para encontrarse con Héctor, su padre la llamó aparte y le dijo con una sonrisilla:

—Así que vas a trabajar para la clínica en la que trabaja Héctor...

Silvia se quedó mirándole, no sabiendo qué decir.

Luego suspiró y le contestó:

—En realidad no es seguro. Primero quieren hacerme un curso exprés para ver si comprendo las bases y si estoy de acuerdo, porque si no lo estuviera, pues lógicamente no me contratan.

—Ya veo.

—Héctor ya me ha estado explicando un poco, y me ha parecido que es algo muy revolucionario, pero no le encuentro la falla. Creo que es cierto. No obstante, me van a hacer ese curso y luego te diré.

Manolo sonrió y asintió.

—Sí, ve, pequeña. Estoy seguro de que va a ir todo muy bien.

Silvia sonrió y le dijo:

—Gracias, papá. Ya te contaré.

—Cuento con eso. —le contestó su padre.

Cuando Silvia llegó al parking, vio que Héctor la estaba esperando.

Ella seguía llevando su mascarilla, mientras estaba fuera, pero en el coche se la quitó.

El joven la miró contento y le dijo:

—¿Preparada para aprender?

—Sí. —contestó ella, riéndose.

Quince minutos después llegaban a la clínica de beneficencia.

Cuando llegaron, vieron en la calle alguna gente hablando entre ellos.

—Son gente del curso. —le explicó Héctor a la joven — Deben de estar en la pausa, porque ellos empezaban a las cuatro.

—¡Ah, ya!

Y cuando entraron a la clínica, vieron más personas en la recepción hablando entre ellas animadamente, todas sin mascarilla.

Carolina estaba hablando con una joven de unos 18 años, y otro joven de unos 20 o 21 años. Este cogió de la mano a la joven y se fueron hacia una puerta que no era ninguna de las de los dos despachos en los que habían entrado por la mañana Héctor y Carlos.

—¿Pero tan jóvenes también vienen? —le preguntó ella, señalando a la parejilla.

—Bueno, son un caso especial. Él es un sobrino de Hugo que está estudiando medicina. Y ella es su novia, que creo que está haciendo Bellas Artes, pero estaba muy interesada en este curso, gracias a su cuñado, que lo hizo el año pasado.

—¡Oh! ¡Pues es curioso! —exclamó ella, asombrada del éxito que tenían los cursos.

En ese momento, por la puerta en la que entraron la pareja de jóvenes, salió otro hombre joven de la edad de Hugo y de Carlos, y dijo:

—Venga, chicos, que vamos a continuar.

Los que allí estaban, empezaron a entrar tranquilamente, charlando unos con otros, sin guardar distancias, ni llevar mascarilla.

Silvia estaba muy asombrada porque hacía tiempo que no veía tanta gente junta sin guardar distancia, ni llevar mascarilla.

Héctor llamó al joven que dio el aviso para entrar.

—¡Orlando!

El tal Orlando les miró a los dos y les sonrió, y se acercó a ellos.

—¿Qué hay, Héctor?

Y mirando a Silvia, le dijo sonriéndole:

—Tú debes de ser Silvia, nuestra futura recepcionista políglota.

Héctor se rio y Silvia sonrió.

—En realidad, primero tengo que pasar la prueba. —contestó la joven.

—Seguro que para una políglota como tú tiene que ser pan comido. —respondió Orlando riéndose.

—Pero yo no sé nada de medicina.

Orlando la miró sin reírse, solo sonriéndole y le contestó:

—No te preocupes. En realidad este tipo de medicina la puede estudiar todo el mundo sin tener ninguna base. Es más, a los que no habéis estudiado medicina en la universidad os cuesta mucho menos comprenderla, porque no tenéis preconceptos establecidos y una base forjada y guardada en vuestra memoria.

—¡Ah! —exclamó Silvia —¡Eso sí es posible, sí!

Orlando asintió y le dijo sonriéndole:

—¡Así que espero verte pronto trabajando con nosotros!

La joven se rio y asintió:

—¡Gracias! ¡Eres muy amable!

Él sonrió, y se fue a la clase.

El resto de alumnos también se metió en la clase y Carolina le dijo a Héctor:

—Ya os he preparado lo que me dijiste.

—Muy bien, gracias, Carolina.

Ella le sonrió.

—Carolina, si quieres, puedes entrar con nosotros. —le dijo Héctor — Dejamos la puerta abierta y si llaman por teléfono o viene alguien, te sales y ya está.

—De acuerdo, gracias. —contestó Carolina.

Los tres entraron en la consulta en la que había estado Héctor por la mañana, y tal y como Carolina lo había dispuesto, ella y Silvia se sentaron frente a una pantalla conectada a un ordenador.

Héctor saco una memoria USB y la introdujo en el ordenador, y a través de las imágenes le fue exponiendo las cinco leyes de la Nueva Medicina Germánica descubiertas por el Dr. Hamer:

## Capítulo 10

Entonces Héctor le empezó a explicar más extensamente en qué consistían los descubrimientos del Dr. Hamer a lo que llamó la "Nueva Medicina Germánica" en sus inicios, y más tarde: "Ciencia Curativa Germana", y que se basaba en cinco leyes biológicas.

*(A continuación hacemos un resumen de lo explicado por Héctor, pues el estudio de las Cinco Leyes Biológicas, excede los límites de esta novela y exige un estudio más extenso y explicaciones más detalladas.)*

La Primera Ley ya se la había explicado a grosso modo el día anterior en la cafetería pero se la volvió a recordar diciéndole que el Doctor Hamer la llamó "La ley férrea del cáncer", y explicaba que tanto el cáncer como cualquier otra enfermedad se origina cuando se recibe un impacto de tipo emocional, inesperado, que te pilla a contrapié, y que es vivido en soledad. Este impacto tiene sus consecuencias en la psiquis, en el cerebro y en un órgano o en una función biológica del cuerpo. Y dependiendo del tipo de impacto recibido, alterará unos tejidos u otros. Y de la misma manera, también dependiendo del tipo de impacto, se reflejará en unas zonas u otras del cerebro.

La Segunda Ley también se la había mencionado el día anterior y hablaba del "carácter bifásico de las enfermedades", siempre que se solucione el conflicto. Héctor le volvió a explicar a la joven las dos fases que son: la fase activa del conflicto que comienza justo cuando se recibe el shock. Y cuando este se soluciona de alguna manera, comienza la fase de solución hasta llegar a la normalidad anterior.

Luego Héctor pasó a explicarle la Tercera Ley Biológica que explica "el sistema ontogenético de tumores y enfermedades equivalentes al cáncer". El joven le explicó que durante el desarrollo embrionario, el feto pasa por todas las etapas de la evolución desde un organismo unicelular hasta ser un humano completo. Dentro de los 17 primeros días del periodo embrionario, se desarrollan tres hojas embrionarias a partir de las cuales se originan los órganos y tejidos del cuerpo. La hoja embrionaria interna a la que se llama endodermo, la hoja intermedia, llamada mesodermo, y la externa, llamada ectodermo. Y según descubrió el Doctor Hamer, los tejidos procedentes de unas u otras capas embrionarias actúan de forma diferente durante las fases de conflicto activo y de solución. Y de esta manera, la Ciencia Curativa Germánica cataloga las enfermedades y los tumores según la hoja embrionaria de la que provienen.

Por ejemplo, en los órganos controlados por el endodermo y el mesodermo antiguo, se produce la multiplicación celular en la fase activa del conflicto, y en la fase de solución se destruyen los tumores por microbios especializados, si es que estos no han sido eliminados anteriormente con antibióticos.

Y en cuanto a los órganos controlados por el mesodermo nuevo y el ectodermo, durante la fase activa se producía reducción celular, o pérdida funcional del órgano. Mientras que en la fase de curación se producía crecimiento celular en forma de tumores.

También le explicó la importancia de la lateralidad manual para los conflictos controlados por el mesodermo y el ectodermo. Es decir se tenía en cuenta si se era diestro o zurdo, porque eso determinaba el lado del cerebro en el que impactaba el conflicto, y el lado del cuerpo que se veía afectado.

Seguidamente, Héctor le habló de la Cuarta Ley biológica, que le daba la explicación de por qué no existía el contagio: Se trataba de "El sistema ontogenético de los microbios en las enfermedades".

Esta ley explica la correlación entre el cerebro, las capas embrionarias y los microbios durante la fase de curación. Y con esta ley se descubre el papel beneficioso de los microbios simbióticos: Mientras nosotros nos encontramos en el estado normal sin conflictos, con nuestro ritmo normal de vigilia durante el día y de sueño durante la noche, los microbios existen en nuestro organismo de forma latente. Mas cuando tenemos activado un programa biológico y solucionamos el conflicto que lo ha activado, al comenzar la fase de solución, los microbios relacionados con los tejidos implicados en el conflicto son activados por el cerebro para ayudar al proceso de curación del órgano. Es por eso muy importante saber que los microbios simbióticos están solamente activos en la fase de curación.

Las micobacterias y los hongos trabajan en tejidos procedentes del endodermo y el mesodermo del cerebro antiguo, mientras que las bacterias que no son micobacterias, solo intervienen en la curación de tejidos que derivan del mesodermo del cerebro nuevo.

La Cuarta Ley Biológica, aclara, pues, que los microbios no son la causa de las "enfermedades infecciosas". Si los microbios que son necesarios han sido erradicados por ejemplo a través del uso excesivo de antibióticos o "Quimio", el tumor se encapsula y permanece en el lugar.

Y por último, Héctor le habló de la Quinta Ley Biológica, en la que se explica que todas las llamadas enfermedades son parte de un Programa Biológico Especial inteligente con un propósito, creado para asistir a un organismo (humanos y animales) en su supervivencia.

Al respecto, el doctor Hamer dijo lo siguiente:

*"Todas las llamadas enfermedades tienen un significado especial.*

*Mientras tendíamos a considerar a la Madre Naturaleza como falible y teníamos la audacia de creer que Ella comete errores constantemente y produce descomposturas (crecimientos cancerosos malignos, sin sentido, degenerativos, etc.) podemos ahora ver, mientras las vendas caen de nuestros ojos, que solo era nuestra ignorancia y orgullo la única estupidez en nuestro cosmos.*

*Cegados, trajimos frente a nosotros esta medicina sin sentido, falta de alma y brutal.*

*Llenos de asombro podemos ahora entender, que la Naturaleza tiene un orden (eso ya lo sabíamos), y que cada cosa que ocurre en la naturaleza tiene un propósito en*

*el marco del todo, y que los eventos que llamamos enfermedades no son alteraciones sin sentido que tiene que ser reparadas por aprendices de hechicero.*

*Podemos ver que nada carece de significado, nada es maligno ni está enfermo."<sup>5</sup>*

---

<sup>5</sup> Si quiere estudiar los descubrimientos del doctor Hamer, lea sus libros originales en este enlace:  
<http://elenasantiago.info/para—profundizar/enlaces—medicina.html>

## Capítulo 11

A medida que Héctor le había explicado las cinco leyes, él iba dando ejemplos para que Silvia lo entendiera mejor.

Y cuando dio por terminadas las explicaciones, Carolina les dijo:

—Perdonad, voy a salir, porque en cualquier momento van a salir los del grupo. Pero vosotros seguid.

Héctor le sonrió y asintió.

—¿Tienes alguna pregunta? — le dijo a Silvia.

—Pues... en principio me ha resultado muy claro, aunque había algo que te quería preguntar pero ya no me acuerdo. El caso es que todo esto que me has hablado me ha dejado muy impresionada... ¡Positivamente, claro!

El joven se rio y luego le explicó un poco más:

—Mira, con el conocimiento de la Nueva Medicina Germánica podemos identificar de forma precisa las dos fases. Podemos reconocer los síntomas que indican tanto la fase activa como los síntomas de la fase de curación. La terapia de la Nueva Medicina Germánica se podría definir como "todas aquellas medidas que reduzcan y alivien los aspectos desagradables del desarrollo bifásico (dos fases: activa y resolutive) de cada enfermedad, especialmente en la epicrisis, sin interferir en el proceso natural". Por ejemplo, durante la fase activa se puede ayudar con la escucha empática y el apoyo psicoemocional. Y en la fase de solución, podrían ser útiles aplicaciones de frío en los focos de Hamer en el cerebro, la utilización de plantas y complementos simpaticotónicos como pueden ser el café o la vitamina C, y una alimentación proteica en algunos casos, el reposo, y evitar el sol en la cabeza, etc.

Silvia asintió mostrando su comprensión y el joven continuó diciéndole:

—Primero hay que entender el significado biológico de los síntomas, y después hay que acompañar en el proceso, más que luchar en su contra o interferir en él. Y mantener distraído al paciente mientras la Naturaleza lo cura, para que no se identifique con sus síntomas de curación. Y que no se sienta solo o abandonado como al parecer puede estar ocurriendo en muchos geriátricos o incluso en las UCIs, ya que eso activaría el programa de los colectores renales y complicaría el cuadro clínico de síntomas. Y por supuesto, nunca meter miedo al paciente, porque el miedo es un simpaticotónico y agudizaría y complicaría los síntomas.

La joven se quedó pensativa y luego le dijo:

—Me doy cuenta de que esto es una revolución de la medicina. Pero ¿por qué no se ha aplicado en la medicina actual?

—Porque no interesa. — contestó Héctor —¿No te das cuenta de que la medicina occidental, la oficial en los países que se suponen desarrollados, se basa en la medicación? ¿Que se basa en las farmacéuticas? No sé si lo sabes pero una de las primeras causas de muerte en el mundo son los tratamientos médicos, por la medicación, y por errores médicos. Es lo que se llama Iatrogenia. Y es que las farmacéuticas tienen ya demasiado poder. Compran médicos, pero también compran gobiernos, y organizaciones mundiales, y por supuesto ahí incluimos los medios de comunicación, que en realidad en estos momentos son medios de manipulación.

Silvia estaba muy impresionada y dijo:

—La verdad..., no sé qué decir. Todo esto es... tan increíble. Parece una película de ciencia ficción. Me refiero a lo que estamos viviendo, claro. Es todo tan... no sé cómo definirlo,... tan... es como si todo esto fuera un sueño.

Héctor asintió.

La joven se quedó callada, pensando sobre todo lo que estaba ocurriendo.

En ese momento, escucharon gente hablando en la recepción, y Héctor le dijo:

—Los del grupo ya están en el descanso. Si quieres, nosotros lo podemos dejar aquí y salimos. Supongo que te harán una prueba para ver si has comprendido esto. No obstante, — dijo, levantándose y yendo al escritorio— te voy a dar un librito resumen escrito por el Dr. Hamer<sup>6</sup>, para que lo leas en tu casa. Y si tienes correo electrónico y si quieres, te puedo enviar más información.

—Sí, claro. —contestó ella.

Él le dio un pequeño libro con el título: "*Germánica Nueva Medicina. Presentación.*" Con la foto del hijo del Dr. Hamer. En ese libro, el Dr. Hamer explicaba un resumen de sus investigaciones.

La joven lo cogió y lo metió en su bolso.

—Pero dime,— preguntó —¿quién me hará la prueba? ¡Espero que no sea el Dr. Montellano!

Héctor se rio.

—Pues no sé quién te la hará. Lógicamente no puedo ser yo, porque saben que yo te aprobaría, claro.

Ella se rio.

—No sé quién te la hará, —repitió él, riéndose también —pero no te preocupes.

Y ya más serio continuó:

—Seguro que la sacarás adelante. No se trata de un examen de colegio, es solo ver si entiendes las diferencias entre la Germánica y la medicina actual oficial.

—Ya, bueno. Veremos. —contestó ella, con un pequeño pellizco en la boca del estómago. ¿Y cuándo me la harán?

—Pues no estoy seguro. Quizás mañana. Dame tu teléfono, y te llamo o te llama alguno de mis compañeros para quedar.

—Bueno.

La joven le dio su nº de teléfono y él lo apuntó en el suyo, contento.

—¡Uf! ¡Espero que no sea el Doctor Montellano! —repitió la joven.

Él volvió a reírse, pero luego se quedó mirándola y le dijo:

—Escúchame. No te preocupes por eso. No debes desvalorizarte. Para empezar, el doctor Montellano no es tan duro como parece. Es padre, y te puedo asegurar que aunque aparentemente es algo brusco, es alguien noble. Así que no le tengas miedo.

—Está bien. —asintió la joven, pero sin estar muy convencida.

Luego, como Héctor aún tenía que preparar algunas cosas para el día siguiente, Silvia se fue sola a su casa.

---

<sup>6</sup> Este libro se puede conseguir en la editorial Amici di Dirk. Y si estuviera agotado, en este enlace: <https://www.leyesbiologicas.com/archivos/libropresentacionnmghamer01.pdf>

Durante la cena con sus padres, Angustias la preguntó a su hija si ya había hecho la prueba, y ella le contestó que aún no. Primero la habían hecho una introducción, y pronto la llamarían para la prueba.

Por la noche, antes de acostarse, Manolo le dijo a su hija:

—Pequeña, ¿cómo ha ido el miniseminario?

—Bien. Me ha gustado. Es una forma distinta de ver la enfermedad y la curación, pero me ha parecido muy lógica y muy probable, y muy esperanzadora, porque desde ese punto de vista, se le pierde el miedo a la enfermedad. Y además esto incentiva a que las personas aprendan a tomarse las cosas de otra manera y a empoderarse, y a responsabilizarse en su proceso de sanación.

Su padre asintió.

—¿Sabes una cosa? Que a mí también me gustaría aprender sobre esa medicina. Aunque, claro, yo no soy médico, ni enfermero. Pero creo que sería interesante.

—¡Claro que sí, papá! ¡Estaría muy bien! Mira, al mismo tiempo que Héctor me daba a mí el cursillo exprés, en una sala aparte estaban haciendo un curso mucho más profundo, y en él había gente de todas las edades y de muy variados conocimientos y profesiones.

Manolo asintió pensativo, y le contestó:

—Sí. Pero antes voy a ver si te cogen para el empleo. Si no te cogen, no voy.

—Bueno, pero una cosa no tiene que ver con la otra.

—Nada, nada. Si no saben apreciar a mi pequeña, no merecen mi asistencia.

Silvia se rio.

—Tampoco es eso. —dijo ella —Pero bueno, vamos a ver qué me dicen. Héctor me ha explicado muchas cosas, o sea la base. Pero otro de los doctores me hará una prueba para ver si lo he comprendido.

—Es lógico. —contestó su padre.

## Capítulo 12

A la mañana siguiente, le llamó Carolina por teléfono y le dijo que si podía llegarse por la tarde a la clínica de beneficencia, para hacer la prueba, y Silvia aceptó, por supuesto.

La joven se sintió a caballo entre el nerviosismo, la alegría y el miedo a que la prueba no le fuera bien, sobre todo si le tocaba con el doctor Montellano.

Después de pasar la mañana leyendo el librito que le había dado Héctor, estuvo ayudando a su madre con las tareas del hogar, pero no podía dejar de pensar en la prueba de la tarde.

A mediodía la llamó Héctor. Le dijo que esa mañana le había tocado trabajar en la clínica de pago, pero que como la tarde la tenía libre, había pensado ir con ella a la prueba.

Ella se lo agradeció y le confesó que estaba muy nerviosa.

—¡Tranquila! le dijo él —Estarás entre amigos.

—¿Ya sabes quién me hará la prueba?

Héctor se rio y le dijo:

—Sí. Y no será el doctor Montellano.

—¡Menos mal! —contestó ella.

El joven seguía riéndose.

—Bueno, nos vemos abajo a las 6 menos cuarto. —le dijo a Silvia— ¿De acuerdo?

—Sí.

Y a las seis menos cuarto se vieron abajo en el parking. Ella ya no llevaba su mascarilla puesta.

Y poco después llegaban a la clínica de beneficencia.

La prueba se la hizo Hugo. Pero Carolina y Héctor también estaban presentes, y eso le dio mucha tranquilidad a Silvia.

En realidad Hugo no le hizo un examen teórico sobre las cinco leyes de la Nueva Medicina Germánica. Primero le preguntó qué pensaba acerca de la pandemia.

La joven le respondió que hasta dos días antes, ella creía en todo lo que publicaban en los medios de comunicación, pero que después de conocer a Héctor, empezó a plantearse muchas cosas. Le contó también que ella había estado cuidando a sus sobrinitos, y que a pesar de que ella tenía contacto directo con ellos, nunca tuvieron ningún problema. Y de hecho, no conocía a nadie directamente que se hubiese contagiado del famoso tiaravirus. Pero que cuando su hermana la despidió fríamente, porque a su cuñado le molestó que ella abrazara a sus sobrinos, entró en un estado, que reconocía como de conflicto activo, pues por un lado le pilló sin esperarlo, por otro lado, le pareció injusto, y por otro lado lo estaba viviendo sola, sin poder compartirlo con sus padres para no preocuparlos, y por otro, no podía hacer nada para solucionarlo. Y en cuanto a la pandemia, hasta dos días antes creía en ella. Pero desde que Héctor le habló por primera vez de la Germánica, se quedó por un lado muy impactada con esa forma de ver la enfermedad, y por otro, de alguna forma

intuía que lo que le decía era cierto, y no una teoría absurda. Y una vez que Héctor la había explicado las cinco leyes, ella comprendió más cómo se procesaba lo que se suele llamar enfermedad. Y el hecho de que hay muchos síntomas de enfermedad, que en realidad son una respuesta del cuerpo en su trabajo por sanar.

Luego, Carolina y Héctor representaron diferentes personas con diferentes dolencias, y con diferentes formas de actuar como por ejemplo si llegaban con mucho miedo, o con impaciencia, o con exceso de timidez. Y ella tenía que ver cómo reaccionar o cómo tratar a esas personas, de manera que pudiesen sentirse tranquilas y comprendidas.

Después de la prueba, Hugo le sonrió y le dijo:

—Bueno, pues no me queda más remedio que dar el visto bueno, y si todos están de acuerdo, creo que trabajarás con nosotros a partir del lunes de la semana que viene.

Ella se rio contenta, y miró a Héctor, que también se reía. Y Carolina y Hugo la miraban sonrientes.

—Sin embargo, — dijo Hugo —aunque empieces el lunes, tendrás que venir mañana aquí para que Carolina te enseñe todo lo que tienes que hacer. Y pasado mañana, harás lo mismo en la otra clínica, y allí te enseñará Nicoleta, que es a quien vas a sustituir. Ponte de acuerdo con ellas para una hora. Con Carolina puedes quedar ahora, y ella misma te dará el teléfono de Nicoleta para hablar con ella. Ten en cuenta que una semana trabajarás en una clínica, y la siguiente en la otra. Tu horario será todas las mañanas de 9 a 2, y por las tardes de 6 a 9.

Silvia asintió y le dijo:

—Muchas gracias por darme esta oportunidad. Me hace mucha ilusión trabajar con vosotros.

Héctor, Carolina y Hugo le sonrieron.

Un poco más tarde, cuando salieron de la clínica, Héctor les dijo a Silvia, a Carolina y a Hugo:

—¿Y si nos tomamos algo por ahí?

Carolina y Hugo se rieron, y Hugo dijo:

—¿Para celebrar la nueva adquisición en las clínicas?

Héctor le dijo:

—¿Por qué no? Hay mucho que celebrar.

Silvia se reía contenta, y Héctor la miraba contento también.

—A mí me parece buena idea. —dijo Carolina.

—Bueno, está bien. —contestó Silvia —Pero tengo que llamar a mis padres para avisarles que no iré a cenar.

Los demás asintieron.

—Escuchad,— dijo Carolina —¿Queréis venir a nuestra casa, que estaremos más tranquilos y no hay exigencias de mascarillas y demás?

Silvia miró a Héctor, y este le sonrió y contestó:

—Por mí, de acuerdo.

—¿Pero no será molestia? —dijo Silvia.

—¡Claro que no! —contestó Carolina.

Hugo sonrió y les dijo:

—Es un placer para nosotros.

Silvia sonrió y asintió.

Quince minutos más tarde, los cuatro estaban en casa de Carolina y Hugo.

Los anfitriones prepararon algo rápido para tapear y enseguida se sentaron todos en la mesa.

—Hugo,— le dijo Silvia —Carolina me contó que tú fuiste el primero en conocer la Germánica, y que gracias a ti ella se curó de una leucemia.

Hugo sonrió y negó con la cabeza.

—En realidad ella se curó sola. Yo solo le indiqué las pautas de lo que iría pasando, y le aconsejé algunas cosas para ayudarla en su curación. Pero quizás no te haya contado que también ella me ayudó en una ocasión que tuve un accidente, y perdí la memoria<sup>7</sup> temporalmente. Pero su cariño —dijo esto mirando a su esposa con ternura— y su dedicación me ayudaron enormemente a recuperarla.

Carolina le sonrió y él le cogió una mano y se la besó.

Silvia sonrió, y dijo:

—Es que hace mucho sentirse acompañado y querido. Y precisamente ahora en estos tiempos, es difícil poder expresar el cariño entre los miembros de una familia o entre los amigos.

—Así es. —dijo Héctor —Y eso también influye en los casos de personas a las que les diagnostican el bovid, con una prueba que no sirve para ese fin. De hecho, hablan de algo que aún no ha sido demostrada su existencia.

Silvia se quedó pensativa y luego le dijo:

—Cuando me explicaste la Cuarta Ley, me di cuenta de una cosa, pero luego se me olvidó preguntarla. Pero ya me acuerdo, y es que hablaste de los hongos, de las micobacterias, y de las bacterias, pero no de los virus. Los virus, ¿con qué capa se relacionaban?

Y Héctor sonrió y le respondió:

—Bueno, en un principio Hamer relacionaba los llamados virus con el ectodermo, pero luego lo corrigió, pues la existencia de los virus patógenos no está demostrada. La existencia del virus maligno es solo una deducción de Pasteur.<sup>8</sup>

Silvia le miró extrañada.

Y Héctor se rio y le contestó:

—Verás, Pasteur propuso la Teoría Germinal de las Enfermedades en los años sesenta del siglo pasado. Esta teoría estaba basada en la creencia de que toda enfermedad estaría producida por una forma de vida microscópica que también podría propagarse, y que al entrar en un organismo se reproduciría enfermándolo, y pudiendo contagiarse a otro organismo. O sea, que cuando la persona parecía estar enferma, por los síntomas, se descubría que había microbios en su interior, con lo cual se dedujo que eran esos microbios los que lo enfermaban. Sin embargo, hubo enfermedades en las que no pudo ver ningún microbio, estás según has aprendido con la Germánica, se correspondían con la fase curativa de un conflicto que se relacionaba con el ectodermo. Pero Pasteur, al no encontrar microbios, dedujo que se

---

<sup>7</sup> Véase más información sobre el accidente de Hugo:

[http://www.elenasantiago.info/Retos\\_de\\_la\\_Existencia.Elena\\_Santiago.pdf](http://www.elenasantiago.info/Retos_de_la_Existencia.Elena_Santiago.pdf)

<sup>8</sup> Para más información, consúltese los descubrimientos de Stephan Lanka y los exosomas celulares.

trataba de una especie de micromicrobios, es decir de unos microbios cuyo tamaño era tan minúsculo que no podían verse en ningún microscopio. Todo por dar una explicación que pudiese ratificar su teoría microbiana. Recuerda: teoría no es lo mismo que un hecho demostrado. Entonces son dos fallos: uno, el imaginar un microbio tan pequeño que no hay manera de verlo. Y el otro fallo es el darle el poder a esos microbios de enfermar.

Silvia se quedó asombrada de ver cómo se había podido llegar a esa conclusión tan ligeramente.

Entonces intervino Hugo:

—El virólogo Stephan Lanka, ha asegurado que los virus no son microbios y no tienen capacidad infectiva. Y asegura que no existen ni el virus del sarampión, ni el del VIH.

Silvia volvió a sorprenderse.

—¿Pero entonces? ¿Nos han tenido engañados a todos?

—En la ciencia es normal hacer suposiciones. —dijo Hugo —Se investigan fenómenos, y luego se interpretan. Pero no siempre la interpretación coincide con la realidad.

—Entiendo. —dijo Silvia, reflexiva —Pero otra cosa que se me pasó preguntar a Héctor: ¿Qué me decís de las vacunas? Porque según entiendo, desde este punto de vista sería absurdo, ¿no? Puesto que si una enfermedad se produce por un DHS, o sea por un conflicto, y por otro lado, los microbios actúan en la fase de solución, la vacuna ya sería algo inútil, ¿no? Además si no existe el contagio... Es decir que si alguien se enferma, no va a contagiar a otros, puesto que eso es una fase de solución de un conflicto, y en la que actúan los microbios según qué capas, o sea endodermo, mesodermo o ectodermo, que ya... digamos que preexistían en su organismo. ¿Es más o menos así?

Héctor sonrió y le contestó:

—Ya veo que eres muy lista. No me extraña que hayas hecho dos carreras de idiomas distintos a la vez. ¡Yo no habría podido, me estaría haciendo continuamente un lío de palabras en francés, inglés y español, que no te digo!

Silvia, Carolina y Hugo se rieron.

Y luego Silvia insistió:

—Según entiendo, en realidad todo lo que está pasando está basado en una equivocación, por no decir que está basado en la ignorancia.

—Bueno, es cierto que hay gente que está equivocada, que son sinceros equivocados. —contestó Hugo — Pero también hay muchos intereses en ciertos niveles. Y el que la gente se enferme es un negocio para algunos. Y por otro lado, hay quien piensa que somos demasiados habitantes en este planeta, y es necesario reducir la población mundial. Ahí están, entre otros métodos, las vacunas, el uso de anticonceptivos, el aborto, y la eutanasia, así como la utilización de productos químicos y radiactivos en la alimentación, o la utilización de productos químicos arrojados por el aire con aviones que dejan estelas químicas que caen sobre las ciudades y los campos, y ¿cómo no?, las irradiaciones de antenas, cuyos efectos secundarios todavía no se reconocen oficialmente. Y sin embargo ya se han encargado muchos gobiernos de hacernos ver que eso es algo bueno. Y muchos lo creen sinceramente.

Silvia asintió, comprendiendo lo que le estaba señalando Hugo. Y recordó a su cuñado Paco, que creía en todo eso.

—Pero claro, —dijo Silvia —es que hay muchas cosas que desde nuestro nivel no podemos investigar bien. No todo el mundo tiene suficiente información para poder investigar bien dónde está la verdad y dónde el engaño. Y a veces lo que parece bueno es malo, y lo que parece malo es bueno. Por ejemplo, hasta hace unas semanas..., ¡bueno!, ¡hasta hace unos días!, yo creía que los negacionistas eran gente muy rebelde y que se negaban a ver la realidad. Gente que con sus caprichos, estaban haciendo que la pandemia se extendiera más.

Carolina, Hugo y Héctor, se sonrieron.

—Y sin embargo ahora, — continuó Silvia —¡lo veo todo tan distinto! Pero no todo el mundo tiene la oportunidad de conocer por ejemplo todo esto de la Germánica, y creen todo lo que oyen en televisión o lo que leen en los periódicos.

Los otros tres asintieron.

—Pero por otro lado... — empezó a decir Silvia, pensativa — quizás es que se conforman con eso, y no quieren saber más.

Los demás volvieron a asentir.

—¡Cuántas cosas desconocemos no solo de este mundo, sino del Universo! — exclamó Silvia, entusiasmada en su interior —¡Y el Universo es tan grande! ¡Incluso hasta es posible que existan más mundo habitados, aparte de este planeta Tierra!

Y los cuatro se quedaron callados, reflexivos.

## Capítulo 13

Entonces intervino Carolina:

—Hay muchos fenómenos que se escapan al mundo de nuestros sentidos. Estamos acostumbrados a creer lo que vemos, oímos, olemos, gustamos o tocamos. O sea lo que podemos captar con nuestros cinco sentidos. Es cierto que hay fenómenos que no los captamos con los cinco sentidos, y los podemos captar con aparatos muy sofisticados, pero mucho más allá existen fenómenos que solo podemos experimentarlos con facultades que van más allá de los sentidos ordinarios.

Silvia la escuchó atentamente y luego inquirió:

—¿Te refieres a facultades paranormales?

—A facultades que no tienen nada que ver con los cinco sentidos. —respondió Carolina — Estos sentidos son solo del cuerpo físico que se mueve en el mundo de tres dimensiones: ancho, alto y largo. Ese es el mundo físico. Pero lo que somos realmente nosotros va mucho más allá. Algunos le llaman Alma, otros Conciencia, otros Budhata, etcétera. Nuestro cuerpo físico nace en este mundo físico, pero lo que somos nosotros realmente es lo que mueve este cuerpo. Sin embargo, antes de nacer, después de morir y durante el sueño, nuestras almas se mueven en otras dimensiones. Por eso, cuando nuestro cuerpo físico duerme, el alma se libera momentáneamente, o sea, durante la noche, y se mueve en otra dimensión: en el mundo astral. Este desdoblamiento al Astral, la mayoría de la gente lo hace de manera involuntaria, pero hay personas que lo hacen conscientemente. Y de hecho, se puede aprender a hacerlo de forma consciente.

Silvia se sorprendió de las palabras de Carolina.

Carolina le sonrió y le dijo:

—Te parece un poco raro esto que te estoy diciendo, ¿verdad?

—Pues... no sabría qué decirte. —dijo Silvia, acordándose de los sueños que tuvo con sus sobrinos.

—¿A lo mejor ya has tenido alguna experiencia en ese sentido? —le dijo Hugo, sonriéndole.

—No estoy segura. —contestó Silvia, pensativa — Pero creo que puede ser. Aunque quizás aquello solo fueron simples sueños. Pero si esto que me dices es cierto, ¿de qué manera podría hacerlo conscientemente?

—Vigilando tu propio sueño. —respondió Carolina.

Silvia se quedó callada unos momentos, tratando de comprender.

—¿Pero cómo? —preguntó.

—Cuando te acuestes, coge una postura cómoda y luego estate pendiente de todo lo que ocurre en tu interior. Vuélvete espía de tu propio sueño. Vigila tus pensamientos, y no te dejes llevar por ellos. Verás que saldrán muchos pensamientos que pueden estar relacionados con lo ocurrido durante el día, o con otros momentos, o con cualquier otra cosa. No te dejes llevar por esos pensamientos, solo obsérvalos, sé consciente de ellos. Poco a poco, empezarás a escuchar voces y a ver imágenes ensoñativas. Es el sueño que está comenzando. Entonces, en ese momento levántate

de la cama. Y si lo has hecho bien, te verás fuera del cuerpo físico, en la dimensión astral, que es en realidad el mundo de los sueños.

Silvia se quedó pensativa, recordando de nuevo los tres sueños con los chiquillos.

—¿No has soñado nunca que volabas? —le dijo Hugo.

—Sí. —contestó ella —Muchas veces.

—Eso es porque en el mundo astral, al estar en otra dimensión, existen condiciones o leyes diferentes a las del mundo físico basado en las tres dimensiones. — le explicó Hugo —Por ejemplo, en el mundo astral no existe la ley de la gravedad. Y es un mundo mucho menos denso. Por eso puedes atravesar paredes, o puedes alargar cualquier parte de tu cuerpo.

—¡Vaya! —exclamó la joven asombrada.

Carolina, Hugo y Héctor se rieron.

Entonces Silvia le dijo a Héctor:

—Pero de eso no me has hablado en el curso. ¿Qué ley es esa?

Los tres volvieron a reírse.

—En realidad,— contestó Héctor —en la Germánica se habla de los sueños basados en el conflicto que se tenga y sobre todo en la Epicrisis. Pero no se explica nada del desdoblamiento astral. Sin embargo, hay quien dice que el Doctor Hamer tuvo algunas experiencias astrales en las que se puso en contacto con su hijo Dirk, y que fue este quien le orientó sobre sus investigaciones.

—¡Ah! —exclamó la joven, recordando de nuevo los sueños con sus sobrinos —Comprendo. ¿Pero entonces cuando vemos a alguien en sueños, lo estamos viendo realmente, o solo es producto de nuestros conflictos?

—Bueno,— le contestó Hugo — la mayoría de los sueños tienen que ver con lo que hacemos, pensamos o sentimos durante el día, y entre ellos puede haber sueños relacionado con los conflictos, por supuesto. Pero también hay sueños que se relacionan con vidas pasadas, o incluso, se puede despertar conciencia dentro del mismo sueño y darse cuenta de que se está soñando, o que se está fuera del cuerpo físico.

Silvia se quedó más sorprendida aún:

—¿Pero vosotros creéis en la reencarnación?

Entonces Carolina sonrió y le dijo:

—Hay una diferencia entre la Reencarnación y el Retorno. La Reencarnación es para Seres con un alto nivel de conciencia, que eligen el lugar, el momento, la familia, etcétera, mientras que el Retorno, es algo que nos sucede a nosotros. El Retorno digamos que es para la gente normal y corriente, con la conciencia dormida, como está la mayor parte de la Humanidad, y se retorna de acuerdo al karma de las existencias anteriores, es decir según la vida que llevamos en esas existencias y nuestras buenas y malas acciones. Todo eso cuenta.

—¿Quieres decir entonces que todos vivimos varias veces, como dicen los budistas, y los hinduistas? —preguntó Silvia.

—Sí. —respondió Carolina.

—¿Y por qué no nos acordamos? — inquirió Silvia.

—Porque estamos con la conciencia dormida. —contestó Carolina.

—¿Pero qué significa que tenemos la conciencia dormida? —insistió Silvia.

—Significa que no somos conscientes de lo que hacemos.

Silvia se quedó callada con el ceño fruncido y luego le dijo:

—Perdona, pero no entiendo por qué dices eso. Yo creo que sí soy consciente de lo que hago.

—¿Estás segura? —le dijo Carolina con una dulce sonrisa —¿Eres consciente de todos tus pensamientos, de todas tus emociones y de todos tus actos y hábitos?

—Pues... —empezó a decir Silvia, queriendo justamente ser consciente de lo que decía.

Pero no pudo seguir hablando.

—Quizás lleves razón. —dijo.

Carolina le sonrió y le dijo:

—Si te sirve de consuelo, eso nos pasa a todos. Pero la buena noticia es que eso puede cambiar.

—¿Y cómo se cambia? —preguntó Silvia.

—Pues primero haciendo el esfuerzo de no identificarse con las cosas de la vida. Cuando nos identificamos con lo que percibimos, nos olvidamos de nosotros mismos y nuestra conciencia se duerme. Ten en cuenta que todas las cosas del mundo nos llegan a nosotros en forma de impresiones a través de los cinco sentidos. Si nosotros actuamos de forma mecánica identificándonos con lo que vemos, escuchamos o sentimos, no dejamos que nuestra conciencia medie, es decir, que reaccionamos de manera completamente automática, sin más. El problema está en que al actuar de manera mecánica, sin conciencia, algo se crea en nuestro interior que atrapa esa conciencia: el Ego. Pero el Ego no es algo individual, sino que es una suma de muchos Egos o muchos Yos. Cada Yo atrapa una parte de nuestra conciencia, y se va robusteciendo cada vez que actuamos, pensamos o sentimos de forma mecánica, al identificarnos con las diversas escenas de la vida. Conforme más se va robusteciendo el Ego, más conciencia va siendo atrapada por los diferentes Yos o Yoes. Y de esta manera, creamos y robustecemos Yoes de diferentes características: yoes de miedo, yoes de ira, yoes de gula, yoes de pereza, yoes de orgullo, yoes de lujuria, yoes de envidia, yoes de codicia, yoes de amor propio, yoes de miedo al qué dirán, yoes de miedo a la pérdida, yoes de pesimismo... ¡Uf! ¡Si tuviera que enumerarlos todos, no acabaría!

—¿Quieres decir que nosotros no somos solo una persona? —dijo Silvia asombrada — ¿Que en realidad somos muchas personas?

—Así es.

Silvia se quedó callada, pensando y luego le dijo:

—Te diría que esa teoría es un poco descabellada, pero el caso es que... no sé... de alguna forma, me parece que puede que lleves razón.

—Es una teoría para ti. —le contestó Carolina —Mas no para mí. Porque yo lo he comprobado por mí misma.

—¿Y cómo se comprueba?

—Recordándose a sí mismo y Autoobservándose. —contestó Carolina —Nada más directo que eso. No olvidándonos de nosotros mismos ante cualquier situación, y autoobservando todos nuestros procesos psicológicos: autoobservando nuestros pensamientos, nuestras emociones, nuestros hábitos, nuestros movimientos, sin

identificarnos con ellos, es decir, separándonos en observador: la conciencia, y observado: el Ego, los diferentes Yoes.

Silvia se quedó callada, pensando cómo podía ser.

—Para empezar, —dijo Hugo —hay que aprender a no identificarse con las cosas de la vida, con lo que nos sucede, con lo que vemos, con lo que escuchamos de otros. Aprender a ver la vida como una película, en la que todos somos actores. Pero esa película nos sirve para descubrir los fallos en nosotros. O sea, también podríamos ver la vida como un gimnasio psicológico que nos sirve para autodescubrirnos, para ver nuestras reacciones, sean estas con pensamientos, con emociones, sentimientos, hábitos, impulsos, etcétera. Esto es porque normalmente todos esos procesos, los tenemos automatizados.

Hugo hizo una pausa y luego prosiguió:

—Por ejemplo: si alguien nos insulta o se burla de nosotros, si no hacemos por poner la conciencia, entonces nosotros nos molestamos, nos enfadamos, o nos sentimos tristes, deprimidos, etcétera. Si alguien nos dice que somos estupendos, nos sentimos contentos, envanecidos, orgullosos, etcétera. Si vemos algún objeto que nos llame la atención, sea del tipo que sea: un coche, una ropa, un ordenador, una casa, un plato exquisito, o cualquier otra cosa, puede ser que reaccionemos con envidia, con codicia, o gula, por ejemplo, etcétera. Vemos a alguien que nos parece atractiva o atractivo, si nos identificamos, es posible que surja en nosotros algún yo de lujuria, de lascivia, de deseo, etcétera. Es decir, que si nosotros no ponemos la conciencia en todo momento, el Ego, que en realidad es una suma de Egos o de Yoes, se encarga de manejarnos y de esa manera se alimenta y duerme más y más nuestra Conciencia. Por eso, es necesario no olvidarse de uno mismo, no identificarse con las cosas de la vida, y autoobservar nuestros propios procesos psicológicos en forma de pensamientos, emociones, actos, hábitos, etcétera.

Silvia, que lo había estado escuchando muy atenta, recordó lo mal que se sintió cuando su hermana le dijo que no podía continuar quedándose con sus sobrinos, porque no había sido cuidadosa. Y también recordó que en ese momento sintió odio por su cuñado, y despecho por su hermana.

Entonces Silvia les preguntó:

—¿Pero solo con autoobservarse puede uno controlar la situación?

Carolina sonrió y le contestó:

—No se trata de controlar la situación, sino de conocerse a sí mismo, comprobar que tenemos muchos defectos de tipo psicológico, y de despertar conciencia.

—Claro, sí. Entiendo la diferencia.

Carolina asintió, mirándola con simpatía.

—El primer paso es el autodescubrimiento. —le dijo —El siguiente es la eliminación del Ego, de cada Yo. Pero es mejor que experimentes por ti misma lo que te hemos hablado sobre el autodescubrimiento. En otra ocasión te podemos explicar cómo puedes eliminar el Ego.

Silvia asintió.

—Sí. —dijo —Me parece bien. En todo caso lo que me habéis explicado me ha resultado muy interesante.

Carolina le sonrió y Silvia también sonrió. Luego miró a Héctor, y a Hugo, y estos también le sonreían. Y entonces les dijo:

—Estoy muy contenta por todo lo que me habéis enseñado. No solo la Germánica, sino también una forma de ver la vida y de vivir tan diferente.

Los demás sonrieron contentos.

Y tras una cena amena e interesante, Héctor y Silvia regresaron a sus casas.

## Capítulo 14

Mientras regresaban en el coche, los jóvenes estuvieron comentando sobre las conversaciones con Carolina y con Hugo.

Y ya llegando a la zona donde vivían, Silvia le dijo al joven:

—Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. Apenas me conoces, pero me has ayudado a salir de un bache que me tenía prácticamente derrotada. Ahora puedo ver muchas cosas de manera diferente. Incluso lo que para mí fue en un principio algo negativo, ahora veo que no era tanto, ya que gracias a eso, ahora he podido aprender la Germánica, y voy a trabajar con vosotros en algo que me parece que merece la pena, porque es algo que ayuda a otros.

Héctor sonrió y le contestó:

—Yo también me alegro de que puedas trabajar con nosotros. Y en realidad, yo no tengo ningún mérito, lo he hecho porque no podía hacer otra cosa. Te confieso que la primera vez que te vi, me gustaste mucho. Es cierto que te vi bastante temerosa, y recuerdo que pensé: "¡Vamos a ver cómo conquisto yo a esta creyente!"

Silvia se rio y Héctor se rio también.

—O sea, — dijo la joven — que ya tenías pensado convencerme para aprender la Germánica, ¿no?

—Bueno, en realidad no pensaba en eso. —contestó él, riéndose — Pensaba más bien a nivel romántico.

Silvia volvió a reírse, pensando que él estaba de broma.

—Bueno, — le dijo Héctor — ya que más o menos me acabo de declarar, ¿qué me dices?

La joven paró de reírse y queriendo seguirle el juego, lo miró con una sonrisa traviesa, y le contestó:

—Primero tendrás que convencer a mi madre. Si la convences a ella, ya te diré qué será lo siguiente para conquistarme.

—¿Eh? — exclamó él, fingiendo tener miedo — ¡Oye no te pases! ¡Creía que yo te caía bien!

Silvia se rio de buena gana.

—Esa será tu primera prueba. — le dijo.

Héctor frunció el ceño y le contestó:

—¡Pues sí que me lo estás poniendo difícil!

Silvia se rio y le respondió:

—Bueno, es que a mí siempre me han gustado las historias de caballeros andantes y de damiselas. En realidad tú lo tienes más fácil porque no tienes que luchar contra un dragón.

El joven resopló y luego contestó poniendo cara de miedo:

—Prefiero un dragón mil veces más que tu madre.

Silvia se rio y el joven volvió a resoplar.

Cuando llegaron al bloque, Silvia le sonrió y le dijo:

—Gracias otra vez por todo lo que has hecho por mí.

Él le sonrió y le dijo:

—No tienes que darme las gracias. En realidad, tú puedes hacer una gran labor en las clínicas.

Luego quedaron para ir juntos a la clínica de beneficencia para la mañana siguiente.

Cuando Silvia llegó a su casa, sus padres aún estaban levantados, viendo una película.

—Bueno, Silvia, — le dijo su madre —por fin te ha salido un trabajo de lo tuyo. Al final lo has conseguido. Y estamos contentos por ello.

Silvia sonrió y asintió.

Su padre sonrió también.

—¿Y qué tal tus compañeros de trabajo? — inquirió Angustias.

—Pues son muy amables todos. Incluso un doctor que es mayor, que aparentemente es un poco duro, pero luego al final se ve que también es amable.

Sus padres sonrieron.

—Mira hija, — le dijo Angustias —ya sé que algunas veces soy un poco dura contigo, pero tú tampoco has sido sincera conmigo.

Silvia se quedó parada, pues no se esperaba ese reproche.

Pensó: "Ya se ha enterado que estoy en una clínica de gente que para ella son negacionistas. ¡Uy, uy, uy, la que se me avecina!".

Su madre le dijo:

—Creo que me has escondido algo. Y no sé por qué. Yo soy tu madre, te he parido, te he criado y te he dado todo mi amor y creo que deberías tener confianza conmigo.

Silvia no sabía qué decir. Miró a su padre, sospechando que él podía haberle informado sobre la clínica.

Pero su padre la miró y luego miró curioso a su mujer.

—¿Qué quieres decir, mamá? —preguntó la joven, echándose a temblar.

Angustias hizo una pausa y luego le dijo:

—He hablado con tu hermana. Me ha dicho que fue ella la que te dijo que no volvieras a cuidar a los niños y que iba a buscar a alguien. Me ha dicho que Paco le había presionado porque te vio abrazar a los niños y que no llevabas a rajatabla todas las normas para no contagiarse. Y que fue él, el que le dijo que te despidiera.

Silvia no se esperaba esa confesión de su hermana.

—¡Oh, vaya! —exclamó —No quise decíroslo para no preocuparos.

—Pues hiciste mal. —contestó su padre — Has guardado todo esto tú sola, y lo has sufrido, porque todos sabemos cuánto quieres a Jaime y a Federico. Y estoy seguro de que eso fue una venganza de Paco hacia ti, por mí. Él hace tiempo que no me soporta, y lo entiendo, porque yo últimamente tampoco le soporto. Se ha vuelto un prepotente, egoísta, y tirano. Cuando empezó con tu hermana era diferente, y cuando se casaron también seguía siendo alguien con quien se podía hablar tranquilamente e incluso le gustaban las bromas. Pero últimamente se ha vuelto un hombre insoportable. Yo no sé si todo esto de la pandemia le ha alterado el carácter, porque antes no era tan serio, ni tan tirano.

Silvia asintió, recordando que años atrás su cuñado no tenía ese carácter tan agrio.

Entonces Angustias dijo:

—Es verdad lo que dice tu padre. Es cierto que ha cambiado mucho. Y siento que te haya hecho daño. ¡Me siento ahora tan mal por haberte regañado y haberme enfadado contigo...!

Y se puso a llorar.

—¡Oh, no, mamá! ¡No llores! ¡Tú solo estabas preocupada por mí! Y es normal que reaccionaras así. Yo también tengo la culpa porque no fui sincera con vosotros, pero fue para no haceros sufrir. Justamente lo que quería era evitar esto. ¿No lo comprendéis?

Su madre asintió mientras se limpiaba la nariz y los ojos con un pañuelo, y su padre suspiró y dijo:

—Bueno, mejor estás donde estás ahora. Intuyo que ese trabajo te va a aportar muchas cosas buenas.

—Sí, papá. Estás en lo cierto. Son una gente estupenda.

El padre asintió y sonrió.

—Bueno, pues cuéntanos un poco de qué va tu trabajo. —le dijo su madre, guardando el pañuelo en el bolsillo de su vestido.

—Pues yo estaré en la recepción para recibir a los pacientes, pero también dan cursos, y quieren hacerlos también en francés y en inglés, y ahí entro yo, para ayudarles a preparar apuntes o para traducir, en fin, cualquier cosa que tengan que hacer en esos idiomas.

Sus padres asintieron.

—Empiezo a trabajar el lunes próximo, pero mañana iré para ir aprendiendo cómo lo hacen.

—Muy bien, hija. — dijo Angustias, suspirando aliviada.

Aquella noche, Silvia se dijo: "Voy a probar el experimento que me han enseñado Carolina y Hugo, para salirme del cuerpo".

E hizo lo que le habían enseñado:

Se acostó de lado, que era como más cómoda se sentía, y luego, con los ojos cerrados se puso atenta a todo lo que pasaba por su mente. Al principio estaba muy pendiente, pero entonces empezaron a venirle pensamientos sobre la conversación con sus padres. Ella se dio cuenta, y paró de pensar y reanudó la concentración. Pero otra vez le vinieron pensamientos sobre la clínica. De nuevo se puso a concentrarse. Poco a poco su concentración fue mayor, y dándose cuenta de los pensamientos que le venían, no los siguió. Después empezó a escuchar voces en su interior, y luego empezó a ver imágenes. Ella se sentía diferente, como más ligera, y entonces se incorporó y se levantó de la cama.

*Luego miró su cama y vio su cuerpo tendido y dormido.*

*"¡Vaya! ¡Lo he conseguido!", pensó.*

*La joven decidió salir de su dormitorio y se dio cuenta de que podía flotar. Se acordó de que sus sobrinos le habían dicho que podían volar en el sueño. Así que saltó con la intención de flotar y efectivamente flotó. Y entonces se fue hacia el balcón del comedor y se dijo:*

*"Voy a ir a ver a los pequeños".*

*Y se fue volando por la ciudad hacia la casa de su hermana.*

*Cuando estaba llegando, vio a Jaime. El chiquillo vino hacia ella, muy contento. Y detrás de él venía Federico.*

*—¡Tita! —le dijo Jaime —¡Has venido a buscarnos!*

*—¡Tita! —le dijo también Federico.*

*Silvia se reía contenta y los abrazó.*

*—¿Vas a venir pronto a cuidarnos? —le preguntó Federico.*

*La joven los miró con ternura y les contestó:*

*—Me gustaría mucho, pero ahora tengo otro trabajo. Y vosotros ya tenéis una niñera, ¿verdad?*

*—Sí. —contestó Jaime —Pero es muy antipática.*

*Silvia se sorprendió y les dijo:*

*—¿Por qué dices eso? ¿Es que os trata mal?*

*Jaime le contestó:*

*—Siempre nos está regañando y no nos deja que juguemos juntos. Todo el rato tenemos que estar separados, porque dice que podemos contagiarnos. Y nos hace lavarnos las manos un montón de veces, y siempre lleva un gel de esos en el bolso. Y está todo el tiempo con la mascarilla.*

*—Sí. —intervino Federico — Pero el otro día yo la vi con la mascarilla bajada, y ¡era más fea!*

*—Sí, es muy fea. —dijo Jaime riéndose —¡Pero si tiene bigote! ¿A que sí, Fedi?*

*—¡Sí! — contestó su hermano con cara de susto —¡Parece una bruja!*

*Silvia se sonrió, pero les regañó en un tono dulce:*

*—No debéis pensar esas cosas. El que ella sea fea o guapa, no importa. Lo importante es que os cuide bien.*

*—¡Pero si ya te he dicho que siempre nos está regañando! —le dijo Jaime — Siempre nos está diciendo: ¡no toquéis esto!, ¡no hagáis eso!, ¡Comeros ya la comida, y no habléis! ¡Y más cosas!*

*Silvia se quedó preocupada y les preguntó:*

*—¿Y se lo habéis dicho a vuestra madre?*

*—Sí. —dijeron los dos hermanos a la vez.*

*—Pero no nos hace caso. —le dijo Jaime.*

*—¡Nosotros queremos que vuelvas! —exclamó Federico.*

*Silvia se quedó pensando y les dijo:*

*—Mirad, yo ya no puedo volver a estar con vosotros como antes, porque yo tengo que trabajar, pero hablaré con vuestra madre. ¿Vale? Y le diré que me deje ir a veros a vuestra casa.*

*—Bueno, pero no sé si te va a hacer caso. —le dijo Jaime —Ahora está enfadada con papá y discuten mucho.*

*—¡Oh, vaya! —exclamó Silvia —Bueno, vosotros no os preocupéis, a veces los mayores discuten, pero luego se ponen de acuerdo, y ya está. Seguro que pronto se arreglan y todo va ir bien.*

*Los niños la miraron con caras tristes.*

*—¡Venga! —les dijo Silvia —¡Ya veréis cómo pronto se va a terminar esto, y podremos vernos y comer juntos! Mirad, os prometo que pronto, cuando pase esto, os llevaré un día al zoo, y nos comeremos unas palomitas y os invitaré a un helado.*

*—¡Sí, viva! — exclamaron los dos pequeños.*

*Silvia sonrió, aunque con cierto dolor en el corazón..."*

Y se despertó, sintiendo una gran inquietud por sus sobrinos.

## Capítulo 15

Al día siguiente Silvia se fue con Héctor a la clínica de beneficencia.

—Estás muy callada hoy. —le dijo él, mientras conducía.

Silvia suspiró y le contestó:

—Creo que mis sobrinos no están bien.

Héctor la miró unos momentos, y luego continuó mirando al frente.

—¿Por qué lo crees?

—Pues... es que llevo varias noches soñando con ellos, y anoche... — la joven hizo un silencio, recordando el sueño, y luego continuó — Si no me equivoco, creo que no les va muy bien.

—¡Vaya! ¡Lo siento! Pero... ¿estás segura de que no era un simple sueño?

Silvia se quedó pensando y contestó:

—No, segura no estoy. Yo hice lo que nos explicaron Carolina y Hugo para desdoblarme, y todo ocurrió en el sueño. Quizás solo fueron fantasías mías. Quizás es que los echo de menos, y pienso que alguien extraño no les va a cuidar mejor que yo. Puede que solo sean fantasías mías. —repitió — No sé... No sé muy bien, pero estoy un poco preocupada.

—¿Y no puedes preguntarle a tu hermana?

—Pues no sé. Es que no me atrevo. Aunque ella le ha contado a mi madre lo que pasó realmente, y que en realidad fue mi cuñado el que no quiso que siguiera encargándome de mis sobrinos.

—Pues eso indica que en cierto modo está arrepentida de haberte despedido. Yo, si fuera tú, hablaría con ella. Seguro que algo de información sacarás.

Silvia se quedó pensativa, y recordó que sus sobrinos le habían dicho que su hermana discutía mucho con su marido.

—Sí. Creo que te voy a hacer caso.

Poco después llegaban a la clínica de beneficencia. Carolina le explicó todo lo que debía saber para el buen funcionamiento de las consultas y de los seminarios.

Y luego estuvieron hablando de la velada anterior y Silvia le dijo a Carolina que ya había hecho algunos pinitos con el desdoblamiento astral y con la autoobservación.

Entonces Carolina le dijo:

—Con la autoobservación, conoces a tu enemigo. Pero en este caso, el enemigo tiene encarcelada parte de tu conciencia. Por eso vive, porque se alimenta de esa conciencia que le da autonomía propia. Quiero decir que el Ego, como ya te comentamos ayer, es una suma de yoes. Pero esos yoes tienen autonomía propia, gracias a la conciencia que tienen atrapada. Por ejemplo, el Ego de la Ira, es en realidad una suma de Yoes de Ira, y cada uno de esos yoes tiene encarcelada una parte de Esencia cuya virtud es la mansedumbre, la paz. El Ego del Odio tiene encarcelada una parte de Esencia que se corresponde con el verdadero Amor. Y así, todos los demás. Cada Yo encarcela una parte de Esencia que se corresponde con la virtud contraria. Entonces con la Autoobservación, nos hacemos conscientes de esos

Yoes, pero es necesario un trabajo más profundo. Se trata de la eliminación del Ego, de los distintos Yoes. Cada vez que eliminamos de nuestro interior un Yo, la conciencia que tenía atrapada se libera y de esa manera nos vamos tornando más despiertos más conscientes, hasta la eliminación total del Ego. ¿Entiendes?

—Sí. —dijo Silvia.

—Hay que añadir, —continuó Carolina — que la Conciencia despierta no solo es consciente, sino que tiene facultades maravillosas como son la clarividencia, la telepatía, la recordación de vidas pasadas, el poder sobre el fuego, el aire, la tierra y el agua y muchas otras facultades. Y por supuesto, uno deja de ser víctima de las circunstancias, y la enfermedad ya no le aqueja, puesto que la enfermedad es el producto de nuestros errores.

—¿Y cómo se elimina el Ego? —preguntó Silvia.

Entonces Carolina le dijo a Silvia:

—Todos nosotros tenemos nuestro Ser interior. Nuestro Ser es en realidad la parte Divina en nuestro interior. Nuestro Real Ser es atemporal: siempre ha sido, es y será. No tiene principio, ni fin. Y la razón de Ser de nuestro Ser es el mismo Ser. A medida que uno va liberándose del Ego y despertando Conciencia, vamos acercándonos más a nuestro verdadero Ser. Nuestro Ser tiene diversas cualidades o partes que digamos que están especializadas en diferentes trabajos. Una parte de nuestro Ser es lo que en algunos lugares llaman la Kundalini, en otros Isis, en otros María, en fin es nuestra Madre Divina. Ella tiene el poder de desintegrar los Yoes, los defectos psicológicos, una vez que los hemos autoobservado y comprendido.

Carolina hizo una pausa y luego continuó:

—Hay escuelas que trabajan sobre el Ego con la autoobservación y la comprensión para no identificarse con el mismo, y de esa manera piensan que el ego está bajo control, que no se alimenta y termina desapareciendo. Mas no es suficiente el trabajo de comprensión, pues el Ego es mente condensada con una porción de Esencia atrapada, y solo disolviendo el Ego, la Esencia atrapada puede liberarse, Y de esa manera, vamos liberándonos del Ego y despertando en el sentido más superior de la palabra: Despertando y siendo conscientes. Por eso, cuando se ha descubierto un defecto psicológico, un Yo, podemos apelar a nuestra propia Madre Divina para que saque ese defecto de nuestra psiquis y lo elimine. Y acto seguido el Ego será reducido. A medida que vayamos viendo varios detalles psicológicos del Ego, aunque parezcan insignificantes, si en ese momento pedimos a nuestra Madre Divina particular que saqué de nuestra psiquis ese elemento psicológico y lo desintegre, ten por seguro, que el defecto será desintegrado.

La joven volvió a hacer otra pausa y después le dijo:

—Es cierto que hay Yoes que son más fuertes que otros, por eso habrá yoes pequeños, que no hemos alimentado mucho a lo largo de nuestra vida, y que con algunos trabajos de eliminación irán desapareciendo más o menos rápido, mientras que otros defectos psicológicos que hemos robustecido durante mucho tiempo, incluso en existencias anteriores, pues esos, necesitarán más trabajos. Pero indudablemente, cada vez que los descubrimos a través de la auto—observación psicológica dirigida a pensamientos, sentimientos, emociones, instintos, movimientos y hábitos, si pedimos la eliminación de ese defecto a nuestra Madre Divina particular,

notarás que ese Yo va reduciéndose cada vez más, hasta desaparecer por completo. Y de esta manera ganarás más conciencia. ¿Entiendes?

—Sí. —contestó Silvia, contenta —Muchas gracias por explicarme esto.

Carolina le sonrió y asintió.

En ese momento entró una mujer con un niño, y al verlos, Silvia se acordó de sus sobrinos y se le ocurrió una idea: Ir a la escuela de sus sobrinos y esperarlos hasta que salieran.

Y así hizo.

Aunque Silvia, después de haber comprendido la inutilidad de la mascarilla, ya no la utilizaba puesto que tampoco era obligatoria siempre y cuando se respetara la distancia establecida por el gobierno, cuando se acercaba al colegio se la puso, porque en varias ocasiones anteriores algunos familiares de otros niños cuando veían a alguien sin mascarilla, se incomodaban y empezaban a recriminarles la falta de responsabilidad, y varias veces hubo broncas.

La larga fila de familiares de los niños se extendía por toda la acera, ya que todos mantenían entre ellos alrededor de un metro y medio de distancia. Ella no se puso en la cola, sino que se fue acercando a la entrada, con la suficiente distancia para no tener problemas con ningún familiar.

Algunos de los familiares la saludaron amablemente. Y una mujer con la que Silvia solía hablar cuando ella iba a recoger a sus sobrinos, le dijo:

—¡Hola Silvia! Te hemos echado de menos. Todo bien, ¿no?

—Hola Anastasia<sup>9</sup>. Sí. Es que mi hermana ha contratado a alguien, y yo... pues tengo un contrato nuevo de trabajo.

—¡Normal! ¡Con tu nivel, tenías que encontrar algo mejor que cuidar de tus sobrinos!

—Bueno, el trabajo es más acorde con mis estudios, sí. Pero no me quejo por el tiempo que los he cuidado, porque ellos son para mí muy importantes.

—Sí, lo comprendo. Si se veía cómo los tratabas y lo que te quieren. ¡Lástima la niñera que tienen ahora! ¡Esa mujer tiene más mala leche! ¡Es de antipática como ella sola!

Silvia sintió un pellizco en la zona torácica, pero no dijo nada al respecto. Para disimular su miedo le dijo:

—¿Y cómo está tu familia? ¿Cómo están tu hija y tu sobrina?

—Todos bien. Y Cristina y Anabel, estupendamente. En realidad nosotros no tememos el contagio, así que más o menos hacemos una vida normal dentro de lo que cabe.

Silvia la miró sorprendida y le dijo:

—¿Acaso sois negacionistas?

Anastasia le contestó:

—No es que seamos negacionistas propiamente dicho. Es solo que no nos creemos cuentos. Bueno, perdona, que tampoco es mi intención insultar, ni faltar a los demás. Cada cual es libre de pensar lo que quiera, claro.

Silvia se quedó sorprendida.

—Sin embargo llevas mascarilla. —le dijo.

---

<sup>9</sup> Para más información sobre el personaje Anastasia, véase la novela: "Buscadores de Conocimiento".

—Pues sí, pero no porque tenga miedo al contagio. Es solo para no incomodar a los demás padres que tienen miedo, y evitar conflictos.

Silvia asintió y le dijo:

—¿Pues sabes una cosa? Que yo pienso como tú.

—¿De veras? ¡Pues me alegro mucho, porque hay poca gente que lo entienda!

—Sí. —contestó Silvia, pensativa.

Entonces Anastasia le señaló:

—¡¡Ah mira! ¡Ahí viene la niñera de tus sobrinos! —dijo Anastasia, mirando hacia una mujer de mediana edad, con unos rasgos duros, y muy seria.

Silvia la miró y se dijo: "¡Uf! ¡Así que es esa la niñera que me está sustituyendo!

Entonces le dijo a Anastasia:

—Perdona Anastasia, voy a hablar con ella.

Anastasia asintió y le dijo:

—Me ha dado gusto verte y saber que te va bien.

Silvia le sonrió y le contestó:

—Muchas gracias. Espero que tú y tu familia también sigáis muy bien.

Anastasia sonrió y asintió.

Y tras el saludo, Silvia se acercó a la niñera de sus sobrinos y se presentó.

La niñera le miró fijamente y le dijo con un matiz áspero:

—Petra no me ha dicho nada de que fuera usted a venir.

—No, es que pasaba por aquí, y me he decidido a acercarme para ver cómo estaban mis sobrinos.

—¡Ah! —contestó la niñera.

Pero como no dijo nada más, Silvia le preguntó:

—¿Y qué?, ¿cómo se portan? Son unos niños muy buenos, ¿verdad?

—¿Buenos? —exclamó la niñera —¡Esos fieras son unos diablos! ¡No obedecen nada, y comen fatal! ¡Siempre están protestando por las comidas! ¡Y nunca se quieren acostar la siesta! ¡Y además mienten constantemente!

Por supuesto Silvia no podía creer nada de lo que le estaba diciendo esa mujer. Ella conocía a sus sobrinos, y jamás habían sido ni desobedientes, ni mentirosos, ni niños protestones. Eso no podía ser cierto. Y el corazón se le encogió de pensar que aquella mujer era realmente una tirana.

En ese momento, empezaron a salir los niños de la escuela.

Al poco salió Jaime. Este buscó a la niñera, y vio a Silvia. Entonces se le iluminó la cara con una gran sonrisa y se fue corriendo feliz hacia su tía, diciéndole:

—¡Has venido a recogernos!

Mas Silvia, sin pensar, lo abrazó y le dio un beso.

Pero entonces la niñera cogió al niño, con fuerza, del brazo y lo retiró de su tía, y le gritó a Silvia de malas maneras:

—¡Señora! ¿Qué es lo que está haciendo? ¡Es usted una inconsciente! ¡No me extraña que la despidiera su cuñado!

Por supuesto, todos los padres que estaban alrededor lo escucharon. Y una de las maestras se acercó hasta ellas, y les dijo:

—¿Qué ocurre?

—Señorita, —le dijo la niñera —esta mujer dice que es la tía de los críos que yo cuido, y cuando ha salido el mayor, le ha abrazado. ¿Se da usted cuenta? Luego si le pasa algo, no es mi culpa.

La maestra miró a Silvia y le dijo:

—Venga por aquí, por favor.

Silvia conocía a esa maestra y siempre se llevó bien con ella, pero al decirle eso, se le encogió el corazón, y se acercó a donde estaba la maestra, y empezó a disculparse:

—Mire señorita Piedad<sup>10</sup>, ha sido algo que no he podido controlar. Llevamos muchos días sin vernos y...

—Lo comprendo perfectamente. —le respondió la maestra —No se preocupe. Hablaré con la niñera, pero intente tener más cuidado, porque la mayoría de las personas que están aquí, tienen mucho miedo, y cualquier fallo, lo ven como un gran peligro.

Silvia la escuchó sorprendida de que no la regañara y solo acertó a asentir.

Entonces salió de la escuela Federico, y cuando vio a su tía, también se fue corriendo entre los otros niños, hacia ella, gritando lleno de júbilo:

—¡Titaaaa!

Silvia le miró sonriéndole forzosamente, porque en el fondo tenía un nudo en la garganta, y el pecho oprimido. Pero antes de que pudiera evitarlo, el chiquillo llegó hasta ella y se tiró a sus brazos, y ya Silvia no pudo hacer otra cosa que decirle con dulzura:

—¡Hola Federico!

Y le dio un beso.

El niño se veía feliz.

Todos la miraron, incluyendo la maestra que le hizo un gesto de dulce regaño, pero luego sonrió.

Mas la niñera exclamó, mientras agarraba con fuerza de la mano a Federico:

—¡Usted no tiene vergüenza! ¡Ni vergüenza, ni piensa en sus sobrinos! ¿No sabe que con eso puede matarlos?

Los niños miraron asombrados a la niñera y luego a su tía.

Pero Silvia ya no pudo más y reaccionó y le contestó:

—¡No diga tonterías! ¡Ni yo tengo el bovid, ni les voy a pasar nada! ¡Así que haga el favor de no meterles miedo a mis sobrinos! ¡Y sepa que pienso hablar con mi hermana! ¡Porque ya me he dado cuenta de cómo trata a los niños!

La niñera la miró con desprecio, y les dijo a los niños:

—¡Vámonos!

—¿Pero va a venir con nosotros nuestra tita? —preguntó Federico.

—¡No! ¡Ella no viene con nosotros! —contestó la niñera.

—¿Por qué no? —preguntó Jaime.

—¡Porque no! ¡Porque vuestra tía no respeta las normas y os puede contagiar, y por su culpa os podéis morir!

Silvia volvió a sentir un vuelco en el corazón, pero antes de que ella pudiese decir algo, su sobrino Jaime le gritó a la niñera:

<sup>10</sup> Véase la historia de Piedad en la obra:

[http://www.elenasantiago.info/Aprendices\\_de\\_la\\_Enfermedad.Elena\\_Santiago.pdf](http://www.elenasantiago.info/Aprendices_de_la_Enfermedad.Elena_Santiago.pdf)

—¡Eso es mentira! ¡Mi tita no nos va a contagiar de nada! ¡Eres una mentirosa!

—¡Esto ya es el colmo! —exclamó la niñera —¿Se da cuenta de lo que ha hecho? ¡Pero esto lo arreglo yo ahora mismo! ¡Voy a llamar a su cuñado, y se va a enterar!

Y sacó el teléfono de su bolso y se puso a buscar el número de teléfono.

Silvia se dijo: "¡Me parece que ahora sí que la he liado!".

—¡Espere un momento, por favor! —le dijo a la niñera —Vamos a calmarnos.

La mujer la miró, y paró lo que estaba haciendo, y le dijo:

—¡A ver ahora cómo lo arregla porque ha liado usted una buena!

Silvia asintió, por tal de darle la razón a la mujer y luego, dirigiéndose a sus sobrinos, les dijo:

—Mirad, niños, yo de todas maneras no puedo ir con vosotros porque tengo que hacer otras cosas. Solo me he llegado a la escuela un momento para veros, pero ahora me tengo que ir. Ahora, id con la niñera y hacedle caso. Luego, si queréis os llamo por teléfono, ¿de acuerdo?

Los chiquillos asintieron.

—¿Vendrás mañana? —le preguntó Federico.

—¡Oh, no creo! —contestó Silvia, sintiendo una gran pena — ¡Mañana tengo que trabajar!

Los dos niños miraron con cara de estar defraudados.

Silvia les sonrió y les dijo con dulzura:

—¿No sabéis que os quiero mucho? Pronto podremos vernos.

—¿Esta noche? —dijo Jaime, con una sonrisilla.

Silvia le miró comprendiendo que se refería al astral, lo cual le certificaba que aquellos sueños, no habían sido simples fantasías. Entonces sonrió y asintió.

Los niños se miraron y se sonrieron traviesamente y luego volvieron a mirar a su tía y asintieron.

—¡Bueno, ya está bien! —dijo la niñera, algo desorientada, pues ella no sabía nada de sus encuentros en el mundo de los sueños, por supuesto.

Y luego añadió —¡Vámonos ya!

Y se marcharon, pero de vez en cuando Jaime y Federico miraban hacia atrás, y le decían adiós con la mano a su tía.

Silvia se quedó mirándolos muy preocupada., y la maestra la llamó desde el interior del recinto y le dijo:

—Tenía que haber tenido más cuidado. La niñera de sus sobrinos tiene mucho miedo al bovid, y además... digamos que se toma muy en serio su trabajo. Espero que no tenga problemas con ella.

Silvia asintió y le contestó:

—No pretendía armar un espectáculo. Solo quería ver cómo estaban mis sobrinos.

La maestra sonrió y asintió:

—Lo comprendo. ¿Y cómo le va? Ya me ha dicho su hermana que tiene otro trabajo.

—Sí. Así es. Es un trabajo que me gusta mucho.

—Bien. Me alegro. —contestó la maestra. —En fin, le deseo que le vaya bien, pero sea más cautelosa, porque hay mucha gente que tiene mucho miedo con toda la historia esta del bovid. Perdona, pero tengo que atender a otros niños.

Silvia asintió y le dio las gracias. Sin embargo se extrañó en la forma en que se expresó a propósito del bovid.

Entonces Anastasia se acercó a ella, llevando de la mano a dos niñas.

—¿Estás bien, Silvia? —le preguntó.

La joven le respondió haciendo un esfuerzo por sonreírle:

—Sí. Es solo que se me ha ido un poco de las manos.

Luego miró a las niñas y les sonrió y les dijo:

—¡Cristina, Anabel!, ¿cómo estáis, preciosas?

Ellas le sonrieron y le dijeron que estaban bien. Pero Cristina, la hija de Anastasia le contestó:

—La niñera de Federico es muy mala. Nos lo ha dicho a mi prima y a mí. ¿A que sí, Anabel?

—Sí. —contestó Anabel —Y también nos ha dicho que él y Jaime se ven contigo por las noches.

Silvia se sorprendió y no sabiendo qué contestar, forzó una sonrisa e hizo como que no le daba importancia al comentario.

Anastasia la miró pensativa, y luego le dijo:

—En todo caso, me alegro de ver que tú estás bien. Escucha, si quieres, te voy a dar mi teléfono. Para cualquier cosa que pueda hacer por ti o por los niños, puedes llamarme.

Silvia se sorprendió, y luego le sonrió y le dijo:

—¡Ah, muy bien, gracias! Dámelo y, si quieres, yo te doy el mío.

—Claro. —contestó Anastasia.

Y las dos intercambiaron sus teléfonos.

Luego se despidieron y Anastasia se fue con las dos niñas.

Silvia se quedó mirándolas sintiéndose agradecida y comprendida por aquella mujer que al fin y al cabo solo la conocía de esperar la salida de los niños de la escuela.

Pero luego le vino la imagen de la niñera, y se dijo: "Voy a ver si puedo hablar con Petra."

Entonces la llamó por teléfono y le dijo que quería hablar con ella, y si podían verse aunque fuera media hora.

Petra le contestó que haría un descanso para comer en el bar de al lado de su trabajo, y quedaron en verse en la puerta.

Silvia le contó lo ocurrido con la niñera y le dijo que le había parecido que era una mujer cruel.

Petra se quedó callada al principio y luego le dijo:

—Todo es por mi culpa. No he sabido enfrentarme a tiempo a Paco y ahora va todo mal. No entiendo cómo hemos llegado a esto. Al principio de casados éramos felices. Nos queríamos, nunca discutíamos. Luego llegó Jaime y después Federico y seguíamos siendo felices. Bueno, no te digo que alguna vez no estuviéramos de acuerdo, pero estábamos bien. Fue todo a partir de la pandemia. Entonces Paco empezó a cambiar. Empezaron a haber muchas tensiones en el centro comercial,

porque durante el estado de alarma, como bien sabes, se cerraron todas las actividades no esenciales, y lógicamente se cerraron la mayor parte de las secciones. Él, como jefe de ventas, no fue despedido, pero sí cargó sobre él más responsabilidades de las que podía. Y entonces empezó a sacar de él un carácter quisquilloso, y se fue volviendo cada vez más rígido, hasta llegar a ser un tirano. Ahora ya no sé qué va a pasar. Yo sigo queriéndole a pesar de todo, pero nuestra vida ya se está volviendo insoportable. Y los niños... ellos también lo sufren. ¡Pobrecitos míos! ¡Y sí! Fue un error despedirte, porque ellos eran felices contigo. Ahora, con esa vieja, siempre están tristes y apagados. Además se acuerdan mucho de ti.

Silvia no sabía cómo ayudar a su hermana y a su familia, pero ya no había vuelta atrás.

—¿Y por qué no habláis Paco y tú sobre esto? Sincérate con él.

—¡No puedo! ¡Está muy estresado, y ya no me escucha! ¡Se enfada conmigo por cualquier cosa! No importa lo que yo diga, todo le sienta mal. Ya no sé qué hacer. Yo no quiero separarme porque aún le quiero, pero... me lo está poniendo muy difícil.

—¡Oh, vaya! ¡No sabía que estabais tan mal!

Su hermana suspiró y asintió.

—Siento que eso también te haya perjudicado a ti. —dijo —Fue por él que te pedí que no volvieras. La niñera es cuñada de uno de sus compañeros, pero él no la conocía de antes. De hecho, a mí tampoco me gusta, pero no tenía otra opción. Era mi matrimonio o tú, y lo siento, pero tuve que elegir mi matrimonio. Aunque ya no estoy segura de que vaya a durar.

Entonces se puso a llorar mientras le decía:

—¡Te he perjudicado a ti, he perjudicado a mis hijos, y encima puede ser que al final terminemos divorciándonos!

Silvia la abrazó y le dijo:

—¡Cálmate! Seguro que esto es solo una rachilla, pero se va a solucionar. Y volveréis a ser la familia feliz de antes.

Petra seguía llorando y le contestó:

—No sé. Ojalá lleves razón, pero lo veo muy difícil.

Silvia trató de calmarla, y le dijo:

—Tranquilízate. Ya verás que se soluciona.

Su hermana trató de calmarse y luego miró a Silvia, y le dijo:

—Me ha dicho mamá que ya has encontrado un trabajo.

—Sí, es verdad.

—Me ha dicho que en una clínica. Me parece raro verte en una clínica, pero dice que utilizarás tus conocimientos de inglés y francés.

—Sí. —le contestó Silvia sonriendo.

Su hermana le sonrió también y le dijo:

—Me alegro de que al menos tú hayas salido ganando, porque la verdad es que me sentí fatal cuando te dije que no volvieras.

—Bueno, no le des más vueltas. A veces situaciones que parecen contratiempos, luego traen cosas buenas. Y yo, la verdad es que estoy muy contenta con mi nuevo trabajo. Son unos compañeros excelentes y me han caído muy bien.

Petra asintió y le dijo:

—Tú te lo mereces.

Silvia sonrió y le dijo:

—Estoy segura de que esta racha que estáis pasando, se acabará pronto.

Su hermana suspiró y contestó:

—Ojalá lleves razón.

Y mirando la hora, Petra le dijo a Silvia que tenía que volver al trabajo, y se despidieron con un abrazo.

## Capítulo 16

Cuando Silvia llegó a su casa, eran ya cerca de las tres.

Nada más entrar, dijo:

—¡Ya estoy aquí!

Mientras colgaba su bolso en el perchero de la entrada, escuchó a su padre decir:

—Estamos en el comedor.

La joven se dirigió al comedor y vio que sus padres ya estaban comiendo.

—Hola. —saludó —Voy a cambiarme de ropa y ahora vengo. Vosotros seguid comiendo.

—Espera un momento. —le dijo su madre, muy seria.

—Angustias, — dijo su padre —déjala que se cambie, y luego hablamos.

Silvia se extrañó e intuyó que algo pasaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó —¿Ha pasado algo?

—No ha pasado nada malo. —le contestó su padre —Cámbiate y mientras comemos, charlamos.

—Tú, como siempre, defendiéndola. —dijo la madre.

Ese comentario le extrañó más a Silvia. Y por un momento, pensó en el enfrentamiento con la niñera de sus sobrinos. En cuestión de milésimas de segundo, creyó que la niñera había hablado con su cuñado, y que este había llamado a sus padres.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—No pasa nada malo. — repitió su padre.

—¿Nada malo? — dijo la madre —¿Te parece poco que nos ha estado engañando?

—¿Yo? —exclamó la joven —¿En qué os he engañado?

Su madre se levantó y le dijo:

—¿Por qué no nos has dicho que te estabas viendo con el negacionista del bloque?

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Con que era eso! —exclamó Silvia.

—¡O sea que es verdad! —respondió Angustias.

La joven no sabía qué explicación darle.

—Me lo ha dicho esta mañana Sinforosa.

—¿La vecina?

—Exactamente. Me ha dicho que te ha visto varias veces salir con él y meterte en su coche y luego también te ha visto llegar con él. ¿Qué me dices a eso?

—¡Pues qué te va a decir, mujer! —exclamó Manolo —¡Pues que Sinforosa es una cotilla de mucho cuidado! ¡Como sus ventanas dan al aparcamiento, se pasa el día y parte de la noche espiando a los vecinos cuando salen y entran a los jardines del bloque!

—Puede que lleves razón, pero mira, así nos hemos enterado de lo que hacía tu hija. —contestó Angustias.

Y luego dirigiéndose a Silvia, le dijo:

—¡A ver qué explicación tiene tu comportamiento!

La joven iba a responder, pero su padre se adelantó:

—Angustias, no tiene que darnos explicaciones. —dijo su marido —Ella es mayor de edad.

—¡Pero vive con nosotros! ¡Digo yo que algo de derecho a saber lo que hace nuestra hija tenemos!, ¿no? ¡Que al fin y al cabo, vive con nosotros!

—Sí, mamá. —dijo por fin ella —Sí tenéis derecho a saberlo. Lo que pasa es que, sinceramente, no me atrevía a contártelo, pero...

—¿Contármelo? —le cortó su madre —¿Por qué dices contármelo, y no contárnoslo? ¿Es que acaso se lo habías contado a tu padre?

Silvia se dio cuenta de que sin querer había entrado en un terreno peligroso.

—Lo que pasa, mamá, es que en realidad gracias a él, he encontrado el trabajo en la clínica. Héctor, a quien tú llamas negacionista, es uno de los médicos de la clínica en la que me han contratado. Papá lo adivinó porque cuando habló con él, se dio cuenta de que estos médicos trabajan la salud desde un punto de vista muy diferente, basado en unos descubrimientos que hizo un doctor alemán hace unos cuarenta años que relacionan las enfermedades con las vivencias traumáticas. Ellos enseñan muchas cosas y ayudan en la curación de la gente de una manera mucho más natural y sencilla, dejando trabajar al cuerpo, y también explican el porqué de síntomas que aunque no sean agradables, son signos de curación. También enseñan que los virus patógenos no han sido demostrados, sino que solo ha sido una suposición hasta ahora, puesto que ni se han visto en microscopios, ni se han aislado, ni se ha demostrado su existencia. Por eso ellos dicen que la existencia del tiaravirus no ha sido demostrada, y que no existe el contagio. Y por eso no ven la necesidad de mascarilla. La gente se enferma, no por el tiaravirus, sino porque tienen miedo, y es ese miedo el que les enferma. El miedo u otros sentimientos fuertes.

Angustias se quedó callada y Silvia le dijo:

—No me atreví a decírtelo a ti, porque temía que, estando él de por medio, no te gustara que cogiese ese trabajo.

Su madre siguió callada, pensativa.

Y Silvia le explicó:

—Mamá, no era mi intención engañaros, pero no sabéis lo buena persona que es Héctor. Después de estar buscando trabajo durante tantas horas y durante dos semanas, me sentí exhausta y muy frustrada y triste de ver que no lograba nada. Pero entonces me encontré con él, y no sé cómo, pero empezó a hablarme y sentí que me abría una puerta. Y aunque su propuesta me parecía algo que nunca hubiera pensado, acepté a probar. Y ahora que he entrado, creo que es un trabajo precioso. Es un trabajo en el que se ayuda a muchos que sufren, y además todos mis compañeros son gente buena y muy alegre. Ha sido tal el cambio, que realmente me siento feliz de habérmelo encontrado y que me diera esta oportunidad. Y te voy a decir otra cosa: yo creo que él llevaba razón: los medios de comunicación están intentando manipular la opinión de la gente. Y no todo lo que dicen es verdad. De hecho, casi nada es verdad.

Su madre se quedó callada y su padre dijo:

—¿Lo ves Angustias? Ya te dije que ese muchacho no es como tú crees. Es un joven amable, y se explica muy bien. A mí me estuvo hablando un poco sobre esa

Nueva Medicina y le vi una lógica aplastante. Estoy seguro de que si hablaras con él te darías cuenta de que no es un desvergonzado, como tú crees.

Entonces Angustias miró a su hija y le dijo:

—Está bien. Voy a haceros caso de momento. Pero no os prometo nada, porque a mí no se me convence tan fácilmente.

Silvia sonrió y asintió.

Después de comer, Héctor llamó por teléfono a Silvia y le preguntó si estaba más tranquila por lo de sus sobrinos.

La joven le contó lo que ocurrió en la escuela con la niñera, y le dijo que habló con su hermana, pero no le explicó que su hermana le habló de su relación con su marido, pues consideraba que era una conversación entre hermanas.

Luego le habló de lo ocurrido con su madre al enterarse de que los habían visto juntos, y Héctor se rio, y le dijo:

—¿Entonces ya puedo hablar con ella, sin que me llame negacionista?

Silvia se rio y le contestó:

—Bueno, eso no te lo puedo asegurar.

—¡Tendré que averiguarlo! —dijo él, riéndose.

Silvia se rio también.

Más tarde, Silvia fue a hacer unas compras al supermercado. Pero se encontró con una antigua compañera de la carrera y estuvieron contándose de cómo le iba a la una y a la otra, con tanto entusiasmo, que se estuvieron una hora.

Y cuando Silvia regresó a su casa, se encontró algo que no se esperaba.

Al entrar por la puerta, su madre la llamó desde el salón.

—¡Ya voy mamá! Voy a dejar las cosas en la cocina.

Y se fue a la cocina.

Entonces entró su padre y le dijo:

—Pequeña, no te asustes, pero Héctor ha estado aquí.

La joven sintió un vuelco en el corazón.

—¿Está en el salón? —preguntó.

—No, ya se ha ido. —le contestó su padre —Ha estado esperándote, pero al final se ha tenido que ir.

—¡Oh! exclamó ella —¿Pero qué quería?

—Pues... empezó a decirle Manolo.

—Quería pedirnos permiso para salir contigo. —dijo su madre desde la puerta.

Silvia se quedó parada. Eso no se lo esperaba.

La joven miró a su madre y no supo qué contestarle.

—O sea,— dijo Angustias —que no se trataba solo de un compañero de trabajo.

—Bueno, en realidad, sí. —contestó Silvia, con el corazón latiéndole a mil por uno.

Su madre la miró fijamente y le dijo:

—¿Estás enamorada de él?

Silvia se quedó parada, sin saber qué decir.

Su madre la observó y luego dulcificó la mirada.

—Dime la verdad, Silvia. ¿Estás enamorada de él?

—Pues... la verdad es que nos conocemos desde hace muy poco, pero... sí, él me gusta mucho, me siento muy bien con él, es como si hubiera una conexión entre él y yo de antes de conocernos. De hecho, la primera vez que lo vi, a pesar de que me daba un poco de miedo pensar que fuera un negacionista, cuando me habló, sentí que no era peligroso, sino alguien en quien podía confiar. Y desde entonces, las veces que le he visto, le he sentido cercano a mí, sin ni siquiera saber nada de él. Es algo extraño, lo sé, pero es como si ya nos conociéramos de hace mucho tiempo.

Angustias se quedó callada, y su padre le sonrió.

—¿Y qué ha pasado, entonces? —les preguntó Silvia.

Su madre le contestó:

—La verdad es que no me esperaba que fuera tan gentil. Me lo imaginaba como un desvergonzado de esos que van diciendo tonterías y absurdos. Pero no. Parecía saber lo que decía y me ha hablado realmente con mucha educación y con propiedad. Y con lógica.

—¿Y... qué ha pasado al final? —insistió la joven.

Y su madre le contestó:

—Pues resulta que como no venías, y le han llamado por teléfono de la clínica, se ha tenido que ir.

—¡Oh, vaya! —exclamó Silvia.

Su madre miró a su esposo, y este se sonrió, y ella sonrió también.

—Pero antes de irse, ha vuelto a pedirnos permiso para salir contigo. —dijo su madre.

Silvia sintió que se le aceleraba el corazón, pero su curiosidad era mayor y le preguntó:

—¿Y al final qué le habéis dicho?

Entonces intervino su padre y le contestó:

—Le hemos dicho que eras mayor de edad y que tenías derecho a elegir tu vida, y que nosotros aceptaríamos lo que tú decidieses.

Silvia se sintió feliz y sonrió.

Mas la madre añadió:

—Pero no sé por qué, insistió en saber si yo le aceptaba para salir contigo. Y la verdad es que le dije que...

—¿Qué? —dijo Silvia, impaciente —¿Qué le dijiste?

—Le dije que tenía que ser bueno contigo y que si alguna vez te hacía daño, se las vería con tu padre y conmigo.

Silvia se rio, contenta.

—¿Y qué contestó él? —preguntó.

Y su padre respondió, poniéndose firme:

—Pues dijo esto: "¡A sus órdenes mi coronela!"

Y luego se rio.

Silvia se rio también, y Angustias se sonrió y dijo:

—No tengo claro si se estaba burlando de mí o no.

—No se estaba burlando. — le dijo Silvia —Es solo que le gusta bromear.

—Bueno,— dijo su madre —en todo caso, fue muy valiente en venir a hablar con nosotros, y más, sabiendo que él no era santo de mi devoción. Que seguro que lo sabía.

Silvia sonrió, sintiéndose feliz.

Un poco más tarde, estando en su dormitorio, pensaba en Héctor y en ese momento le llamó él al móvil.

Ella lo cogió con el corazón contento y le respondió:

—Hola Héctor.

—Hola, desaparecida. ¿Has logrado comprar todo el supermercado?

Silvia se rio, al comprender que él había achacado el tardar tanto en volver por estar comprando.

—¡No, es que me encontré una antigua compañera de estudios y nos pusimos a hablar y hablar, y se nos pasó el tiempo!

—Eso está muy bien. —le dijo Héctor —En fin, yo te llamó para decirte que ya he cumplido mi misión.

—¿Tu misión? —repitió ella, sin comprender —¿Qué misión?

—Pues la que me exigiste antes de poder conquistarte: la de luchar contra el dragón. O sea la de convencer a tu madre. Y creo que ya le he convencido. Así que ahora quiero mi premio: tu mano y que seas mi princesa.

Silvia se rio y le contestó:

—Estás muy equivocado. En realidad, esa era la primera prueba.

—¿Qué? ¡Oye! ¿Pero qué te vas a inventar ahora?

—Pues déjame esta noche para pensarla. —le contestó ella, divertida.

—Está bien, pero al menos me darás alguna prenda, ¿no?

Silvia volvió a reírse y le contestó:

—Bueno, veré qué premio te daré.

—Para empezar me dejarás invitarte a cenar. —le dijo él.

Silvia sonrió y le respondió:

—De acuerdo.

—¿Quedamos en el parking a las 9?

—Muy bien.

## Capítulo 17

Poco después, Silvia se reunió con Héctor, y se fueron a una pizzería.

Una vez allí, la joven volvió a hablarle de sus sobrinos y de su hermana, pues esa era su mayor preocupación.

Pero Héctor le dijo:

—Mira Silvia, es muy importante que aprendas a no identificarte con lo que le ocurre a tus sobrinos y a tu hermana. Recuerda lo que hablamos ayer con Carolina y con Hugo. Ya sé que lo que te digo parece que tienes que ser egoísta, pero no se trata de eso, sino de tomarte las cosas de otra forma. Tomarte la vida de otra manera, como si fuera una película. Ten en cuenta que todos venimos a este mundo a aprender. Pero si todo nos va siempre sobre ruedas, si siempre nos fuera todo bien, ¿de qué manera podríamos autodescubrir nuestros defectos psicológicos? Y por otro lado, si todo nos va mal, y nos dejamos llevar por la autocompasión, por la pena, por la ira, por el miedo, igualmente ¿cómo podríamos autodescubrir nuestros defectos psicológicos?

Héctor hizo una pausa y luego continuó:

— Por tanto, si realmente nuestro objetivo en la vida no es vivir por vivir, tener dinero, tener una buena casa, un buen coche, una pareja perfecta, unos hijos perfectos, la admiración de los demás, etcétera, si nuestro objetivo en la vida no es ese, sino ser conscientes, entonces tendremos que empezar a darnos cuenta de nuestro sueño psicológico. Y la única forma de darnos cuenta es comenzar por no identificarnos con las cosas de la vida, y llevar nuestra atención hacia nuestros pensamientos, emociones y sentimientos, hábitos y actos, instintos y deseos. Y cuando hagamos eso, entonces descubriremos que algo se mueve en nuestro interior, sin que medie nuestra conciencia en ello. Porque se trata de los distintos agregados psíquicos que hemos ido creando a lo largo de esta vida y de vidas anteriores, por identificarnos con las cosas de la vida y por dejarnos llevar sin más, porque no hemos activado nuestra conciencia. Y por eso el Ego se ha alimentado cada vez que nos hemos identificado con cualquier cosa.

Héctor miró a la joven, pensativo, y luego siguió diciéndole:

—Compréndeme: no te estoy diciendo que te desentiendas de tus sobrinos o de tu hermana, te estoy diciendo que no te dejes llevar de forma mecánica e inconsciente, porque será el Ego quien querrá actuar con la falsa idea de querer solucionar un problema, pero en realidad el Ego no puede solucionar nada. Otra cosa es la conciencia. Si actuamos con la conciencia, es muy diferente. ¿Me entiendes?

Silvia lo había estado escuchando muy atenta y asintió.

—Por otro lado, — continuó Héctor —también hay que comprender que todos hemos venido a este mundo por algo, ¿no? Nosotros, nuestros familiares, nuestros amigos, nuestros vecinos, nuestros enemigos, todo el mundo: el tendero, el que trabaja en el banco, el barbero, el barrendero, el ministro, incluso aquellos que creemos enemigos... ¿Por qué hemos nacido? ¿Por qué vivimos? ¿Para qué vivimos? ¿Solo vivimos por vivir? Nacemos, crecemos, estudiamos y luego trabajamos, nos casamos o no, tenemos hijos o no, envejecemos, y morimos. ¿Eso es todo? ¿Ese es el objetivo de nuestra existencia? Es posible que tengamos una buena vida, con una

pareja perfecta, con un buen trabajo, con riquezas... o puede que todo nos vaya mal en la vida, que vayamos fracaso tras fracaso... pero al final, ¿qué? Viene la muerte, y cuando desaparecemos, ¿qué? ¿Vivir solo por vivir? Digo yo que algo más tiene que haber. ¿Somos famosos? ¿De qué nos sirve cuando muramos? ¿Somos desgraciados? ¿Dónde se quedaron nuestras desgracias después de morir? ¿Hicimos heroicidades en el mundo? ¿Fuimos grandes héroes? ¿Quizás saldremos en los libros de historia? ¿De qué nos sirve después de la muerte?

El joven volvió a hacer una pausa mirando a Silvia y luego siguió hablando:

—Entonces, tiene que haber algo más por lo que hemos venido a este mundo. En realidad nuestro Ser interior nos pone en el tapete de la existencia para que aprendamos, para autodescubrirnos a través de las diferentes pruebas que se nos ponen en la vida, para saber cómo y quiénes somos, y para dárse nos la oportunidad de despertar conciencia tanto aquí en el mundo físico de tres dimensiones, como también en otras dimensiones. Cuando alguien despierta la conciencia, despierta no solo aquí, sino en el mundo de los sueños, y después de la muerte. Entonces la muerte deja de ser un gran misterio, y descubrimos el verdadero objetivo de nuestra vida: el Despertar verdadero.

Silvia se quedó callada, reflexionando sobre las palabras del joven, y luego suspiró y respondió:

—Entiendo que todo lo que dices va mucho más allá de una vida corriente y mecánica. Y llevas razón. Me he dejado llevar, y al identificarme con todo lo relacionado con mis sobrinos me ha estado afectando de manera que ha habido momentos en que me sentía desesperada por no poder hacer nada por ellos.

El joven asintió, pero Silvia le dijo:

—¡Sin embargo, no me gusta verlos sufrir! Ya sé que no tengo que identificarme, pero... tampoco quiero que sufran.

—Es que tú no sabes qué es lo que les toca vivir a los demás. Todos hemos vivido muchas veces y en el pasado hemos cometido muchos errores, y también habremos hecho mucho bien, pero las consecuencias de esos errores y de esas buenas acciones muchas veces las vivimos en la misma existencia, pero también puede ser que las vivamos en existencias siguientes. Es lo que se conoce por la Ley del Karma: a tal acción, tal consecuencia. A buenas obras: buenas consecuencias; y a malas obras: malas consecuencias. Y de esta manera la conciencia se da cuenta de sus errores y aprende de ellos. Otra cosa es el Ego, que se revuelve cuando no le va bien en la vida y protesta y relampaguea, y se amarga, haciendo por dormirnos más la conciencia.

—Pero entonces..., ¿qué hacer? ¿Acaso no se puede ayudar a los demás?

—Claro que sí. Quizás no me he explicado bien. No se trata de volverse egoístas, sino de actuar con conciencia. No dejándose llevar por yoes de preocupación, de rabia o de odio, de miedo, etcétera. Se trata de ayudar con la conciencia. Para eso, en vez de tomarnos la vida tal cual parece, es mejor activar la conciencia, y pedir a nuestro Ser interno que nos oriente, que nos haga ver qué debemos hacer, y luego, dejarse llevar por la intuición, que es una facultad de la conciencia.

Silvia volvió a suspirar y luego le sonrió y le dijo:

—Lo que pasa es que no siempre es fácil, porque empieza una a darle vueltas a la mente y a pensar y pensar, y la mente no me deja estar tranquila.

Héctor le sonrió y le dijo:

—Mira, te voy a enseñar una técnica para tranquilizar la mente. Hay un mantram o mantra, que sirve entre otras cosas para eso: para tranquilizar la mente. Sabes lo que es un mantra, ¿no? Es una palabra que tiene cierto poder cuando uno se concentra en ella. En este caso el mantra es el siguiente: GATE. Cuando tengas la mente muy revuelta pensando de manera digamos obsesiva en un tema, haz este mantra de forma mental, así: Gaaaaateeeeeee, gaaaaateeeeeee, gaaaaateeeeeee. Y verás que poco a poco, tu mente se va tranquilizando.

—¡Oh!,— exclamó Silvia —¡Pues lo haré!, ¡sí!

—También puedes utilizar este mantra en una frase mántrica que se utiliza para meditar. La meditación de la que te hablo es la búsqueda del silencio absoluto de la mente, que combinado con el sueño controlado, permite a tu conciencia liberarse momentáneamente del Ego y experimentar el Vacío Iluminador, la Gran Realidad. Para ello, primero debes coger una postura cómoda, relajar el cuerpo y entregarte por completo a tu Dios interior profundo repitiendo este mantra suavemente, con la mente y el corazón: GATE, GATE, PARAGATE, PARASAMGATE, BODHI, SUAJA. Lo recitarás así: Gateeeeeee, Gateeeeeee, Paragateeeeeee, Parasamgateeeeeee, Bodhiiii, Suuuuaaaaaa Jaaaaaaa. Y lo repetirás de forma continua, sin pensar en nada y entregada a tu Dios Interno. Cuando consigas el Vacío, tu conciencia cogerá tal fuerza y tal ánimo, que te sentirás enormemente incentivada para trabajar sobre ti misma.

Silvia le escuchó muy atentamente y luego asintió.

—Sí, lo haré. —dijo muy convencida.

Él le sonrió y asintió.

Y ella también sonrió.

Y tras unos momentos, Héctor le dijo:

—Bueno, y ahora, hablando de otra cosa, ¿qué prenda me vas a dar por mi primera conquista?

Ella se rio y le dijo:

—Lo cierto es que me has sorprendido mucho al ir a ver a mis padres. No me lo esperaba, la verdad. Pero lo que más me ha sorprendido es que hayas convencido a mi madre.

Héctor se rio.

—Sí, no te creas, que de primeras me miraba con una cara... Al principio me daba un poco de miedo...

Silvia se rio.

—Pero luego,— prosiguió el joven riéndose —conforme la miraba, me di cuenta de que se parece mucho a ti... o más bien que tú te pareces a ella... o sea que os parecéis mucho, físicamente me refiero, claro, y eso acabó con mi miedo. Y ya le hablé directamente, sin rodeos.

Ella volvió a reírse, y el joven continuó:

—Y aunque tardó un poco, parece que se fue ablandando y al final terminó diciéndome que hablaría contigo para ver si eran mutuos los sentimientos. Luego tuve que irme porque me llamaron de la clínica por una urgencia. Pero esperaba poder hablar contigo más tarde.

Silvia asintió sonriendo, y él le dijo:

—Bueno, ¿y mi premio?

—Cuando regresemos a casa te daré tu premio.

Héctor sonrió y contestó:

—Está bien. No vayas a creer que me desanimo, que yo tengo mucha paciencia.

Y Silvia volvió a reírse.

Después de cenar, se dieron un pequeño paseo y Silvia le dijo al joven:

—Mañana iré a la otra clínica y me veré con Nicoleta.

Héctor asintió.

—Sí. Yo puedo llevarte en coche, y luego me voy a la de beneficencia.

—Vale, si no te importa.

—Claro que no me importa, es un placer.

Silvia sonrió y luego le dijo:

—Espero que el Doctor Montellano no sea muy duro.

Héctor se rio y le dijo:

—No le tengas miedo. No es malo. Lo que pasa es que dice las cosas conforme las piensa, y no se anda ni con rodeos, ni con hipocresías. Ya lo irás conociendo.

Silvia asintió.

—Y una pregunta: ya sé que Carolina y yo nos turnaremos cada semana, ¿pero vosotros también os turnáis?

—Claro, nos turnamos: unos días en la clínica de pago, y otros en la de beneficencia, alternando entre las consultas y los cursos.

—¡Ah, ya! Yo pensé que Orlando era el que se encargaba de los cursos.

—Ahora mismo lleva uno en la clínica de beneficencia. En la otra, es Carlos quien lo imparte. Pero cuando se acabe este curso, empezarán otros dos: uno lo llevará Hugo, y el otro yo.

Silvia sonrió y le dijo:

—Estáis muy bien compenetrados.

Héctor se rio.

Y entonces Silvia le preguntó:

—¿Y el doctor Montellano? ¿Él también da cursos?

—No. Él no. Al fin y al cabo, él pronto se jubilará, y ya hace mucho por todos, porque el chalet donde pasamos las consultas y los cursos de pago, en realidad es de su propiedad, puesto que la clínica es suya de cuando trabajaba como cardiólogo con la medicina oficial, pero no cobra nada por prestarla. Ya sé que le tienes algo de respeto, y no está mal, porque es un hombre que estuvo trabajando con la medicina oficial durante muchos años, pero luego fue capaz de cambiar su forma de ver la medicina y la curación, e hizo un cambio completamente revolucionario en su vida, y ha contribuido enormemente a la difusión de la Germánica.

—¡Ah, ya entiendo! —exclamó la joven sonriendo e imaginando al doctor Montellano.

Paseando y charlando sobre otros temas, llegaron por fin al bloque.

Y cuando Héctor acompañó hasta la puerta de su casa a Silvia, él le dijo:

—¿Bueno, me vas a dar por fin el premio por mi valentía?

Ella se rio y le dio un beso en la cara.

Pero él protestó y le dijo:

—¿Ese es mi premio? ¿Después de haberme arriesgado tanto con el dragón?

Silvia se rio y le dijo:

—La próxima prenda será mayor, si ganas la prueba.

—¡Vaya! —exclamó el joven— ¿Y cuál será mi prueba?

—La pensaré esta noche.

—¡Buf! ¡Estás resultando mucho más dura de lo que me pensaba!

Silvia se rio, y metió la llave en la cerradura de la puerta y le dijo:

—Buenas noches, doctor.

El otro frunció el ceño y contestó entre simulados gruñidos:

—Buenas noches.

Y la joven se rio de nuevo y abrió la puerta y entró en la casa, y volvió a decirle:

—Hasta mañana.

El joven resopló y luego le dijo:

—Si quieres, nos vemos abajo a las 8 y cuarto. Te llevaré al chalet y luego me iré yo a la clínica.

—De acuerdo, gracias. —le contestó Silvia sonriéndole.

Y el joven la miró un poco más, como esperando algo, pero Silvia se rio y le dijo:

—Buenas noches de nuevo y hasta mañana.

El joven volvió a resoplar y Silvia se rio, mientras se metía en su casa.

Aquella noche, Silvia quiso comprobar la práctica de meditación que Héctor le había enseñado con el mantra Gate, Gate, Paragate, Parasamgate, Bodhi, Suaja..., pero estaba tan cansada, que después de acostarse, mientras se relajaba, se quedó dormida rápidamente.

## Capítulo 18

A la mañana siguiente, Héctor llevó a Silvia a la clínica del chalet. Entró con ella, y después de saludar a Nicoleta, se marchó a la otra clínica.

Poco después llegó el doctor Montellano. Nicoleta y Silvia lo saludaron.

El doctor saludó y acto seguido miró a Silvia detenidamente y luego le dijo a Nicoleta:

—¿Es mi paciente?

—No, Carlos. Es Silvia. Ella es quien me va a sustituir.

—¡Ah, ya! —contestó él, mirando fijamente a Silvia, con una media sonrisa — Ya veo que has pasado la prueba.

Silvia sintió mayor simpatía por el doctor y sonrió, y luego le contestó:

—Sí. He venido para que Nicoleta me enseñe todo lo que tengo que hacer.

El doctor asintió sonriendo y le dijo:

—Me alegro. Carolina me ha dicho que eres bastante lista y que aprendes rápido.

Silvia se rio con timidez, y contestó:

—Carolina es demasiado amable, y seguro que ha exagerado.

Nicoleta sonrió. Y el doctor replicó:

—Mi hija no exagera nunca. Dice las cosas como son. En realidad es igualita a mí. Y además, no me extraña que lo que me ha dicho sea cierto, porque cuando eres capaz de dominar varios idiomas como si fueran tus lenguas natales, y encima has comprendido la Germánica en una sola tarde, eso indica un grado de inteligencia bastante alto.

Silvia volvió a reírse, mientras negaba con la cabeza.

—Son los dos muy amables, pero no soy tan inteligente como creen. Sin embargo, creo que me va a gustar mucho trabajar con ustedes, porque la Germánica me ha parecido una forma de ver la enfermedad que quita el miedo, lo cual ya es una ayuda para recuperarse antes. Y por otro lado, también me ha gustado el sistema que tienen para enseñar a gente de todos los niveles económicos, sociales, o profesionales.

El doctor sonrió mirándola pensativo y luego miró a Nicoleta:

—¿Lo ves? Esta chica, vale.

Nicoleta sonrió y asintió.

—Sí. —contestó —Ya veo que vais a salir ganando con mi sustituta.

—No, eso no. —contestó el doctor —Cada cual en su lugar. Te vamos a echar de menos en las clínicas, porque has sido una recepcionista perfecta. Pero comprendo que quieras estar más pendiente de mi nieta. No obstante, aparte de vernos los domingos, puedes pasarte cuando te apetezca por las clínicas.

Nicoleta asintió y le contestó:

—Claro que sí, Carlos. Ya me pasaré de vez en cuando.

El doctor asintió y sonrió. Y luego entró en una consulta.

Al poco llegaron juntos Hugo y Orlando.

—¡Buenos días! —saludaron los dos sonrientes.

Las jóvenes saludaron también.

Orlando se dirigió a Silvia y le dijo:

—Así que ya empiezas la semana que viene, ¿no?

—Sí. Ahora me estoy poniendo al día con Nicoleta.

Orlando asintió y le dijo:

—Muy bien. En todo caso, bienvenida seas. Y tú, Nicoleta, no nos abandones totalmente, pásate de vez en cuando para que nos cuentes cómo te va y cómo le va a tu preciosa niña. Aunque mi hijo ya se encarga de contarme muchas cosas de la escuela. Tiene muy buenos amigos.

Hugo se rio y Nicoleta dijo:

—Es que Alfonso es un niño encantador. Cualquiera puede llevarse bien con él.

Orlando sonrió y asintió, y Hugo les dijo:

—Tenemos por delante una generación de futuras promesas, que tienen la suerte de que sus padres conozcan la Germánica y puedan ver la enfermedad desde pequeños como algo muy diferente. De manera que crecerán sin miedo a los distintos síntomas de cualquier programa biológico.

—Es cierto. —contestó Nicoleta —Yo ya lo he visto en Anabel. Muchas veces me cuenta casos de sus amiguitos y amiguitas de la escuela, y ella de alguna manera, les ayuda tranquilizándoles cuando tienen algún tipo de programa biológico en marcha.

Orlando y Hugo asintieron y Silvia, que estaba bastante sorprendida por las palabras de Nicoleta, exclamó:

—¡Oh! ¡Pero eso es fantástico! ¡Ellos van a crecer con este conocimiento en sus vidas, de forma que cuando sean mayores, forzosamente la vida la verán muy diferente!

—¡Eso es! —dijo Hugo, riéndose.

Orlando asintió sonriendo y dijo:

—¡Claro! Alfonso está empezando a aprender también, porque nosotros llevamos menos tiempo conociéndola y aplicándola, pero es cierto lo que dices Hugo. Y eso lo veremos muy pronto.

Hugo asintió sonriente y luego dijo:

—¡Claro que sí!

Luego los dos médicos, después de despedir a Silvia se fueron cada uno a una consulta.

Nicoleta le explicó a Silvia que su hija iba a la misma escuela infantil que el hijo de Orlando.

—¡Ah ya! ¿Y cuántos años tienen? —inquirió Silvia.

—Mi hija tiene cuatro y su hijo tiene cinco. No están en la misma clase, pero por supuesto se conocen y se ven durante el recreo y son muy amigos. Tienen más amiguitos, pero ellos se llevan muy bien.

Silvia se quedó pensando en sus sobrinos.

Entonces llegaron dos personas y Nicoleta las atendió, y mientras, Silvia aprendía cómo tratar a los pacientes cuando venían.

A media mañana, Silvia se marchó y se fue a la otra clínica para charlar un poco con Carolina.

Esta le saludó muy contenta.

—¿Ya has estado en el chalet? —le preguntó.

—Sí, ya he estado allí.

—Muy bien.

—Creo que tu padre ya no me da tanto miedo.

Carolina se rio.

—¡Claro! ¡No es tan ogro como parece!

Silvia se rio también, y luego se quedó mirándola y le dijo:

—¿Oye y tu madre también es médico?

Carolina sonrió y negó con la cabeza.

—Mi madre murió cuando yo tenía diecisiete años.

—¡Oh, vaya! ¡Lo siento!

Carolina siguió sonriendo y le contestó:

—No te preocupes. Ella ya está bien. Solo puedo decirte que ella ya ha vuelto, y tiene toda una vida por delante.

Silvia se quedó callada, sin comprender bien. Hasta que se le encendió una lucecita y exclamó:

—¿Acaso crees que ha reencarnado?

—Bueno, más bien creo que ha retornado, porque ella realmente no era alguien consciente, quiero decir que era como nosotros, alguien normal y corriente, con la conciencia más o menos dormida.

—¡Oh! ¡Qué asombroso! ¿Pero sabes dónde ha nacido?

Carolina sonrió y asintió.

—¡Qué maravilla! —exclamó Silvia —¿Pero ella se acuerda de ti?

—Pues no estoy segura. Nunca me he atrevido a decirle nada. Pero tengo una relación muy buena con ella. Aunque tal vez sea porque yo sí lo sé, claro.

—¡Qué bonito! —exclamó Silvia —Eso sería maravilloso: que muera un familiar y que luego vuelvas a encontrarle y a reconocerle. Pero claro, eso normalmente es muy difícil que pase.

Carolina asintió y le contestó:

—Bueno, a medida que se va despertando, y a medida que se van dominando las salidas en astral, se pueden hacer muchas investigaciones.

Silvia asintió:

—¡Claro!

—Lo importante es ir despertando en el mundo físico. — dijo Carolina —A medida que vamos trabajando con la eliminación del Ego, vamos recuperando conciencia y entonces nuestra vida empieza a cambiar, y eso repercute también durante el sueño, porque empezamos a tener más conciencia y vamos despertando en el mundo de los sueños, siendo conscientes también en esa dimensión.

Silvia volvió a asentir.

En ese momento salieron una pareja con un niño de una de las consultas.

Ellos se acercaron al escritorio de Carolina y mientras el padre metía un sobre en una caja cerrada con una ranura, la madre le dijo a Carolina:

—Muchas gracias, señorita. Aquí le hacemos un donativo para su causa. Son ustedes unos ángeles, y el doctor Carlos nos ha ayudado muchísimo. Ha comprendido por qué nuestro hijo estaba tan mal, y gracias a él, hemos arreglado algunos

problemillas que teníamos mi esposo y yo, y ya todo está bien. Y todo gracias a ustedes.

El padre del niño asintió y le puso la mano sobre la cabeza a su hijo. Este le miró y le sonrió, y el padre también le sonrió a él.

Carolina les sonrió y le dijo:

—No. Es gracias a ustedes que han hecho el esfuerzo de comprender que cuando uno cambia su actitud ante las cosas, todo eso repercute en muchos niveles, y por supuesto en nuestra salud física, mental y emocional.

El hombre y la mujer asintieron y volvieron a darle las gracias.

Luego se marcharon y Silvia se quedó mirándolos, recordando a su hermana y a su cuñado y a sus sobrinos.

Poco después salía Carlos, el hermano de Carolina, de la consulta. Él le sonrió a Silvia y le dijo:

—¡Hola Silvia! ¿Preparada para empezar la semana que viene?

Silvia se rio y dijo:

—¡Sí! ¡Espero estar a la altura para poder sustituir a Nicoleta!

Carlos sonrió y asintió.

—A Nita le gusta el trabajo, pero echa mucho de menos a nuestra hija. Y aunque está siendo muy bien atendida por mi madrastra, por mi suegra y por mi hermana, Nicoleta quiere ser la que realmente crie a Anabel y yo estoy de acuerdo con ella. En realidad, al principio, cuando fundamos las clínicas, solo teníamos una recepcionista. Empezamos con Nicoleta, pero por aquella época no teníamos tantas consultas y ella llevaba bien todo lo referente a las listas de consultas y las de los cursos. Estábamos Hugo, mi padre y yo. Luego hubo una serie de cambios, entre ellos, el embarazo de mi mujer, y vino mi hermana a sustituirla y después ampliamos la cobertura y empezamos a trabajar en la otra clínica, y ya se complicó bastante más la burocracia, y encima, se fueron acoplando más médicos. Bueno, ya sabes: Héctor y Orlando. En fin, el caso es que ya era demasiado trabajo para una sola recepcionista, y tuvimos que tirar de las dos, hasta ahora.

—Ah, ya comprendo. —contestó Silvia. — Y la entiendo: si tenéis una hija, es normal que Nicoleta quiera estar con ella. A mí me pasaría lo mismo. Si alguna vez tengo hijos, me gustaría estar con ellos el máximo posible y criarlos yo.

En ese momento Héctor había salido con una pareja de ancianos, y los otros tres les miraron.

Pero como vieron a la mujer que quiso acercarse al mostrador de recepción, Carlos y Silvia se retiraron para dejar a la mujer que hablase con Carolina.

Mientras, Héctor le puso la mano en la espalda al anciano y le dijo algo en voz baja y el anciano se rio y asintió, y le dijo:

—Muchas gracias. Que Dios le bendiga.

Unos momentos después, su mujer se unió a él, y los dos se fueron.

Luego Héctor se estiró y les dijo a los otros:

—¡Bueno! ¡Me ha entrado un hambre!

Los otros se rieron.

Poco después Silvia regresó a su casa con Héctor.

Mientras conducía, el joven le dijo:

—Así que cuando tengamos hijos quieres criarlos tú, ¿no es así?

Silvia lo miró sorprendida y luego se rio.

—Oye, tú no tendrás la mala costumbre de escuchar las conversaciones de otros, ¿verdad? —le dijo, en broma.

—Según de quien se trate. —contestó él, con una sonrisilla —Pero tratándose de mi novia y futura madre de mis hijos, no soy tan educado como para no escuchar algo que me interesa tanto.

Silvia se rio de nuevo, y le dijo:

—Tú vas muy deprisa, ¿no crees?

—¿Deprisa? —repitió él haciendo un gesto cómico como de estar pensativo y luego prosiguió —No me lo parece. ¿A ti te lo parece?

Silvia volvió a reírse.

—Pues sí me lo parece, sí. —contestó ella.

Él la miró y luego volvió a mirar hacia adelante, y suspiró y dijo:

—¡Pues sí que me va a costar trabajo conquistarte!

La joven seguía riéndose.

—¿Y qué prueba me quieres poner ahora? —le dijo él.

Silvia se quedó mirándole divertida y se puso a pensar, pero lo primero que le vino fue el problema con sus sobrinos.

Se quedó pensando más seria y luego negó con la cabeza. Aquello era algo serio y no tenía fácil solución.

—¿Tan difícil es la prueba? —le preguntó él, sonriéndose.

—En realidad es una tontería que haya pensado en eso. —contestó ella — Además, tú no podrías hacer nada al respecto.

Héctor la miró y luego se quedó pensando hasta que se le encendió una lucecita.

—¿Es referente a tus sobrinos?

La joven lo miró sorprendida y le dijo:

—¿Cómo lo has adivinado?

—Pues por tu cara. Te he notado seria y triste, y he intuido que estabas pensando en ellos.

Ella se quedó callada unos momentos y luego le contestó:

—Tú no puedes hacer nada. Es algo que se escapa a cualquier acción que hagamos. No podemos intervenir. De hecho, si interviniéramos, podríamos hacer que estallara en pedazos una familia.

Héctor se quedó callado reflexivo.

Los dos fueron en silencio un rato, hasta que Silvia le miró y le sonrió.

—Gracias Héctor. — le dijo, apoyando su mano izquierda en el brazo derecho de él —Solo ese gesto que has tenido, es para mí muy importante. Te lo agradezco de verdad.

Héctor la miró pensativo y le dijo:

—Háblame de tus sobrinos. Cómo se llaman, y cómo son.

Entonces Silvia sonrió y empezó a contarle muchas cosas de ellos: sus travesuras, sus ingenuidades, sus risas, su cariño...

Héctor la escuchaba a veces sonriendo, a veces riéndose.

Y Silvia se fue sintiendo un poco mejor.

—No te preocupes, Silvia. — le dijo él —Tú fíjate que todo en la vida pasa. Lo bueno y lo malo: Todo pasa. Esto, dentro de un tiempo solo será un vago recuerdo, y toda esta situación que ellos están viviendo habrá pasado.

La joven le escuchó y asintió.

—Sí, te entiendo, pero mientras pasa...

—Pues ahí es donde tienes que poner en actividad lo que ya sabemos: no identificarnos con las cosas de la vida, porque sean buenas o malas, pasarán. Entonces de qué sirve identificarse y sufrir por algo que al final se resolverá de una forma o de otra. Y por otro lado, muchas de las cosas que nos pasan pueden parecer negativas, y luego traen buenas cosas. Y al revés también: situaciones que parecen estupendas, pueden tener consecuencias que tampoco son deseables.

—Sí. Es cierto. Pero no es fácil mantenerse indiferente.

—Bueno se trata de algo más profundo. No se trata de mantenerse indiferente, sino de autoobservar quién se siente dolido en nuestro interior. ¿Será un Yo de miedo por lo que le pase a nuestros seres queridos? ¿Será un yo de apego? ¿O será de rabia por la persona o las personas que creemos que los maltratan? En fin, puede haber tantos sentimientos del ego que se manifiestan... pero que solo uno mismo o una misma puede verlos en su interior por medio de la autoobservación psicológica. Ya sabes, dirigida a pensamientos, emociones, deseos, gestos, etcétera.

Silvia lo escuchó y le sonrió y asintió. Luego se puso a autoobservarse para ver lo que se movía en su interior. Y descubrió algunos elementos psicológicos...

Sin embargo, cuando llegaron al bloque, ella volvió a olvidarse de sí misma y de esa manera cayó de nuevo en la identificación con la preocupación de sus sobrinos, y mientras subían en el ascensor permaneció callada pensando en ellos y en la "bruja" que los cuidaba. Héctor la miraba en silencio, y suspiró. Y cuando llegaron a la séptima planta, el ascensor se paró y la joven salió. Luego miró hacia atrás, y vio que él se quedaba dentro.

Ella reaccionó y se dio cuenta de que había estado ausente todo el tiempo.

Pero entonces el ascensor empezó a cerrar la puerta, y Silvia la paró inmediatamente sujetando una puerta con una mano, y miró al joven.

—Perdona. Soy una tonta.

Él suspiró y le dijo:

—Veo que la preocupación que tienes con tus sobrinos es un dragón mucho más terrible que tu madre. Lo malo es que creo que con ese dragón no puedo hacer nada, porque tú eres quien lo alimenta.

Silvia se quedó callada, sin saber qué decir. Y como se había olvidado de sí misma, se volvió a identificar con lo que le acababa de decir Héctor. Y en vez de comprender el sentido de lo que le decía el joven y de darse cuenta de que estaba siendo presa de un Yo, en realidad sus palabras le parecieron un mazo que la hundía más. Y de esa manera se sintió completamente derrumbada, y en un amago de dejarse llevar por completo, dejó de sujetar la puerta del ascensor, y esta se cerró con el joven en el interior.

Y el ascensor siguió subiendo.

Pero inmediatamente Silvia se dio cuenta de su error y se arrepintió. "¿Cómo puedo ser tan tonta?", se dijo "¡He vuelto a caer en la trampa de la identificación y de un Yo!".

La joven pidió a su Madre Divina que le sacara aquel defecto psicológico y lo desintegrara. Poco a poco, se fue sintiendo más relajada.

Sin embargo, se quedó pensando en Héctor y pensó: "Creo que esta vez sí que he metido la pata bien metida. Seguramente debe de estar harto de mis quejas, y no me extraña nada, porque ¡es que soy tonta!".

Pero otro Yo, intentó volver a deprimirla, y le produjo a la joven un pensamiento pesimista: "Quizás ya se haya hartado totalmente de mis quejas y de mis preocupaciones, y puede que ya no quiera saber más de mí.". Pero el mismo Yo también le infundió un sentimiento de tristeza.

Mas Silvia volvió a acordarse de su Madre Divina, y le pidió que apartara ese defecto psicológico de su psiquis y que lo eliminara, y la joven volvió a sentirse más relajada y mucho mejor.

Luego se dirigió a su casa y sintiéndose más tranquila, sacó las llaves y abrió la puerta.

Cuando entró, cerró la puerta y dejó su bolso en el perchero.

Y justo cuando se iba a dirigir a su dormitorio para cambiarse de ropa, sonó el timbre de la puerta.

La joven abrió y vio a Héctor.

Entonces ella se quedó mirándole a él, sin saber qué decir de primeras, pero como él le sonrió, ella, con los ojos húmedos de la emoción, y movida por un impulso, le empujó un poco hacia el pasillo de las escaleras para que no les escuchasen sus padres, y luego cogió las manos de él y le dijo emocionada:

—¡Gracias!, ¡gracias por volver! ¡Soy una tonta, llevabas la razón, pero no me daba cuenta! Llevas toda la razón. Este dragón lo llevo dentro y no eres tú quien tiene que vencerlo y matarlo.

El joven sonrió y le acarició la mejilla.

—¡Ánimo! ¡Eres fuerte y puedes conseguirlo!

Y los dos se quedaron mirándose con ternura.

Luego él le dijo:

—¿Quieres que salgamos esta tarde?

—¿No tienes que trabajar?

—Esta tarde tengo una consulta, pero solo una persona, así que terminaré pronto.

—Entonces, sí. Saldré contigo. —contestó Silvia.

Y el joven sonrió, y ella también.

## Capítulo 19

Cuando Silvia volvió a entrar en su casa, su madre la llamó desde la cocina.

—¡Voy! —contestó ella.

Al entrar en la cocina, Angustias la miró y le dijo:

—Hija, me ha parecido escucharte entrar antes, y luego ha sonado el timbre.  
¿Quién era?

—Sí. Lo que pasa es que me he olvidado de algo importante, y Héctor ha venido a recordármelo.

—¡Ah, bueno! —contestó su madre, sin darle importancia —Pero tengo que decirte una cosa: Los niños tienen varicela.

Silvia se sorprendió.

—¿Cómo?... ¿Varicela?... ¿Y los dos?

Su madre asintió.

—Cuando tu hermana ha ido a levantarlos, lo ha visto. Ha llamado a un médico y le ha dicho que era varicela.

—¡Oh, vaya! —exclamó Silvia —¿Y ahora, qué van a hacer?

—Pues el problema es que la niñera se ha negado a ir a cuidarlos, porque dice que ella no la ha pasado y teme que la puedan contagiar. Así que tu hermana se ha pedido el día libre para quedarse con ellos, y así estamos, pero no sé cuántos días se podrá tomar. Yo me los traería aquí, pero ni tu padre, ni yo la hemos pasado, y... la verdad, no sé.

Silvia se quedó pensando y luego le contestó:

—Tranquila. Voy a llamar a Héctor y se lo voy a comentar, a ver qué nos aconseja él.

—Sí, hija, llámalo, a ver si él puede ayudarlos a que se curen más rápidamente.

La joven asintió, y fue a coger el teléfono que lo tenía en su bolso.

Entonces su padre salió del salón y le dijo:

—¿Ya te ha dicho mamá lo de los niños?

—Sí. —respondió la joven —¡Y encima la niñera esa, los abandona! ¿Tú te crees?

—A ver, si la mujer se cree que la pueden contagiar...

Silvia se quedó parada y luego exclamó:

—¡Ah!, ¡pero... ahora que caigo! ¡Qué tonta soy! ¡Si en realidad... ahora que lo pienso... ellos no pueden contagiarla! ¡Ni a la niñera, ni a vosotros!

—¡Um! —exclamó Manolo, pensativo —¡Llevas razón!

—¿Entonces, qué hago? ¿Lo llamo?

—¡Claro! —le dijo su padre —Al fin y al cabo, aunque no nos contagien, algo habrá que hacer, ¿no? ¡Tú llámalo y dile que lo invitamos a comer!

Silvia se quedó pensando y luego sonrió.

—Tendríamos que decírselo a mamá, ¿no crees?

Su padre hizo una media sonrisilla y luego asintió.

La joven, con el teléfono en su mano, se dirigió de nuevo a la cocina y su padre se adelantó a ella, y le dijo a su esposa en un tono de regaño:

—Angustias, ¿tú te crees que estas son horas de llamar a Héctor para preguntarle por nuestros nietos? Que el hombre habrá llegado cansado de trabajar y tendrá que hacerse su comida.

La mujer lo miró sorprendida y luego contestó:

—¡Ay, es verdad! —exclamó con fastidio — ¡No he caído que estas no son horas!

La joven pensó: "Me parece que le ha salido mal la jugada a papá".

Y lo miró, y este le hizo un gesto con la mano, como diciéndole: "Espera un poco."

Entonces Angustias dijo:

—¿Pues sabes lo que te digo? ¡Que le invites a comer! ¿No estás saliendo con él? ¡Pues así le conocemos mejor!

Silvia se quedó asombrada por el cambio de su madre y luego miró a su padre que parecía triunfante, y eso le dio ganas de reír, pero se retuvo y le dijo:

—Bueno, está bien. Se lo propondré.

La joven llamó a Héctor y le explicó la situación. Y luego le dijo:

—Héctor, según he comprendido, ellos no pueden contagiar a nadie, ¿verdad?

—Verdad.

—Sin embargo, nos gustaría saber qué podemos hacer para ayudarles. Y el caso es que...

La joven se paró, no sabiendo cómo decirle que si quería ir a su casa.

—Dime. —le dijo él — Habla con confianza.

—Bueno, es que... habíamos pensado que... si te apetece... tal vez podrías venir a comer y así hablamos un poco de eso.

El joven se rio, y luego le dijo:

—Así que mi suegra quiere invitarme a comer, ¿eh?

Silvia se rio.

—No solo ella. También mi padre y yo.

—Entonces no se hable más. Dadme diez minutos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —contestó la joven, contenta.

La joven fue rápidamente a lavarse un poco, y a peinarse, y a cambiarse de ropa.

Y luego puso la mesa, mientras su madre terminaba de preparar la ensalada.

A los pocos minutos, llamaron al timbre y abrió su padre.

Silvia y su madre recibieron al joven —que llevaba la mascarilla puesta—, en el comedor.

Héctor llevaba un precioso ramo de flores y se lo dio a Angustias. Y esta, que no se lo esperaba, lo cogió sonriendo y le dijo:

—Gracias, pero no tenías que haberte molestado. Además, en realidad somos nosotros los que te agradecemos que hayas venido tan pronto, cuando hemos solicitado tu ayuda.

—Para mí es un verdadero placer estar con vosotros. —le contestó él.

Angustias le sonrió y le dijo:

—Puedes quitarte la mascarilla, si quieres.

El joven asintió y se la quitó.

Y Silvia se sintió dichosa de ver que finalmente él había sido aceptado con agrado por su madre.

Mientras comían, Angustias se interesó por la familia de Héctor, y después, se metieron de lleno en el tema que los había reunido.

Entonces él les explicó que cuando alguien de repente, sin esperarlo, y sin posibilidad de evitarlo, pierde el contacto físico con algún ser querido, sea familiar, o un amigo, o una mascota, o incluso un objeto de alguien que nos es muy querido y que nos recuerda a esa persona, puede entrar en la fase activa de un conflicto de separación.

Por ejemplo, hay niños que cuando empiezan el colegio, sienten la separación de su madre, y entonces el cerebro puede activar un programa con sentido biológico, consistente en la ulceración de una o varias zonas específicas de la piel externa, o sea la epidermis. Eso es lo que se llama la fase activa del conflicto.

Pero cuando de alguna manera se resuelve el conflicto, entonces esa persona entra en fase de reparación, o en fase resolutive. Durante esta fase se produce el relleno de las úlceras cutáneas, con inflamación, rubor (color rojo), aumento de la temperatura en la zona, y prurito o picazón. Todas estas manifestaciones se producen durante la fase de solución, y es lo que se conoce en la medicina convencional como dermatitis, urticarias, eritemas, psoriasis, verrugas y también encontramos el sarampión, la rubeola, y también la varicela, entre otras.<sup>11</sup>

—Entiendo lo que dices, — dijo Manolo —pero Jaime y Federico ya están casi terminando el curso. Es cierto que mi hija Petra trabaja y no está mucho tiempo con ellos, pero pienso que los niños ya están acostumbrados. Y tampoco creo que echen de menos a su padre, pues él siempre ha tenido horarios parecidos a ahora.

—Es que puede ser que a quien echan de menos, no sea a su madre, ni a su padre. —contestó Héctor, mirando a Silvia.

Y la joven tuvo una corazonada y comprendió.

—¿Entonces a quién? —inquirió la madre.

—¡Claro! —exclamó Manolo, comprendiendo también —¡Añoran a Silvia!

Angustias miró a su hija unos momentos, y luego asintió y le dijo:

—Es cierto. Ellos te quieren muchísimo. ¡Pero si tienen pasión por ti!

A Silvia se le hizo un nudo en la garganta y se le saltaron las lágrimas y dijo:

—¡Cuánto siento que hayan sufrido tanto!

—Pero recuerda que ya han solucionado su conflicto. —le dijo Héctor — Además, no vayas a sentirte culpable, porque no lo eres.

Silvia le miró sorprendida y dijo:

—Sí, entiendo lo que dices, pero entonces, no comprendo... ¿ellos están en la fase resolutive?

—Sí. No hace mucho que los has visto, ¿verdad?

—Sí, los vi ayer.

—¿Ayer? —dijo su madre —¿Cómo que los viste ayer?

—Pues... es que me acerqué al colegio para verlos. No pude resistirme.

—Pues eso es. —dijo el padre —Ahí han solucionado ellos su conflicto de no verte.

Héctor sonrió y le dijo a Silvia:

<sup>11</sup> Para más información: <https://goo.gl/zA4RA1>

—Si solo hubiera sido que te vieron, ellos solo habrían solucionado un conflicto de separación de tipo visual. Pero no, fue la solución de un conflicto de contacto.

Silvia sonrió con cierta melancolía y asintió.

—Es que los abracé. ¡Y ellos me abrazaron a mí con tanta alegría!

Héctor asintió y le dijo:

—Pues ahí lo tienes.

Manolo y Angustias se quedaron callados, como asombrados.

Y luego Angustias le preguntó al joven:

—¿Entonces ellos no pueden de verdad contagiarnos?

—No. — contestó —Héctor — Si están los dos con la varicela, no es porque se lo hayan contagiado el uno al otro. Es porque los dos han tenido el conflicto de separación de su tía. Y en el momento en que se han podido abrazar, han solucionado. Y unas horas después, la fase de solución ha dado la cara. Eso es todo.

—¡Vaya! —exclamó Angustias —Esto me parece asombroso. Pero entonces ¿qué me dices de toda esta oleada de contagios por tiaravirus? ¿Es también por conflictos o qué?

—Bueno, — dijo Héctor —aquí ya nos metemos en un tema más complejo. Digamos que la principal fuente de conflictos son las informaciones que llegan a través de los medios de comunicación y las redes sociales que están manipuladas, y que no responden a la verdad y provocan el miedo en la mayoría de la población. Y según cómo se lo toma cada persona, le afectará a unos órganos u otros. Por ejemplo hay quien tiene miedo a contagiarse y no poder respirar y les surge el miedo a morir. Estas personas pueden activar un programa biológico que afectará a los alveolos pulmonares y a las células caliciformes de bronquios y bronquiolos. Y como resultado pueden sufrir con neumonías, bronquiolitis, súbitos descensos de la saturación de oxígeno, por ejemplo. Hay casos de personas que sienten todo esto como una amenaza en su territorio, es decir siente que su familia, sus amigos o gente cercana pueden estar en peligro, que pueden enfermar o morir, y entonces se le activará un programa biológico relacionado con la mucosa bronquial, o con la mucosa laríngea, y entonces pueden tener bronquitis, asma bronquial, malestar general, tos, cansancio, etcétera. También se puede dar el caso de quien tras escuchar todas esas noticias, sienta que el virus puede atacar sus pulmones, y entonces se verá afectada la pleura, y como consecuencia podrá tener problemas de pleuritis y derrames pleurales.

—¿Y por qué alguna gente pierde el olfato? — inquirió Manolo.

—Pues porque, como se suele decir, algo les mosquea, algo les huele mal, y en este caso, es lo que se dice del virus, que les produce cierta incertidumbre de "a ver qué es lo que va a pasar", que les huele mal, en sentido figurado, todo esto.

Manolo asintió y Héctor les dijo:

—En resumen, esta situación, o mejor dicho, lo que los medios de comunicación se encargan de decir, hace que la gente se asuste y reaccione de variadas formas. Y como la gente teme el contagio, eso multiplica exponencialmente los conflictos de la mayoría, y como consecuencia, resultan las variadas formas de programas biológicos que se achacan a un virus patógeno cuya existencia no se ha demostrado.

—¿Entonces la vacuna no sirve para esto? —preguntó Manolo —Porque si todo esto es por conflictos de la persona, y unos reaccionan de una manera y otros de otra, ¿qué papel juega la vacuna?

—Cuando uno comprende la Germánica, comprende que los microbios naturales del cuerpo tienen una misión de limpieza y regeneración de los órganos. Las vacunas en general, acaban con estos microbios que, como ya he dicho, forman parte de nuestra biología y cumplen su misión. Pero aparte de esto, las vacunas más modernas, tienen una gran cantidad de ingredientes químicos y completamente nocivos, incluso algunos que pueden modificar nuestra genética, y también muchos de ellos son subproductos de fetos de distintos animales y de humanos abortados.

—¡Qué horror! —exclamó Angustias.

—¡Sí, es horrible! —exclamó Silvia.

Héctor asintió y luego les sonrió y les dijo:

—Pero bueno, no pensemos demasiado en esto. Lo mejor es procurar no tener miedo, y tomarse todo esto de la mejor manera posible. Y os aconsejo que no veáis la televisión. Ellos viven del engaño, de la manipulación de la información, del escándalo, de la difamación, de la calumnia, etcétera.

Silvia y sus padres se quedaron callados pensativos.

—Bueno, pero volviendo al tema de mis sobrinos, ¿qué podemos hacer por ellos? —preguntó Silvia.

—En realidad, ellos ya se están curando. —le contestó Héctor.

—Pero entonces podemos traérmolos a casa, aunque nosotros no hayamos pasado la varicela, ¿no?

—Sí. Sin ningún problema.

Silvia sonrió y les dijo a sus padres:

—¿Qué decís vosotros? Nos los podemos traer mientras Petra y Paco trabajan.

Pero su padre le dijo:

—El problema es que no sé si ellos van a querer. Ya sabes en qué plan está tu cuñado.

Silvia se quedó pensativa y luego dijo:

—Es verdad. Y a él va a ser muy difícil convencerle.

—Si no imposible. —recalcó Manolo.

Silvia suspiró y su madre les dijo a ella y a su esposo:

—Bueno, no os preocupéis. Yo hablaré con Petra, y creo que aceptará que nos los traigamos.

Silvia sonrió y asintió, y su padre también.

Y Héctor se rio y dijo:

—No hay nada como una familia unida con ganas de solucionar cualquier imprevisto.

Los otros tres se rieron.

Y después de charlar un poco más acerca de la Germánica en relación con otros "programas biológicos", o lo que se suele llamar "enfermedades", Héctor dijo que se tenía que ir, pues tenía que ir a la clínica, y debía pasarse primero por su estudio.

Los padres de Silvia le dieron las gracias y la joven le acompañó hasta el ascensor.

Ella le miraba contenta y le dijo:

—Muchas gracias por venir.

Él le sonrió y le dijo:

—Ha sido un placer. De hecho, me he sentido muy bien. Cierto es que tu madre al principio no me miraba con muy buenos ojos, pero creo que ya le voy gustando... como yerno.

Silvia se rio, y él también se rio.

Entonces ella le dio un beso en la mejilla y le dijo:

—Gracias, Héctor.

El joven le sonrió y le dijo:

—¿Nos vemos a las 9, ahí abajo?

Ella asintió.

—Sí.

—Nos vemos, entonces.

Y luego el joven se metió en el ascensor.

Un poco más tarde Angustias llamó por teléfono a su hija Petra y le dijo que ellos podrían encargarse de los niños. Petra se sorprendió y le dijo:

—¿Pero y si os contagia a vosotros?

—No nos van a contagiar. —le contestó Angustias —No, porque tu padre y yo nos hemos acordado que ya la hemos pasado.

—¡Ah! exclamó Petra —Eso ya es diferente. En ese caso, claro que os los llevo, porque iba a ser un problema tomarme más días. Y Paco lo tenía más difícil que yo, porque su puesto es de mucha responsabilidad, y no están las cosas muy bien ahora, como para perder el trabajo. Os los llevaré el lunes. Ya hoy me lo he pedido, y como el fin de semana no trabajo, nos apañaremos así.

—Muy bien, hija. —le contestó Angustias —Si quieres, puedes traértelos el domingo por la tarde.

—Bueno, veremos. Ya te digo. —respondió Petra.

Luego se despidieron y colgaron el teléfono.

Silvia, que había estado presente, le dijo:

—¿Por qué le has dicho que ya habíais pasado papá y tú la varicela?

—Porque si no, no habría querido mandármelos. —contestó su madre —Y ella no puede tomarse muchos días, que ya hay problemas en la empresa en la que trabaja.

Silvia se quedó pensativa y su madre le dijo:

—¿Qué quieres? ¿Que le diga que no la hemos pasado? ¿Y entonces qué hace con Jaime y con Federico? Más vale una mentirijilla, que el riesgo de que pierda el trabajo.

Silvia asintió y le contestó:

—Si no me tuviera que ir a la clínica el lunes, yo me habría quedado con ellos.

—Pero tienes que ir, y ahora que has encontrado un buen trabajo, no debes empezar pidiéndote días. Además, ¿qué más da si lo hemos pasado o no? Si lo que dice Héctor es cierto, no nos vamos a contagiar. Y yo le he creído. Pero eso es más difícil de explicárselo a tu hermana así, de repente. Más adelante se lo explicaremos, y ya está.

La joven volvió a asentir, asombrada.

—Lo entiendo. —dijo —Pero tengo que decirte que estoy muy sorprendida de la facilidad con la que has comprendido y aceptado esta forma de ver las supuestas enfermedades contagiosas.

Angustias le miró sorprendida y le contestó:

—¿Por qué?

—Pues porque la mayoría de la gente no lo comprende al principio. Tardan en comprenderlo.

Angustias se sonrió y le dijo:

—En realidad, no os lo había comentado a vosotros, pero es cierto que había muchas cosas de las que están pasando, que no me cuadraban. Como el hecho de que si vas andando por la calle tienes que llevar mascarilla, pero cuando te sientas en un bar o te juntas con tu familia a comer, ya no pasa nada si te la quitas. O en la tele ves los programas de tertulias y ellos van sin mascarilla, tan campantes. O que en una misma familia que conviven todos, unos se ponen malos y los otros, no. O que digan que hay gente que está enferma aunque no tenga síntomas. ¡Hombre! ¡Así tampoco me importa a mí estar enferma, si me siento como una rosa!

Silvia se rio.

—Es verdad. Héctor lleva razón: no hay que ver, ni escuchar a los medios de comunicación.

—Pues no. —contestó Angustias —La verdad es que ya la mayoría es solo basura.

La joven asintió asombrada, y sonrió.

## Capítulo 20

A las 9 menos dos minutos, Silvia ya estaba abajo en el aparcamiento. Y desde allí pudo ver el coche de Héctor aparcado.

"Habrá subido a su estudio", se dijo.

—¡Silvia! —le llamó alguien.

La joven miró al primer balcón. Era Sinforosa.

—¡Buenas tardes, Sinforosa!

—¡Qué! ¿Esperando al novio?

Silvia se dijo: "¡Uf! ¡Ya está ésta queriendo enterarse de todo para luego contárselo a todo el mundo! ¡Y encima, yo sin mascarilla! ¡Ya me van a conocer en todo el bloque como la nueva negacionista!"

—Te equivocas, Sinforosa. He quedado con mi jefe para una reunión de trabajo.

—¡Sí, sí! ¡Con tu jefe! —dijo la vecina con retintín.

—¡Señorita Silvia! —le llamó Héctor por detrás.

La joven lo miró sorprendida.

Héctor le dijo, fingiendo seriedad:

—Señorita Silvia, disculpe que la haya hecho esperar. Tenía una consulta que hacer, y me he retrasado. Espero que se haya traído su libreta de apuntes para la reunión.

La joven se sonrió para sus adentros, al darse cuenta de que Héctor había escuchado la conversación con la vecina cotilla, y le siguió el juego:

—Sí, doctor. —contestó — Me he traído la libreta y la grabadora.

—Muy bien, señorita. Es usted muy eficiente.

—Gracias, doctor.

—Entonces vamos. —dijo Héctor.

—Sí, doctor. —contestó ella, muy seria.

Y mirando a Sinforosa, le dijo:

—Adiós, Sinforosa.

Héctor miró a Sinforosa y le dijo:

—Buenas tardes, señora.

Y continuó caminando al lado de Silvia.

La joven estaba divertida, y tuvo que reprimir las ganas de reír, para que su vecina no la viera, pero Héctor bromeó en voz baja, y le dijo:

—¿Esta señora no prefiere ver novelas?

Silvia se tuvo que aguantar la risa y le dijo en voz baja también:

—¡Cállate, que me va a dar la risa, y se nos va a ir al garete el teatro!

Y Héctor le contestó:

—Pues salgamos rápido de la urbanización, porque me temo que es posible que todavía esté en el balcón.

—Eso, seguro.

Él se rio y le dijo:

—Pero bueno, ¿y por qué no quieres que sepa que eres mi novia?

La joven se rio.

—¿Y quién dice que yo soy tu novia? ¡Si todavía no has pasado todas las pruebas!

—¿Qué más pruebas quieres?

Silvia le miró y se quedó pensativa con una sonrisa en los labios.

—Sorpréndeme. —le dijo.

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí.

—Bueno, voy a intentarlo. Súbete al coche.

—¿Al coche? ¿No vamos a pasear?

—Bueno, primero te sorprendo y luego paseamos, ¿qué te parece?

Silvia se sonrió y asintió, mientras pensaba: "¿Qué se le habrá ocurrido?".

Los dos jóvenes se montaron en el coche. Y él arrancó.

Mientras él conducía, ella le preguntó:

—¿Los sábados no se abren las clínicas?

—Sí. Se abren por la mañana, pero solo para cursos. Ese día no hay necesidad de estar en la recepción porque no hay consultas, y para pedir cita médica se hacen solo de lunes a viernes en el horario que ya conoces.

—¡Ah, ya! —dijo ella —¿Y mañana quién da el curso?

—Mañana le toca a Carlos en el chalet, y a Orlando en la de beneficencia.

—¡Qué bien compenetrados estáis!

Héctor sonrió.

Luego la joven se quedó mirándole y le preguntó:

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

Él la miró y se rio:

—¿Quieres saber la historia de mi vida?

—Bueno, supongo que es normal querer saber un poco más de ti. Sé que eres médico y que trabajas con la Germánica, y sé dónde vives, pero no sé más. ¿Y tu familia? ¿Dónde viven?

Héctor se sonrió.

—Bueno, esa pregunta me indica que estás realmente interesada en mí.

Silvia se sonrió y le dijo:

—No es eso. Solo quiero saber si eres millonario o no, que eso también me interesa a la hora de decidirme.

El joven se rio y Silvia también.

Y Héctor le contestó:

—Mi padre y mis hermanos provienen de una larga generación de abogados. Yo soy la oveja negra de la familia. Cuando les dije que quería estudiar Medicina, lo aceptaron, pero cuando se enteraron que escogí la Germánica, me tacharon de inconsciente y de loco. No llegaron a echarme, porque me fui yo antes.

—¡Oh, vaya! ¡Lo siento mucho!

—No te preocupes. No es tan grave. En realidad no es que estemos peleados, es solo que entendemos la vida de forma diferente. Pero nos vemos de vez en cuando, y yo hablo a menudo con mi madre por teléfono.

—Entiendo. Bueno, al menos tienes un poco de comunicación.

El joven asintió.

El coche seguía avanzando y Silvia se quedó callada mirando por la ventanilla.

—¿En qué piensas, que te has quedado tan callada? —le preguntó él, con una media sonrisa.

Silvia le contestó:

—En nada importante.

—¿De veras?

Pero Silvia seguía mirando las calles por las que iban, y empezó a extrañarse.

—¿A dónde vamos? —inquirió.

—Te voy a llevar a un sitio que creo que te va a gustar.

La joven se preguntó: "¿Qué sitio será ese?".

Entonces le dijo:

—Conozco esta zona. ¿Dónde me quieres llevar?

—Ten paciencia y lo verás.

Silvia empezó a ponerse nerviosa.

—¿Acaso vamos al cine? —preguntó.

—¿Te apetece ir al cine? —le dijo él.

—Pues... no especialmente. Nunca voy. —dijo ella, empezando a sentir el corazón latiéndole más fuerte.

—Bueno, pues entonces mejor no vamos. —contestó él —En realidad no pensaba llevarte al cine.

—Pues entonces, ¿dónde?

—¿No querías que te sorprendiera? Entonces no me hagas preguntas. Espera y lo verás.

Silvia fue poniéndose más nerviosa conforme seguían avanzando.

Entonces llegaron a una avenida y él le dijo:

—Voy a aparcar por aquí, que igual luego no encuentro aparcamiento.

Silvia se quedó callada, con el corazón latiéndole cada vez más fuerte.

Héctor aparcó y los dos se salieron del coche.

La joven le miró y le dijo:

—Dime la verdad, Héctor, ¿a dónde vamos?

Él le sonrió y le dijo:

—¿Dónde crees tú que vamos?

Silvia miró hacia un balcón de un edificio situado en la otra acera.

—No puede ser. —dijo ella —¿Cómo vas a saberlo tú?

—¿Cómo puedo saber qué? —le preguntó él.

Silvia estaba confusa.

—¿Dónde vamos, Héctor? —repitió.

El joven le sonrió y le dijo:

—Me ha dicho un pajarito que tu cuñado no está ahora en casa. Que solo están tu hermana y los niños.

Silvia se puso a reír de contenta, y luego se fue hacia el joven y le abrazó.

—¡Gracias, Héctor, muchas gracias! —exclamó.

Él se reía también, mientras le correspondía al abrazo.

—Bueno, no perdamos tiempo. —le dijo a ella —Creo que pronto llegará el ogro.

Mientras caminaba rápido hacia la casa de su hermana, Silvia le preguntó al joven:

—¿Ellos saben que venimos?

—Le he dicho a tu padre que avise a tu hermana, para que no acostara a los niños aún. Y él me ha dicho que tu cuñado no suele llegar hasta las once más o menos.

Silvia asintió, contenta.

Mientras subían en el ascensor, los dos sacaron su mascarilla por si se la tenían que poner, pues Petra sí creía en el contagio.

Cuando llegaron, los niños se pusieron muy contentos y Petra les dijo a su hermana y a Héctor:

—No hace falta que os pongáis la mascarilla. Solo te pido —dirigiéndose a Héctor— que no te acerques a nosotros, y menos a los niños — y luego le dijo a Silvia —Si quieres, puedes acercarte a ellos, al fin y al cabo, ya estás acostumbrada y no te van a pegar la varicela, puesto que tú ya la pasaste de pequeña.

Silvia sonrió y le dijo:

—Gracias.

Y los abrazó con el beneplácito de su hermana que los miraba sonriendo.

Luego Silvia le presentó a Héctor, y Petra le saludó sin darle ningún beso, claro. Pero se le quedó mirando fijamente y luego le dijo:

—Tu cara me suena. Yo te he visto antes. Pero no sé dónde.

Silvia miró al joven y se puso nerviosa pensando: "Lo ha reconocido. Seguramente lo habrá visto en el bloque y se va a dar cuenta de quién es...".

Pero Héctor le contestó:

—No tengo ni idea. Yo no recuerdo haberte visto antes.

—No sé. —murmuró Petra, pensativa —pero me suena mucho tu cara.

Y Jaime le preguntó al joven:

—¿Tú eres el novio de nuestra tita?

—Eso mejor preguntádselo a ella. —contestó Héctor, riéndose.

—Tita, ¿es tu novio? —le preguntó Jaime.

Silvia sonrió y le dijo:

—Te lo diré al oído, pero no se lo digas a él, ¿vale?

—¡Sí! —dijo Jaime, riéndose traviesamente.

—¡Dímelo a mí también! —dijo Federico.

La joven se acercó al oído de los dos y les habló en voz baja.

Los dos niños la miraron y luego se miraron entre ellos y se rieron como si hubieran hecho una travesura.

Héctor se reía también de verlos a ellos tres.

Silvia y el joven estuvieron un rato con Petra y los niños, y cuando se marchaban, Petra les acompañó al ascensor y les dijo en voz baja, para que no le escucharan sus hijos:

—Tengo que decirle a mi esposo que habéis venido porque, de otra forma, seguro que se iba a enterar por los niños. Lo que no le voy a decir es que Silvia los ha abrazado. Os pido que si alguna vez sale el tema estando él, seáis discretos, por favor.

Héctor y Silvia asintieron:

—Sí, claro. —le dijo Silvia — No te preocupes. A mí, más que a nadie, me conviene no decírselo.

Luego las dos se tiraron un beso con la mano y se sonrieron.

La joven bajaba en el ascensor muy contenta, y Héctor se reía.

—¡Espero que si tenemos hijos los quieras tanto como a tus sobrinos! — bromeó él.

Silvia se rio.

Luego se fueron a cenar una pizza y después regresaron a casa.

Cuando salieron del ascensor, ella le dijo al joven:

—Muchas gracias por todo lo que has hecho por mí.

Él le sonrió y le dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—¿Qué les has dicho a tus sobrinos al oído?

Silvia se rio y le contestó:

—Les he dicho que eres mi caballero andante.

Héctor sonrió, y luego le dijo:

—Pero en fin, ¿cuándo me vas dar el visto bueno?

Silvia se quedó mirándole más seria y luego le dijo:

—Pero tú, realmente, ¿qué sientes por mí?

El joven le sonrió y le miró a los ojos y le dijo:

—¿A estas alturas, de verdad no lo sabes?

La joven contestó:

—Pues creo que te gusto un poco.

—¿Eso crees?

La joven asintió.

—Pues te equivocas. —le dijo él —Tú no me gustas un poco. De hecho, la primera vez que te vi, me caíste bien, y la siguiente vez, me gustaste mucho. Y luego, cada vez que nos hemos visto me he sentido más y más enamorado de ti.

Silvia se rio, feliz.

—Yo también siento lo mismo,— dijo —prácticamente desde el primer día en que te vi. Al principio sentí miedo a que te acercaras a mí, pero cuando me dijiste que podías ponerte la mascarilla para subir conmigo en el ascensor, o bien esperar a coger otro, creo que en ese momento algo extraño pasó dentro de mí, y perdí completamente el miedo. Luego, cuando te vi la siguiente vez y empezamos a hablar, yo venía muy deprimida y tú, de alguna manera, conseguiste que olvidara lo que me apenaba. Tal vez pienses que soy una interesada, pero tú has cambiado mi vida, y mi forma de ver la vida.

Héctor la escuchó atentamente y luego le dijo asintiendo con aire reflexivo:

—Comprendo. Sí, supongo que estás agradecida porque te he ayudado en momentos malos.

La joven le miró y se extrañó por el tono de su respuesta.

—Sí, es verdad que te estoy muy agradecida, eso es cierto.

El joven asintió de nuevo y le dijo:

—Claro. Lo comprendo.

Ella se quedó mirándole y le dijo:

—Creo que no me he explicado bien. Es cierto que te estoy muy agradecida, pero... no solo te estoy agradecida. Quiero decir que... en fin, que admito que en realidad has logrado conquistar mi corazón.

Héctor le sonrió mirándola, pero Silvia no supo qué interpretar y le dijo:

—Por favor di algo, que no sé bien qué piensas de lo que te estoy diciendo. Es la primera vez que le digo a alguien que estoy enamorada de él.

El joven le cogió las dos manos y le contestó sonriendo:

—Perdona, pero es que yo también soy novato en estas cosas.

Silvia se rio y le dijo:

—¡Oye, no te burles!

—¡No, si no me burlo! contestó él riéndose — ¡Es cierto que eres la primera chica de la que me enamoro realmente!

Silvia le sonrió, y él le dijo:

—Espero con esto que ya se hayan acabado las pruebas, porque tengo ya demasiadas heridas de batalla. Primero tu madre y después Sinforsosa.

Silvia se rio y él se rio también.

Luego los dos se dijeron algunas palabras cariñosas, quedaron para el día siguiente y luego se despidieron con un beso.

## Capítulo 21

El domingo Silvia estaba muy nerviosa: Héctor había sido invitado a comer con su familia. Y a la comida también iban a venir no solo su hermano y su esposa, sino también su hermana con su esposo y sus hijos, pues Paco tuvo que admitir que tendrían que dejar a los niños con ellos, ya que de otra manera, tendrían que levantarlos muy temprano el lunes para llevárselos a sus abuelos, y después irse al trabajo. Pero dejó claro que iban con la condición de que todos estuvieran con la mascarilla, y que solo se la quitarían cuando se sentaran a comer. A Silvia le pareció una exigencia, por un lado, ridícula, y por otro, un signo de prepotencia, al querer imponer su miedo y su fanatismo a toda la familia.

La joven se esmeró en preparar el cordero a la miel, las patatas al horno y una deliciosa ensalada, mientras su madre estaba en la iglesia.

Sin embargo, algo la tenía nerviosa: por supuesto estaba feliz de que Héctor comiera con ellos, pero también temía la reacción de su cuñado y de su hermano si se enteraban de que él era el "negacionista". También se acordó de su cuñada cuando le insinuó que si estaba enamorada del "negacionista", y ella se enfadó. Se dijo: "¡Puf! ¡Vamos a ver si esta reunión no estalla!".

—Te veo tensa, pequeña. —le dijo su padre.

La joven le miró y asintió:

—Sí, sí lo estoy. Tengo miedo de que se monte la mundial con Héctor. Ya sabes cómo piensan Nacho y Paco. Creo que estamos sobre un polvorín.

Su padre sonrió.

—No te preocupes, —le dijo a su hija —seguro que Héctor será diplomático.

—Pero por muy diplomático que sea, no podrá comulgar con ruedas de molino. Manolo se rio.

—No te preocupes. Además, tu hermano y tu cuñado ya están acostumbrados a reaccionar cuando yo digo algo que no les gusta. ¡Y la verdad es que me encanta verlos reaccionar! —dijo riéndose — ¡Caen siempre!

—Sí, pero tú ya los conoces y tienes más confianza. Uno es tu hijo, y el otro, es casi tu hijo. Pero Héctor... él no tiene por qué aguantar las impertinencias de Paco. Ni tampoco las de Nacho.

—No te preocupes, seguro que sabe salir a flote. ¡Y si no, que se vaya enterando en qué familia se está metiendo! — dijo esto último riéndose.

Pero Silvia no se reía, estaba demasiado nerviosa.

—¡Tranquila, pequeña! —le dijo su padre poniéndole su mano sobre una mano de Silvia —Todo va a salir bien. Ya lo verás.

Silvia le miró y asintió.

Y cuando su padre se marchó, ella se dijo: "Estoy muy identificada con esto, y no me doy cuenta de que estoy alimentando Yoos de miedo, y de rabia."

Luego respiró y se puso atenta a lo que ocurría en su interior.

Y por fin llegó la hora.

Su hermana, su cuñado y los niños llegaron pronto. Traían una maleta con cosas de los niños, y ya Silvia les había preparado la habitación donde iban a dormir.

Los niños estaban muy contentos de poder dormir en casa de los abuelos, a pesar de sentirse enfermitos.

Silvia les sonreía y les mostraba su cariño con palabras y sonrisas, porque su cuñado estaba delante, y la joven no se atrevía a abrazarlos o darles algún beso.

Luego llegaron el hermano de Silvia y su esposa.

Los niños salieron a saludarlos, pero Fabiola, la mujer de su hermano, les dijo algo asustada:

—¿Qué hacéis vosotros aquí? ¡Vosotros tenéis que quedaros en vuestro dormitorio!, ¿no veis que podéis contagiarnos? ¡Venga, vamos!

Silvia la miró comprendiendo su miedo, y le dijo:

—No te preocupes Fabiola, no nos van a contagiar a ninguno de nosotros.

—Pues eso lo dirás por ti, — contestó su cuñada — porque yo no la he pasado, y no estoy dispuesta a contagiarme.

Silvia sabía que el contagio no existía y que sus sobrinos no podían contagiarla a ella, pero le dieron ganas de decirle que si tenía tanto miedo al contagio, que se fuera ella a su casa y dejara en paz a los niños.

Pero su padre, que parecía conocerla bastante bien, la retuvo con una mano y le dijo a su nuera:

—Fabiola, no te preocupes por el contagio. Si no te acercas a ellos, no te pasará nada.

—Sí, pero lo malo es que se acerquen ellos a mí. —replicó la mujer algo temerosa.

—Pero ellos no se van a acercar a ti. —dijo Manolo — ¿A que no, niños?

—No, abuelito. —dijo Jaime —No nos vamos a acercar a la tita Fabiola. ¿A que no, Federico?

—No. No nos vamos a acercar a ella. —contestó su hermano.

Su tía Fabiola los miró y les dijo:

—Bueno, está bien. Siento que estéis enfermitos, pero no quiero que me lo peguéis, que la varicela en los adultos es muy peligrosa.

Los niños la miraron sorprendidos.

Pero Silvia los cogió a los dos por los hombros y les dijo:

—No os preocupéis niños, que vosotros muy pronto vais a estar bien.

Los niños miraron a su tía Fabiola y esta pareció darse cuenta de las consecuencias de su comentario y les dijo:

—¡Claro que sí! ¡A vosotros no os va a pasar nada malo! Es peligrosa solo para los mayores.

Los niños asintieron y sonrieron.

—¿Y entonces, dónde vamos a comer nosotros? — inquirió Federico.

—Comeréis en el comedor con todos. —les contestó Silvia —Pero os vamos a poner junto al cabecero de la mesa, al lado del abuelito, ¿queréis?

—¡Sí, sí! —exclamaron los niños, muy contentos.

Silvia y su padre se reían.

En ese momento, llamaron al timbre y Silvia sintió un vuelco en el corazón: "¡Ya está ahí!", pensó, "¡Vamos a ver si no se lía una buena!".

La joven fue a abrir, y cuando abrió la puerta, Héctor le sonrió y luego la cogió de la mano y la sacó al pasillo de la escalera y la besó.

Silvia se abrazó luego a él y le dijo:

—Estoy feliz de que hayas venido a comer con nosotros, pero también estoy muy nerviosa, y tengo miedo de lo que pueda pasar.

—¿Y qué va a pasar? ¡Pues nada, mujer! ¡Estate tranquila, que verás como todo marcha estupendamente!

La joven cogió aire y luego lo soltó y contestó:

—Lo intentaré.

—No lo intentes. Hazlo.

Ella le sonrió y asintió.

Entonces él le dijo:

—Espera un momento. Voy a ponerme la mascarilla.

Silvia asintió, y luego, cogiéndole de la mano al joven, entraron en la casa.

Manolo se acercó a él, le dio la mano y le dijo en voz baja con una sonrisilla:

—Procura que no se enteren que eres el negacionista del bloque. Si se enteran, estaremos perdidos tú y yo.

Héctor se rio.

—Lo intentaré, pero no sé si lo lograré. —contestó.

Angustias también salió de la cocina y saludó al joven:

—Hola Héctor.

Y acercándose a él, le dijo en voz baja:

—Solo te pido que seas diplomático, que mi yerno es una fiera cuando se enfada, y está totalmente en contra de los negacionistas. Y mi hijo, tres cuartas de lo mismo.

Héctor se rio y le dio unas palmaditas en el hombro y le dijo:

—¡Gracias por avisarme! ¡Un poco más y entro diciendo que soy el negacionista!

—¡No! —exclamó Angustias — ¡Ni se te ocurra!

Silvia se rio y Héctor le cogió una mano a Angustias y le dijo:

—¡Es broma, mujer! ¡No les diré nada, que quiero salir vivo de esta comida!

Silvia y su padre se rieron y Angustias asintió diciéndole en un tono de suave regaño:

—Sí, tú te lo tomas a broma, ¡pero ya verás cuando conozcas a mi yerno!

—Bueno, en ese caso, intentaré comportarme. —contestó Héctor, riéndose.

El padre se sonreía, y Silvia le regañó a Héctor con la mirada.

Y el joven parecía divertirse con las miradas que le echaba.

Por fin Silvia lo pasó al comedor, con sus padres detrás de ellos, y les dijo a sus hermanos y a sus cuñados:

—Os presento a Héctor, mi novio.

Todos le saludaron sin darle la mano.

—¡Vaya, Silvia! —exclamó Fabiola — ¡Qué calladito te lo tenías!

—Bueno, en realidad es algo muy reciente. —contestó Silvia, mirando a Héctor y sonriéndole.

—¿Y cómo os conocisteis? —le preguntó su cuñada.

—Pues... — empezó a decir Silvia, mirando al joven.

—Nos conocimos una noche de luna llena, junto a unos jardines de ensueño. — contestó él.

Silvia le miró y sonrió.

—Sí, eso es. —dijo.

—¡Vaya! ¡Qué romántico! —exclamó Fabiola.

—¿Y a qué te dedicas? —le preguntó Nacho.

—Me dedico a escuchar a la gente.

Todos se quedaron callados

—¿Y qué tipo de trabajo es ese? —intervino Paco, observándolo muy detenidamente—¿Acaso eres psicólogo?

—Podríamos decir que sí y que no. —contestó Héctor, divertido.

Todos le miraron intrigados.

—¿No serás psiquiatra? —le dijo Nacho.

—No. Psiquiatra, no.

—Cura no puedes ser, claro. —dijo Fabiola.

—¡No, eso sí que no! —exclamó Héctor riéndose.

—Entonces, ¿qué eres? —le dijo Nacho.

—Soy un escuchador.

Todos se quedaron callados, y Silvia y su padre se miraron divertidos.

—¿Y se puede saber qué escuchas? —inquirió Fabiola.

—Escucho los traumas de la gente.

—O sea que eres psicólogo. —dijo Nacho.

—No exactamente. Pero es cierto que algo de psicología tengo que tener.

Entonces Paco le dijo:

—¿Acaso eres abogado?

Héctor le miró pensativo y luego le contestó:

—No. No soy abogado. Podría haberlo sido, pero no. En fin, no os quiero entretener más: en realidad soy médico.

Los demás hicieron un gesto de comprender y Nacho se rio.

—¡Hombre! ¡Haber empezado por ahí! —exclamó Nacho —Aunque en realidad, no te lo tomes a mal, pero la mayoría de los médicos de la seguridad social, lo que menos hacen, es escuchar a los pacientes.

—Sí. —contestó Héctor — Estoy de acuerdo contigo.

—¿Entonces trabajas por la privada? —le preguntó Nacho.

—Algo así, sí.

Silvia intervino:

—En realidad Héctor es uno de los médicos que trabajan en la clínica en la que voy a trabajar yo.

Los otros hicieron gestos de comprensión.

Sin embargo Silvia se dio cuenta de que su cuñado miraba muy fijamente y pensativo a Héctor, y pensó: "¿Por qué le mirará así? Espero que no le vaya a decir alguna barbaridad. ¡Uf!"

Pero entonces Paco se acercó a ellos y le dijo a Héctor:

—¿Nosotros nos conocemos?

Héctor le miró y le contestó pensativo:

—Pues... no sabría qué decirte. Con la mascarilla... no logro reconocer tus facciones.

Silvia pensó: "¡Ay madre! Como lo haya visto sin mascarilla por la urbanización, ya sabe que es el negacionista!".

Pero su cuñado le dijo a Héctor:

—Es que me suenan tu voz y tus ojos, y creo que te conozco.

Héctor se quedó callado mirándole y luego le contestó:

—A mí también me suenan tu voz, y tus ojos.

Entonces Héctor echó un paso atrás y se bajó la mascarilla.

Silvia se temió la reacción de su cuñado, y lo miró. Y vio que este, tras unos tensos momentos, también se bajó la mascarilla.

Mas, para sorpresa de ella y de los demás, los dos hombres se miraron, luego se sonrieron y luego empezaron a reírse.

—¡Pero si eres "Zapatero"!—exclamó Héctor.

—¡Y tú eres "Justiciero"! —exclamó Paco.

Y los dos continuaron riéndose, ante la mirada atónita de todos, incluidos Silvia y su padre.

—¡No me digáis que os conocíais! —exclamó Manolo.

—¡Sí! —contestaron los dos.

—Teníamos una pandilla en el colegio. —explicó Paco —Nos llamábamos por los mote relacionados con la profesión de nuestros padres. A él le llamábamos "Justiciero", porque en su familia todos eran abogados.

—¡Sí! —dijo Héctor riéndose —¡Y a Paco le llamábamos "Zapatero", porque su padre tenía una zapatería!

—Había otros tres chicos con otros motes. — explicó Paco— y formábamos una pandilla de amigos, y siempre nos metíamos en líos ¿verdad Justiciero?

—¡Verdad, Zapatero! —contestó Héctor— ¡Luego nos venían las regañinas, pero no nos importaba, porque nos lo pasábamos de miedo!

—¡Sí! —exclamó Paco sonriendo y con la mirada soñadora.

—¡Así que tú eras de su pequeña pandilla! —le dijo Petra asintiendo a Héctor —Hace tiempo que Paco me habló de vosotros. A veces me contaba vuestras travesuras. De hecho, tenemos algunas fotos de vosotros de aquella época. Pero ya hace mucho que no hablamos de esos tiempos.

Su esposo la miró e hizo un gesto como de lamentarlo.

—Sí, es cierto. —dijo —Ya había olvidado aquellos tiempos.

—¡Vaya sorpresa! —dijo Manolo —¡Esto sí que no se lo esperaba nadie!

—¡Pues sí que es curioso este encuentro! —dijo Nacho —Los dos amigos: tú —refiriéndose a Paco —te casas con mi hermana Petra, y tú —refiriéndose a Héctor— estás saliendo con mi hermana Silvia.

Todos se rieron.

Luego se sentaron todos a comer. Silvia se dio cuenta de que su cuñado parecía otro, pues se le veía contento. Al principio contó a todos algunas de las travesuras que hacían Héctor, él y el resto de su pandilla, de pequeños. Y todos se reían. Incluidos los niños.

Y a partir de ahí, también Manolo contó también travesuras de las suyas cuando era pequeño. Y de ahí fueron pasando a otras historias antiguas, hasta de cómo se le declaró a Angustias, y las estrategias que utilizó para convencer a su suegro para que le concediese casarse con ella.

El caso es que todos pasaron una comida alegre y entretenida, sin mencionar ni una sola vez el tema de la pandemia.

## Capítulo 22

Después de que los hermanos y los cuñados de Silvia se fueron, Héctor le propuso a la joven salir a dar un paseo.

Al principio la joven dudó, pues el hecho de que sus sobrinos estuvieran allí, le hacía sentir que era un deber el quedarse con ellos. Pero Angustias le dijo que no se preocupara, porque ella y su padre se las apañaban muy bien con los niños, así que finalmente aceptó.

Mientras paseaban, ella le dijo:

—He visto que antes de irse, Paco te ha estado hablando a solas un rato.

Él se sonrió y le dijo:

—Una de dos: o eres muy observadora o eres muy curiosilla.

Ella le miró con una pícara sonrisilla y le contestó:

—Puede que las dos cosas.

Héctor se rio.

—Eso está muy bien. Así, cuando quiera informarme de algo, no tengo nada más que ponerte a ti a investigar.

La joven se rio.

—Tengo que confesarte que no me esperaba lo que ha pasado hoy. —dijo — Nunca se me ocurrió que Paco y tú os conocierais.

Héctor sonrió.

—Yo tampoco esperaba que el cuñado conflictivo fuera uno de mis mejores amigos de la infancia.

—Y por tanto es cierto. Pero su comportamiento de hoy ha sido radicalmente diferente de cómo lo ha sido en los últimos meses, o diría yo en el último año. Prácticamente desde que empezó toda esta historia de la falsa pandemia.

Héctor suspiró y asintió y le dijo:

—Es que todo esto que está sucediendo ha creado una revolución en todo el mundo. En las familias hay separaciones de opiniones. En algunos casos los unos y los otros se respetan, pero en otras familias, las diferencias han logrado separarlos. Y eso es lo peor, que todo esto está alimentando el odio de muchos, y también muchas mentiras, creando verdaderos laberintos de pseudo información, de forma que ya no se sabe qué es cierto, y qué es engaño.

Silvia asintió y luego dijo:

—¡Cómo me gustaría que todos pudiesen conocer la Germánica para perder el miedo, y también el Trabajo psicológico, para no dejarse llevar por el Ego, y de esa manera, evitar tantos problemas!

Héctor la miró sonriendo y asintió.

—Sí, pero no todo el mundo acepta ni una cosa, ni la otra. Para bien o para mal, nosotros tenemos que respetar el libre albedrío de los demás, y si no están interesados, no podemos hacer nada por ellos, en ese sentido.

Silvia suspiró y luego asintió.

Él la miró sonriendo y le dijo:

—Bueno, ya hablando de otra cosa: ¿ya estás preparada para mañana?

La joven le miró y sonrió,  
—¿Te refieres a la clínica?

Héctor asintió:

—¡Sí, claro! Te toca en la de beneficencia, ¿no?

—Sí. —contestó la joven —¿Tú trabajas mañana allí?

—No. Mañana me toca en el chalet. Estarás con Hugo y con el doctor Montellano.

La joven hizo un gesto como de vértigo y exclamó:

—¡Uf! ¡El primer día ya me toca con él!

Héctor se rio y le dijo:

—No te preocupes, que no es tan ogro como parece. Conforme lo trates, le cogerás más confianza.

En ese momento, Héctor recibió una llamada de teléfono y él miró a ver quién era.

—¡Anda! —exclamó.

Y mirando a Silvia le dijo:

—Perdona un momento.

Y cogió la llamada.

—Dime, Paco.

El joven hizo un silencio, mientras escuchaba.

Silvia pensó: "¿Será él?", refiriéndose a su cuñado.

Héctor la miró mientras escuchaba y luego le contestó:

—Escucha, ahora estoy con Silvia dando un paseo. ¿Te va bien que vaya más tarde?

El joven se quedó callado, mientras escuchaba, y luego le dijo:

—Bueno, dame unos minutos, y te digo.

Luego cortó y le dijo a su novia:

—Silvia, ¿te apetece ir a casa de tu hermana y cenamos con ellos?

La joven le miró extrañada y le contestó:

—Pues... no sé.

Héctor la observó y luego le contestó:

—Ya veo que no.

Ella se sintió un poco coaccionada.

—No sé. —repitió —Es que... no entiendo. ¿Por qué quiere verte Paco otra vez?

—Creo que necesita hablar.

Silvia se quedó callada, y luego le dijo:

—Pues, es que... la verdad es que me apetecía estar contigo y pasear solos.

Él le sonrió y asintió.

—Bueno, le diré que nos vemos más tarde o mañana.

La joven se quedó mirándole, y le preguntó:

—¿Tú le has dicho que trabajas con la Germánica?

—Algo le he hablado, sí.

Silvia se quedó callada, debatiéndose entre ir a casa de su hermana, o dar el paseo con él.

—No te preocupes. —le dijo Héctor —Ya le veré mañana. Quedaré con él cuando salga de la clínica.

La joven se sintió algo culpable y le dijo:

—Bueno, está bien. Vayamos ahora, si quieres.

El joven le sonrió y le contestó:

—No. Quedaré mañana, no te preocupes.

—Es que mañana seguramente va a ser más difícil. Él tiene unos horarios de trabajo muy intensos. De hecho, creo que es por su trabajo por lo que él está últimamente con ese carácter. Tiene un puesto de muchísima responsabilidad, y en este último año, ha aumentado más.

Héctor se quedó pensativo.

La joven le sonrió y le dijo:

—Venga, vamos a su casa. Si logras que Paco vuelva a ser el de antes, merece la pena sacrificar el paseo.

El joven se rio y le contestó:

—Bueno, pero ya te resarciré por esto.

Ella se rio también y luego se dieron un abrazo.

Poco después, los dos llegaron a casa de Petra y Paco.

Estos les agradecieron haber ido a su casa, y mientras Héctor hablaba con Paco, Silvia se fue a la cocina con su hermana, y entre las dos prepararon algo para cenar.

—A Paco le ha impactado una barbaridad el haberse encontrado con su amigo de la infancia. — le dijo Petra a su hermana pequeña.

Silvia sonrió y asintió:

—Ya nos hemos dado cuenta papá, mamá y yo. El cambio que ha habido hoy ha sido total.

—¿Sí, verdad? — dijo su hermana, mirándola con un gesto como de pena — Siento mucho que también descargara sobre vosotros todas las tensiones de su trabajo. Pero lo de hoy ha sido realmente como un volver a los primeros tiempos de casados. Y todo gracias a tu novio.

Silvia se rio.

—¡Con razón me sonaba su cara cuando vinisteis el otro día! —le dijo Petra — ¡Claro! ¡Si es que yo lo había visto en las fotos de Paco con sus amigos cuando eran pequeños y adolescentes!

—¡Ah, ya, claro! ¡Ahora lo entiendo!

Como terminaron de preparar la cena, Petra se dirigió al comedor y les preguntó a los hombres si querían cenar, y seguir hablando después.

Ellos le contestaron que sí, y las hermanas sacaron lo que habían preparado.

Una vez todos sentados en la mesa, Paco miró a Silvia y le dijo:

—Silvia, quiero disculparme contigo. El que no hayas seguido trabajando con nosotros, en realidad es culpa mía. Cuando te vi abrazar a mis hijos, tuve miedo, y eso me hizo reaccionar de forma exagerada. Quizás solo tenía que haberte dicho que tuvieses más cuidado, pero... en fin, tuve miedo por ellos y...

La joven le sonrió y le contestó:

—No te preocupes, lo comprendo. Nos han metido mucho miedo con todo eso de los abrazos y el acercamiento a nuestros seres queridos, y yo, la verdad es que tampoco... En fin, que no pensaba que iba a pasar nada y...

Paco asintió y le dijo:

—Si te entiendo. Pero se habla tanto en los medios de comunicación... que no puedes dejar de pensar en ello. Y al final, aunque no conozcas a nadie que haya muerto por eso, pues tienes miedo. Y yo por quien más temo es por mis hijos, y por mi mujer. Bueno, y por mí mismo. Claro.

Silvia asintió.

—Sin embargo,— continuó Paco —por lo que me cuenta Héctor, vosotros veis todo esto desde otra óptica. Y no solo la pandemia, sino cualquier enfermedad como el cáncer.

Silvia le contestó:

—Bueno, yo solo acabo de empezar a ver un poco de la Germánica, apenas sé lo básico. En realidad es Héctor quien la conoce, pues él se dedica a ello.

Paco asintió.

—Sí. —dijo —Aunque ahora tú vas a trabajar con ellos, ¿no?

—Sí.

Paco se quedó mirándola sonriéndole y le dijo:

—En todo caso, me alegro de que ya que por mi culpa te quedaste sin ningún trabajo, hayas encontrado algo que es bastante mejor.

—Bueno, en algunos aspectos, este nuevo trabajo me gusta mucho, pero también me gustaba estar con los niños.

—Sí, lo sé. —contestó Paco —Sé que los quieres enormemente, y que ellos te adoran.

La joven sonrió y asintió.

—Sí, son muy cariñosos.

Su cuñado asintió y su hermana le dijo a Silvia:

—Al menos esta semana, podrás verlos un poco más.

—Sí. —contestó Silvia, pensativa —Pero... ya que estamos sincerándonos, ¿te puedo decir algo, Paco?

Este asintió.

—Adelante. Dime.

Entonces Silvia le habló de la niñera de sus hijos, y le contó lo ocurrido el día que fue a la escuela infantil a verlos.

—Yo creo que esa niñera no tiene ninguna empatía, y es muy antipática. Y estoy segura de que los niños no están bien con ella. Creo que no les trata como debería.

Paco se quedó callado y luego miró a su esposa.

—¿Tú qué dices? —le preguntó.

Y ella respondió:

—Pues lo poco que le he tratado, la verdad es que muy simpática no es que sea. Pero tampoco sé cómo trata a los niños cuando no estamos nosotros.

Silvia intervino:

—Podrías hablar con los padres de otros niños, que sí le han visto a la salida de la escuela.

Petra y Paco se quedaron mirándose y luego Paco le dijo a Silvia.

—Está bien. Veremos cómo solucionamos este tema.

Después de estar un par de horas charlando, sobre todo lo que estaba ocurriendo en relación con los acontecimientos presentes, y mirados desde el punto

de vista de la Germánica, Héctor y Silvia se despidieron del matrimonio, y se marcharon para regresar a sus casas.

Cuando Silvia se acostó, estaba muy nerviosa pensando en el día siguiente, y en que empezaría su nuevo trabajo. Se decía: "Tengo que hacerlo bien. No quiero dejar en mal lugar a Héctor."

Pero tras un buen rato de dar vueltas en la cama, se levantó para tomarse un vaso de leche caliente con miel.

Poco después se volvió a acurrucar y decidió concentrarse para desdoblarse conscientemente en astral. Así, muy relajada, fue autoobservando todo lo que ocurría en su interior: primero eran pensamientos, después también le pareció escuchar voces en su interior, y después poco a poco, iban apareciendo imágenes ensoñativas, pero en vez de identificarse con ellas, hizo un pequeño esfuerzo para levantarse, sin pensar en nada más, y de esa manera se desdobló al mundo astral. Y una vez allí, hizo sus primeros pinitos en cuanto a algunas investigaciones de tipo trascendental, que no relatamos a los lectores, por ser muy íntimas y personales...

## Capítulo 23

Y por fin llegó el día esperado por Silvia: por fin comenzaba su nuevo trabajo.

Ella y Héctor habían quedado temprano porque él iba a acercarla a la clínica de beneficencia.

—¿Has dormido bien? —le preguntó el joven.

—Sí. Bueno, me costó conciliar el sueño, pero al final he dormido de un tirón, hasta que sonó el despertador.

El joven sonrió y asintió.

—Estoy muy contento de que trabajes con nosotros.

Silvia sonrió y le contestó:

—Yo también.

Los dos se rieron de la dicha que sentían.

Cuando llegaron a la clínica de beneficencia, ya estaba Nicoleta dentro. Ella había ido antes para dejarle todo organizado, y quedarse un rato con ella para ayudarla en cualquier última duda que tuviera.

—Buenos días. —dijo Nicoleta.

Los recién llegados la saludaron también.

Y Nicoleta sonrió y le dijo a Silvia:

—Aquí te tengo todo preparado, para que puedas empezar. Voy a quedarme un rato contigo, por si tienes dudas de última hora.

—Te lo agradezco. —contestó Silvia — Así, cuando llegue el doctor Montellano, me dará menos miedo.

Héctor y Nicoleta se rieron.

—No te preocupes por él. —le dijo Nicoleta —Ya te darás cuenta de que no es tan fiero como aparenta.

Héctor volvió a reírse y luego les dijo:

—Bueno, chicas, me tengo que ir. Silvia, luego te llamo cuando salga y vengo a recogerte.

Silvia sonrió y asintió.

Y el joven se marchó.

Nicoleta le estuvo repasando un poco lo que le tocaba hacer esa mañana, y enseguida llegó Hugo.

—¡Buenos días a las dos! —saludó él alegremente.

Las otras le contestaron.

—¡Así que ya te tenemos entre nosotros! —le dijo Hugo a Silvia.

—Sí. —contestó Silvia —Espero hacerlo bien.

—Lo harás perfectamente. —contestó Hugo — Y tú, Nicoleta, por fin podrás disfrutar de unas merecidas vacaciones, y cuidar de la pequeña Anabel.

—Sí. —contestó Nicoleta —Quiero estar con ella más tiempo, que ahora con todo lo que está pasando con la falsa pandemia, aunque nosotros le estamos evitando la mayor parte de todo el montaje que hay con esto, ella se da cuenta de muchas cosas y eso le afecta.

—Es cierto. —contestó Hugo, pensativo —Todo esto también les afecta de lleno a las niñas.

Nicoleta asintió.

Silvia sonrió y le dijo:

—Espero conocer a tu hija algún día. Yo tengo dos sobrinitos que son mis tesoros, y también veo que toda esta historia les está afectando. Justamente ahora están en casa de mis padres pasando unos días porque tienen varicela, y sus padres tenían que trabajar y de esta manera, mis padres se encargan de cuidarlos.

Hugo y Nicoleta asintieron.

—Muy bien. —dijo Hugo —¿Ya sabes por qué tienen la varicela?

—Sí que lo sé. Nos lo explicó Héctor a mis padres y a mí. Y todo cuadraba.

Hugo sonrió y asintió.

En ese momento llegó el doctor Montellano.

—Buenos días, Carlos. —saludaron Nicoleta y Hugo.

—Buenos días, doctor. —dijo Silvia, un poco nerviosa.

El doctor les contestó:

—Buenos días.

Y dirigiéndose a Silvia volvió a mirarla pensativamente, como la vez anterior, y luego se sonrió y le dijo:

—¿Preparada para trabajar duro?

Silvia se quedó un poco cortada, mirándole, sin saber qué contestar, hasta que se dio cuenta por su media sonrisa que era una especie de broma, y le respondió:

—Aquí estoy para lo que me echen.

El doctor se rio y asintió:

—¡Así me gusta! —exclamó — ¡Una verdadera soldado en el campo de batalla!

Hugo y Nicoleta se sonrieron, y Silvia se rio.

—En fin,— dijo Hugo — yo me voy a prepararme, que enseguida tengo la primera consulta.

—Está bien, yerno, ya te he pillado la indirecta. —dijo, el doctor con una media sonrisa.

Hugo se rio y después cada uno se fue a una consulta.

—Creo que le has caído bien. —le dijo Nicoleta a Silvia.

—¿Tú crees? —le dijo Silvia.

—Sí. Si bromea contigo, es que le has caído bien. Aparentemente es un hombre duro, pero en el fondo no lo es.

Poco después llegaron una pareja que tenían cita con el doctor Montellano, y enseguida llegaron una señora de avanzada edad con otra más joven que venían a ver a Hugo.

Luego Silvia se quedó hablando un poco más con Nicoleta.

Al cabo de un rato entró en la clínica una mujer sin mascarilla y saludó sonriendo:

—¡Hola!

Nicoleta le sonrió también y le saludó:

—¡Hola!

Silvia también saludó, pero se quedó un poco extrañada, porque aunque no terminaba de reconocer a esa mujer, le sonaba mucho su voz.

—Tú debes de ser la nueva recepcionista, ¿no? — preguntó la recién entrada.

—Sí.

Entonces Nicoleta las presentó:

—Silvia, esta es Anastasia. Anastasia, ella es Silvia.

Las dos se quedaron mirándose como sorprendidas y Anastasia exclamó:

—¡Oye! ¡Pero... si yo te conozco! ¿No eres tú Silvia, la tía de Jaime y Federico?

—¡Sí! ¡Y tú eres Anastasia, la madre de Cristina! —dijo Silvia —¡Y la tía de Anabel!

—¡Pues claro! —exclamó Anastasia.

Nicoleta las miró asombrada y les preguntó:

—¿Pero vosotros os conocéis?

—¡Claro! —contestó Anastasia— ¡Nos veíamos todos los días en la escuela infantil! Lo que pasa es que como siempre nos veíamos con las mascarillas, porque ya sabes que allí nos las tenemos que poner...

Silvia se echó a reír, y Anastasia también.

—¡Pero qué pequeño es el mundo! —exclamó Silvia.

—¡Y que lo digas! —contestó Anastasia.

—Y a todo esto, — dijo Silvia —¿qué haces aquí? No sabía que conocías la Germánica. ¿Has venido para pedir una cita?

—No, nada de eso. —contestó Anastasia riéndose. —Es que había quedado con Nicoleta para ir juntas a hacer unas compras.

—¡Ah, ya! —contestó Silvia pensativa.

Hasta que de repente cayó en la cuenta, y miró a Nicoleta y le dijo:

—¡Anda! ¡No me digas que tú eres la madre de Anabel!

Nicoleta sonrió y asintió.

—Sí. ¿Entonces tú conoces a mi hija?

—¡Por supuesto que sí! ¡Es una niña encantadora!

Nicoleta sonrió de nuevo.

—Sí, es cierto. —dijo — Es una niña muy buena. ¿Pero entonces tú eres la tía de Federico?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Sí, claro que lo conozco. —contestó Nicoleta —Al menos de oídas, porque Anabel me habla mucho de él. Es uno de sus mejores amigos.

Silvia se rio contenta.

—Qué pequeño es el mundo. —dijo —Me da mucha alegría saber que las madres de los mejores amigos de mi sobrino Federico conozcan la Germánica.

Y Nicoleta le dijo:

—Pero el hijo de Orlando también está en esa escuela, solo que él tiene ya cinco años.

—Ah, sí, creo que me lo comentaste. Entonces estará con Jaime. ¿Cómo se llama?

—Alfonso.

—¿Alfonso? ¿El sobrino de la señorita Piedad?

—Sí, eso es.

Silvia sonrió y exclamó:

—¡Madre mía, pero si ya veo que hay mucha gente que conoce la Germánica a mi alrededor!

Anastasia y Nicoleta se rieron.

Luego estuvieron charlando un poco más, hasta que sonó el teléfono. Silvia contestó y se trataba de alguien que quería pedir una cita. Ella preguntó para quién era: si se trataba de un adulto o de un niño, y si había visto ya algún médico o si estaba siguiendo algún tratamiento, (sin pedir detalles, claro está), y algunas cosas más que fue apuntando, y luego le dio la cita.

Nicoleta, que la había estado escuchando todo el tiempo, le dijo que lo había hecho muy bien. Y viendo que se desenvolvía cómodamente, ella y Anastasia se despidieron de ella, y se marcharon, dejando a Silvia con un buen sabor por la curiosa anécdota.

A mediodía, Héctor recogió a Silvia y los dos regresaron a sus casas. Y cuando ella le contó el encuentro con Anastasia, él se rio divertido por la coincidencia.

—Pero esto me ha dado qué pensar. —le dijo Silvia — porque me estoy dando cuenta de que la Germánica se está extendiendo de tal forma, que cada vez más personas la conocen.

—Eso es cierto. —contestó Hugo —Sobre todo personas abiertas a otras formas de ver la medicina, porque la oficial no les convence.

Silvia asintió.

## Capítulo 24

Teniendo en cuenta los cambios habidos en la vida de Silvia, la semana pasó bastante tranquila: ella se encontraba a gusto en su trabajo, y aunque aún no habían comenzado con los cursos en francés o inglés, ya le dieron apuntes y esquemas en español para que ella los fuera traduciendo al inglés en sus ratos tranquilos en la recepción, y de esa manera empezar a preparar material para cuando comenzaran en serio un curso.

Ella estaba encantada, porque además de saber que con sus traducciones estaba haciendo un trabajo que podía ayudar a muchos, también estaba aprendiendo más, con muchos detalles que le ayudaban a comprender cada vez más la Germánica.

Pero el fin de semana llegó, y el domingo de nuevo volvió a juntarse toda la familia. Y Héctor fue invitado también.

Sin embargo, esta vez la comida resultó bastante diferente a la del domingo anterior:

Nacho y Fabiola llegaron justo a la hora de comer. Y él estaba muy serio. Durante la comida estaba como ausente, sin entrar en las conversaciones familiares. Hasta que Angustias le dijo:

—Nacho, hijo, ¡qué callado estás hoy! ¿Te pasa algo?

Él la miró y le contestó:

—Nada. No me pasa nada.

Silvia lo miró y le pareció que estaba como enfadado. Entonces miró a Fabiola, y vio que ella también estaba bastante seria. Así que pensó: "Puede que hayan discutido Fabiola y él."

Los demás le miraron, pero no dijeron nada.

Entonces Héctor le dijo:

—Oye Nacho, ¿y tú a qué te dedicas?

Nacho le miró y suspiró:

—Soy profesor de física. Trabajo en el instituto Cervantes.

—Ah, ya. —respondió Héctor — ¿Y tú, Fabiola? —

—Yo trabajo en una tienda de vestidos de novia. —contestó ella.

Héctor sonrió y exclamó:

—¡Ah, caramba! ¡Bonito trabajo!

Fabiola sonrió y le respondió:

—Sí. La verdad es que me gusta mi trabajo.

—Ya. —contestó Héctor, sonriendo.

Entonces Nacho le preguntó:

—Bueno, y tú, ¿cómo llevas esto de la pandemia? Supongo que estarás harto de ver a gente enfermándose por el bovid y muriendo, ¿no?

Todos los demás miraron a Héctor atentamente.

Héctor miró a Nacho pensativo y Silvia se echó a temblar.

—No. —contestó Héctor —No conozco ningún caso como el que me dices.

—¿Que no? —exclamó Nacho, sorprendido —Pero... a ver, ¿tú qué especialidad es la que tienes?

—Soy médico generalista. —contestó Héctor —Pero yo trabajo con una especialidad que no se enseña por ahora en la Universidad. Se trata de la Nueva Medicina Germánica, basada en los descubrimientos del doctor Hamer.

Nacho le miró sorprendido y luego exclamó como enfadado:

—¡No me digas que tú también estás con esa pseudoterapia de la que hablan algunos pirados!

—¡Nacho! —le llamó la atención su padre —¡Ese tono lo bajas ahora mismo! ¡Si no estás de acuerdo, dilo, pero no insultes de esa manera, que Héctor no te ha insultado. ¡Y en esta casa se admiten las opiniones de todos, pero sin insultar!

Todos se quedaron mirando a Héctor, y este se sonrió y le dijo a Manolo:

—¡Tranquilo, Manolo! No me lo tomo a mal. —y dirigiéndose a Nacho, contestó —Yo no sé a qué pseudoterapia te refieres. Yo trabajo con bases científicas demostrables al cien por cien con aparatos médicos y con resultados definitivos.

Nacho le miró con el ceño fruncido y le contestó:

—No es eso lo que dicen los medios de comunicación.

Héctor le dijo:

—¿Y qué saben los medios de comunicación, si ellos ni siquiera han investigado realmente en qué consiste?

—¿Y los demás médicos? —insistió Nacho —Porque, que yo sepa, eso no se estudia en la Universidad, ¿o me vas a decir que sí?

—Aquí, en este país, aun no. —respondió Héctor —Pero en otros países, sí. Sin embargo, si sabes lo que se estudia en la Universidad, también sabrás que las farmacéuticas financian parte de las investigaciones. Hoy día, la medicina oficial está basada en la farmacología, y la industria farmacéutica vive de vender productos que sirvan para aliviar síntomas, pero no para curar, sino más bien para crear nuevos efectos secundarios que van a requerir nuevos medicamentos, de manera que a medida que la gente va haciéndose mayor, también aumenta la medicación. A la industria farmacéutica le interesa más un enfermo crónico que alguien que se cure o incluso alguien que muera, porque ni el que se cura, ni el que muere, consume medicamentos. Por eso, es un engaño masivo en el que cae mucha gente por confiar en la medicina alopática basada en las orientaciones de las farmacéuticas. No estoy hablando de las medicinas de urgencias, pero sí de la medicina de familia, y de la medicina especialista que separa unos órganos de otros, y no se interesa por las vivencias de la gente.

Nacho se quedó mirándolo pensativo y luego le dijo con un tono irónico:

—Supongo con lo que dices que eres negacionista. ¿Me equivoco?

—El apodo negacionista es algo promulgado por los políticos y los medios de comunicación y luego continuado por el resto de la población, para personas que no están de acuerdo con la versión oficial, porque observan, reflexionan, investigan y se dan cuenta de que no cuadran las informaciones.

—¿Quieres decir acaso que la mayoría de la población es tonta y se cree cualquier cosa? —dijo Nacho a la defensiva.

—Yo no digo que la población sea tonta. Pero sí digo que los medios de comunicación se encargan de engañar a la población con la manipulación de la información. Y esa información manipulada, a unos les produce miedo por ellos mismos, o por sus familiares; a otros, enfado y rabia; otros pueden sentirse como

atacados, etcétera, y todos esos sentimientos están asociados a diferentes reacciones en nuestro cuerpo que van a afectar a distintos órganos o funciones biológicas.

Nacho se quedó pensativo mirándole y luego le dijo:

—Pero vamos a ver, si el bovid se contagia, ¿qué tiene que ver que la gente se crea o no, lo que dicen en la tele?

—El doctor Hamer demostró que no existe el contagio de enfermedades. Todos nosotros tenemos en nuestro cuerpo una serie de microbios que están ahí en la retaguardia mientras nosotros nos encontramos sanos, o nos encontramos bien. En la digestión, por ejemplo, actúan una serie de microbios en nuestro intestino o tubo digestivo, es lo que llamamos la flora intestinal. Estos no son perjudiciales para el organismo, sino todo lo contrario. Pues bien, hay en todo el cuerpo distintos microbios que realizan una función biológica en nuestro organismo. Si nosotros recibimos un impacto vivencial y nosotros reaccionamos con miedo, o rabia, o preocupación, o celos, u otro tipo de reacciones de tipo psicológico, eso afectará a distintos órganos o funciones de nuestro cuerpo. Pero el contagio físico no existe. Lo que sí existe es el contagio emocional y es debido a la identificación con lo que se percibe alrededor. Cuando tú ves a alguien sufriendo, si te identificas, sufres con él. Si escuchamos noticias en las que nos dicen que estamos siendo invadidos por extranjeros y que quieren quitarnos nuestros puestos de trabajo, y nos identificamos con esas palabras, sentiremos quizás rabia, odio, envidia, y eso provocará no solo enfrentamientos, sino que también podemos enfermarnos por ello. Si escuchamos en las noticias que hay gente muy perversa a los que llaman negacionistas porque según los telediarios, la prensa y los políticos, niegan la realidad de los hechos, entonces tendremos miedo y sentiremos rabia y odio por los que no creen en lo que nosotros creemos. Y ese miedo, esa rabia, ese odio, o cualquier otra vivencia fuerte que nos tenga obsesionados y que nos haga sentirnos incomprendidos, todo eso puede detonar un programa biológico en nuestro organismo, al que normalmente se le llama enfermedad. Pero nadie contagia una enfermedad a otros. Diferente es el "contagio de impresiones", cuando uno se identifica con lo que ve o escucha. Y al identificarse, puede surgir en la persona reacciones como el miedo, la ira, la envidia, etcétera, y ahí comienza el programa biológico al que llaman enfermedad.

Todos se quedaron callados. Pero Nacho seguía muy pensativo, hasta que dijo:

—Mi padre me ha dicho que dais cursos sobre esto. ¿Solamente admitís médicos?

Héctor le sonrió:

—No. Tenemos varios cursos. Uno es para profesionales de la salud, y otro está abierto a todos los públicos. En el primero profundizamos más, y en el general, hablamos de las bases de la Nueva Medicina Germánica.

Nacho se quedó pensativo y luego le dijo:

—Creo que tengo un compañero en el trabajo que ha debido estar en vuestros cursos.

Fabiola lo miró, y él la miró a ella.

—Puede ser. —contestó Héctor — ¿Es profesor?

—No, es conserje.

—¿Conserje? —repitió Héctor pensativo, y luego sonrió y asintió— ¡Ah, claro! ¡Debe de ser Hugo! ¡Sí, creo recordar que trabaja en el Cervantes!

—¿Hugo? —repitió Silvia extrañada —¿Cómo que Hugo?

—No, mujer, no es Hugo mi compañero, es otro Hugo.

—¡Ah, vale! —asintió Silvia.

—¡O sea que es cierto que ha hecho el curso con vosotros! —exclamó Nacho, pensativo.

—Bueno, no exactamente. —contestó Héctor —En realidad él conoce la Germánica desde hace tiempo. Su esposa es médica y también estudió la Germánica, y aunque ella ahora mismo no ejerce, ellos la aplican en su vida.

Nacho se quedó callado pensativo y luego le explicó:

—No sabía que su mujer era médico. El caso es que yo le veía a él demasiado relajado con todo esto que está pasando. Hasta antes de que empezara lo de la pandemia, me llevaba más o menos bien con él. Me parecía un tipo que se toma las cosas con humor, pero aunque yo no soy demasiado bromista, no me importaba su carácter alegre. Pero a partir de empezar las clases durante la pandemia, me he dado cuenta de que él pasa completamente de todo. Entonces deduje que teníamos un conserje negacionista.

Héctor sonrió.

Nacho lo miró, y continuó:

—Lleva la mascarilla, sí, pero cuando no está cerca de la gente, se la baja. Y ni hace por guardar las distancias, ni le he visto nunca lavarse las manos con el gel hidroalcohólico, ni le llama la atención a los chicos que ve con la mascarilla bajada, no pone orden en la entrada, ni en la salida de los estudiantes... en fin, un completo rebelde. Actúa como si no hubiese oído hablar jamás de la pandemia. Y cuando alguna vez le he llamado la atención, él me ha escuchado, pero en vez de hacer lo que le he pedido, me dice cosas como "no te preocupes", "no tengas tanto miedo", "todo esto es una gran mentira", "no veas la televisión", y cosas así.

Héctor asintió sonriendo:

—Sí, me lo imagino.

Y Nacho les dijo:

—El viernes tuve un encontronazo con él. Me enfadé mucho porque vi que pasaba de todo, y como me harté, me quejé al director. Éste ya sabía que el conserje era negacionista, pero no pueden despedirlo solo por eso. Sin embargo le pedí al director que le exigiera las normas que todos guardamos, porque parecía que el conserje se estaba burlando de todos en nuestra cara. Así que le llamó a su despacho y me pidió que yo me quedara, puesto que era yo el que se había quejado.

Nacho hizo una pausa, mientras se quedaba con la mirada perdida, como recordando todo lo ocurrido. Y luego continuó:

—Cuando el conserje entró en el despacho del director, este le dijo las quejas que yo tenía contra él. El conserje me miró, pero no me dijo nada. Pero luego se dirigió al director y le dijo que era cierto que él no creía en nada de lo que estamos viviendo. Dijo que toda esta historia le "chirriaba", y que aunque era cierto que no hacía por cuidarse puesto que para él estamos viviendo una farsa, creía que tampoco había violado las normas obligatorias de seguridad del instituto. Dijo que los chicos a veces se saltaban las distancias, o incluso se olvidaban de ponerse bien la mascarilla, pero eso pasaba muy pocas veces, porque entre los mismos chicos se advertían, sobre todo cuando había algún adulto presente. Entonces yo le pregunté que si se declaraba

negacionista. Y el muy ladino me contestó que si me refería a negacionista de la verdad o a negacionista de la farsa. Y luego admitió que sí, que era negacionista de la farsa. ¿Qué os parece? ¿Será descarado? Sin embargo el director no le llamó la atención y me preguntó si yo tenía algo que decir al respecto. Yo le dije que debía ser más estricto a la hora de seguir las normas, y el director me dijo que no veía fallo real en el conserje, pues era lógico que no podía estar detrás de todos los alumnos. Pero el caso es que luego he estado pensando, y he recordado detalles que me hacen pensar que en realidad el director también era negacionista, o al menos se lo estaba planteando.

Manolo estalló de risa.

Pero Nacho le dijo:

—Yo no le veo la gracia. Está claro que nos rodean los negacionistas.

Héctor sonrió.

—No deberías verlo así. —le dijo a Nacho —Si yo fuera tú, intentaría investigar más sobre todo esto para hacerte de una opinión propia.

Nacho le miró y asintió:

—Sí. Puede que lo haga. Quizás me apunte a un curso de esos que dais, aunque no aseguro que me lo vaya a creer todo. Pero avísame cuando empecéis uno.

Héctor asintió.

—¡Claro que sí!

Entonces intervino Paco:

—Oye, avísame a mí también.

Héctor sonrió y asintió.

—¡Y a mí! —dijo Manolo.

Héctor se rio y volvió a asentir.

—¡Oye, pues yo también quiero ir! —dijo Fabiola.

—¡Yo también quiero ir! —dijo Jaime.

—¡Y yo! —dijo Federico.

Todos se rieron.

—No, —dijo Petra —vosotros sois muy chicos todavía.

—¡Oh, vaya! —exclamó Jaime.

—¡Oh, vaya! —repitió Federico.

Todos se rieron.

—Por cierto, — dijo Silvia —resulta que la mamá de una compañerita de Federico es médico y también ha estudiado la Germánica. Es Anastasia, la mamá de Cristina. Y el papá de Anabel, es Carlos, uno de los doctores de la clínica en la que trabajamos, y su mamá es Nicoleta, que era la recepcionista a la que yo estoy sustituyendo.

—¡No me digas! ¡Qué casualidad! —exclamó Petra.

—Sí. —contestó Silvia —Pero ahí no termina la casualidad, porque resulta que Alfonso, el sobrino de la señorita Piedad, y que es compañero de Jaime, es el hijo de Orlando que es otro de los doctores de la clínica.

Todos se quedaron asombrados.

Y entonces Héctor se rio y dijo:

—Pues para rizar más el rizo, Hugo, el recepcionista rebelde del instituto en el que trabaja Nacho, es el padre de Cristina. Su mujer es Anastasia.

Nacho se quedó mirándole sorprendido.

—¿De veras?

Héctor asintió, y Nacho exclamó:

—¡Pues sí que es pequeño el mundo!

Y todos se rieron, y Nacho por fin sonrió, y su esposa, al verlo, también.

## Capítulo 25

Pasaron varias semanas en las que se vivió una tranquila cotidianidad.

La relación entre Silvia y Héctor se fue reafirmando, y ellos se sentían cada vez más enamorados el uno del otro, hasta que el joven le propuso profundizar en sus relaciones. Silvia era una joven bastante tradicional a la que no le gustaban las prisas en las relaciones íntimas, pues pensaba que primero había que conocerse bien en otros aspectos como eran la forma de pensar, la manera de ver el mundo, y si sintonizaban en otros aspectos también importantes en una relación de pareja.

Así que la joven le dijo:

—Tú ya conoces a mi familia. Ahora quiero yo conocer la tuya.

Héctor se sonrió y le respondió:

—Así que quieres ver qué parte de la herencia me toca, ¿eh?

La joven se rio y le contestó en tono de broma:

—Por ejemplo. Eso es importante. Dependiendo de lo que te toque, ya veo yo si me convienes o no.

Héctor se rio.

—Te advierto que como soy el más pequeño de los hijos, me toca una ínfima parte.

—Bueno, pues entonces veamos cuán ínfima es.

El joven volvió a reírse y ella también.

Luego Héctor se quedó pensando y le dijo:

—Está bien. Llamaré a mi madre, y quedamos para ir el sábado, ¿quieres?

—Sí. —contestó ella.

El sábado, mientras se dirigían a la casa de los padres de Héctor, la joven le dijo:

—Háblame de tu familia. Así iré sobre seguro y no meteré la pata.

Héctor se rio y le contestó:

—¡Así que te da miedo conocer a tus suegros!

Silvia se sonrió y le contestó:

—No, a mis suegros, no. Es a mis cuñados a quien temo.

El joven volvió a reírse.

—Bueno, está bien. —dijo —Te contaré los secretos de la familia.

—¡Ah, eso es lo que más me gusta! —contestó Silvia riéndose.

Y Héctor también se rio.

—Como ya sabes, — dijo el joven — tanto mi padre como mis hermanos son abogados, como lo fueron los hermanos de mi padre y su padre. En fin, ha sido una generación tras otra.

—Salvo tú, que eres el rebelde de la familia. —dijo Silvia riéndose.

—Bueno, no tanto. Solo he hecho lo que sentía.

Silvia le sonrió y le dijo:

—Y a mí me gusta que lo hagas así.

Héctor la miró y sonrió. Y ella también le sonrió, y luego le dijo:

—Bueno, pero háblame de ellos. De tus hermanos y de tus padres. Cómo son, si tus hermanos están casados, si tienes sobrinos, en fin, para hacerme una idea.

—Está bien. Tengo tres hermanos. El mayor se llama Alonso. Su esposa es Romina y tienen dos hijos que están estudiando en la Universidad.

—¡Ah! ¡Qué mayores!

Héctor sonrió.

—Sí. Luego está mi hermano Sebastián y su esposa Mariflor. Ellos también tienen una hija que está estudiando en Londres.

—¡Ah, ya!

—Y después está Esteban, que es el que va delante de mí. Él no está casado, pero tiene novia.

Silvia sonrió y asintió.

—¿Y cómo son?

Héctor se rio.

—Así que quieres saber más, ¿eh?

—Claro. Al fin y al cabo si van a ser mis cuñados...

El joven volvió a reírse.

—Bueno, Alonso y Sebastián son bastante más mayores que Esteban y yo. De pequeños, Esteban ha sido siempre mi compañero de juegos, porque los mayores ya andaban en la Universidad y pronto conocieron a las que hoy son sus esposas.

—¿Y qué carácter tienen? ¿Son como tú?

—¿Como yo? —dijo él, con una sonrisilla pícara —¿Te refieres a que si son tan inteligentes, tan guapos y tan simpáticos como yo?

Silvia se rio.

—Sí. —contestó —A eso me refiero.

Héctor se rio también y le contestó:

—Me temo que el único guapo de la familia soy yo, porque los otros se llevaron toda la inteligencia.

Silvia se rio.

—¡Qué tonto eres!

—¡Claro, ya te lo he dicho: ellos se llevaron la inteligencia, y yo me tuve que conformar con la belleza!

Silvia siguió riéndose.

—Bueno, vale. —dijo —¿Pero son simpáticos o no?

—¡Uf! ¡Eso ya te dejo juzgarlo por ti mismo! —contestó él, riéndose

—O sea, que no.

Héctor siguió riéndose y luego le contestó:

—¿Por qué te empeñas en que yo te diga cómo son? No quiero crearte representaciones mentales de ellos. Cada uno es como es, y ya los verás.

Silvia asintió y dijo:

—Está bien. Sí, llevas razón. Pero me imagino que alguna razón tuvo que haber para que no siguieras viviendo con ellos.

—Pero eso es porque yo apreciaba más mi independencia. No me refiero a mi independencia como el hecho de vivir solo, sino mi independencia de ideas y de formas de ver la vida.

—O sea que no tenéis las mismas ideas.

—Bueno, cada cual es cada cual. Ni peor, ni mejor.

—Sí, claro. Lo entiendo.

Cuando llegaron, Silvia vio ante sus ojos un edificio bastante regio y con un escudo familiar en lo alto de la puerta principal.

La joven empezó a ponerse un poco nerviosa.

Él la miró y le rodeó los hombros con su brazo derecho y le dijo:

—Tranquila, que no te van a comer.

Ella asintió, pero aún estaba un poco nerviosa.

Héctor llamó al timbre de la puerta y enseguida salió una mujer a abrir.

—¡Ay Hectorcito! —exclamó la mujer —¡Cuánto has tardado en venir a ver a tu familia!

Silvia se quedó bastante sorprendida al ver a la mujer, pues para ser su madre parecía ser muy humilde.

Héctor sonrió y le contestó:

—¿Me has echado de menos Lorenza?

—¡Pues claro que sí, niño!

El joven se rio y se acercó a la mujer y la abrazó.

—¡Ay, bendito seas! —le dijo la mujer —¡Ya hacía mucho tiempo que no me abrazaba nadie!

Héctor le sonrió y le dijo:

—Lorenza, esta es Silvia, mi novia. Silvia, Lorenza fue mi niñera y ahora es dama de compañía de mi madre.

La mujer y Silvia se miraron y Lorenza exclamó:

—¡Qué bonita es tu novia! —exclamó —¡Buenos tardes, Silvia!

—Silvia sonrió y le contestó:

—Buenos tardes, Lorenza.

Luego la mujer les hizo pasar, y al ver el hall de la mansión, fue cuando Silvia se dio cuenta realmente del poderío económico de la familia de Héctor.

La joven se mantuvo todo el tiempo al lado de Héctor y enseguida salió la madre del joven a saludarlos.

A su hijo le sonrió y le dijo:

—Hijo, te veo bien, y eso me alegra.

Héctor sonrió y se acercó a su madre y le dio un beso en la cara.

—Hola mamá. Sí, estoy bien. Te presento a mi novia: ella es Silvia.

La madre miró a Silvia y le dijo:

—Me alegra conocerte, por fin. Héctor me ha hablado de ti cada vez que hemos hablado por teléfono. Y veo que no exageraba cuando me decía que eras muy guapa.

Silvia se rio algo avergonzada y contestó:

—Gracias, señora. Es usted muy amable, pero no creo que sea para tanto.

—Pues yo creo que sí. —contestó la madre sonriéndole —Mi nombre es Fiona. Puedes tutearme.

—Gracias, Fiona.

—En fin, vamos a pasar al salón. —dijo Fiona —Allí nos esperan mi esposo y mis otros hijos.

## Capítulo 26

Cuando entraron al salón, a pesar de que la habitación era enorme y estaba amueblada con gran elegancia, lo primero en lo que se fijó Silvia fue en el padre de Héctor, que estaba sentado en un cómodo sillón, con un puro en una mano, y tomándose una copa, que luego depositó sobre una pequeña mesilla situada al lado del sillón.

Enfrente de él estaba sentado en otro sillón un hombre bastante mayor que Héctor, y a su lado una mujer elegantemente vestida.

Héctor sonrió y les saludó:

—¡Hola a todos!

Y acercándose a su padre le extendió la mano y le dijo:

—¿Cómo estás padre?

—Yo estoy bien. — contestó él, sin devolverle la mano — ¡Habrás que ver cómo te va a ti!

—¡Pues a mí me va estupendamente! —contestó Héctor, sonriéndole, a pesar de que su padre no le había dado la mano.

Luego le dijo a su padre:

—Padre, ella es Silvia, mi novia.

Y dirigiéndose a la joven:

—Silvia, él es mi padre. Su nombre es Javier.

El padre la miró detenidamente y luego le dijo mientras asentía:

—¡Bueno! ¡Ya veo que al menos a la hora de escoger novia, tienes mejor gusto que cuando escogiste tu carrera!

Héctor se rio y miró a Silvia, que estaba un poco acobardada.

—Ven, Silvia. Se ve que mi padre se ha dado cuenta de que eres una joya.

El padre se quedó mirándola y le preguntó:

—¿Y usted, señorita, a qué se dedica?

—Pues yo...

—Ella es filóloga. —contestó Héctor —Tiene las carreras de francés e inglés.

—¡Ah!, ¡ya veo! —dijo el padre —O sea que eres maestra.

—No. —contestó ella —No trabajo de maestra. Trabajo en la misma clínica que Héctor. Soy recepcionista.

El padre hizo un gesto de extrañeza, y le dijo:

—¿Y con dos carreras te dedicas a ser una simple recepcionista?

—Padre, no te permito... —empezó a decir Héctor.

—¡No soy una simple recepcionista! —le cortó Silvia, algo molesta— Soy recepcionista y eso no tiene nada de simple. Puede que no sea abogada como usted y sus hijos, bueno, menos Héctor que es médico, y además un médico muy bueno. Todos los trabajos que sean útiles a la humanidad, son buenos, aunque sean humildes. Y no por tener una gran carrera y dinero se puede considerar que una profesión es superior a las demás.

El padre la estuvo mirando sorprendido mientras hablaba, y luego se rio y dijo:

—¡Con que esas tenemos! ¡Así que eres recepcionista pero también eres orgullosa! —y dirigiéndose a su hijo, le dijo Héctor, creo que tu novia me va a gustar.

Héctor suspiró y miró a Silvia y le sonrió.

Luego, cogiéndola por la espalda, la giró y se dirigió a su hermano y a su esposa y le dijo a Silvia:

—Él es mi hermano Alonso, el mayor de todos. Y ella es Romina, su esposa.

La joven les saludó extendiéndoles la mano, pero el hermano la miró detenidamente, pero no le correspondió. Y Héctor le dijo a Alonso:

—¿Y qué tal, Alonso? ¿Cómo te va?

—Bueno, aquí aguantando el chaparrón. —dijo su hermano, con cara de fastidio.

Héctor hizo un gesto de extrañeza y le preguntó:

—¿Te refieres a lo de la pandemia?

El hermano se extrañó y le respondió:

—No. No me refiero a eso. Nosotros lo llevamos bien. Respetamos las normas, no, como otros, y estamos bien.

—No sé de qué hablas, en todo caso. —contestó Héctor.

Su hermano hizo un gesto de extrañeza y le preguntó:

—¿No has hablado últimamente con Esteban?

—No. Hace tiempo que no hablamos.

—Pues cuando lo veas te darás cuenta de las tonterías que se le han metido en la cabeza. Es un insensato. Aunque no sé de qué me extraño, si siempre lo ha sido.

Héctor se quedó pensativo.

En ese momento entró otro joven mayor que Héctor, pero más joven que Alonso, con su esposa.

—¡Vaya! —exclamó el recién llegado —¡El hijo pródigo!

—¡Hola, Sebastián! ¡Hola Mariflor! —saludó Héctor —Os presento a Silvia, mi novia. Silvia, él es mi hermano y ella su esposa.

—¡Ah! ¿Cómo estás, Silvia? —dijo Mariflor, sin acercarse siquiera a ella.

—Bien, gracias. —contestó Silvia, comprendiendo que la otra también creía en toda la historia del contagio.

Y Sebastián asintió.

—Bueno, pues vamos a comer. —dijo el padre.

—Falta Esteban. —contestó la madre.

—¿Y qué pasa? —dijo el padre.

—Pues que deberíamos esperarle. —respondió la madre.

—¿Y por qué? ¿Tú estás segura de que va a venir? Vete ya olvidando de que tienes un hijo que se llama Esteban.

Silvia se quedó sorprendida por lo que acababa de decir el padre, y miró a Héctor. Este también parecía extrañado.

—¿Por qué dices eso, padre? —inquirió Héctor.

—¿No has sabido los derroteros por los que anda? —le dijo su padre.

—No. No sé nada de él desde hace bastante tiempo.

—¡No me extraña! — exclamó el padre —¡Si es que los dos sois unos revolucionarios que solo os dedicáis a tonterías y sin sentidos!

Héctor se quedó pensativo.

—¿Se puede saber qué pasa con Esteban? —inquirió Héctor.

—¿Que qué pasa? —empezó a decir su padre — Pues que...

Pero en ese momento alguien llamó al timbre y el padre no continuó lo que estaba diciendo y se sonrió pensativo. Y luego dijo:

—¡Ahí está el rebelde! ¡Que te lo explique él!

Momentos después entró en el salón un joven algo mayor que Héctor, con una mujer joven.

—Siento la tardanza. —dijo el joven, acercándose a su madre, para darle un beso.

Ella se dejó besar y Sebastián resopló y se dirigió a Esteban:

—Estarías muy ocupado con esos negacionistas, ¿no? —le dijo con ironía su hermano Sebastián.

Pero Esteban no le contestó y en vez de eso, miró a Héctor y le sonrió y le dijo:

—¿Qué hay de nuevo, pequeñajo?

Héctor se rio y le contestó:

—¡Eso digo yo, grandullón!

Entonces Esteban se acercó a Héctor y los dos se dieron un abrazo.

—¡A ver, a ver! —les dijo su hermano Sebastián en tono de regaño.

Los dos hermanos más jóvenes parecieron hacer caso omiso a la llamada de atención de su hermano Sebastián y se rieron. Luego Esteban se fijó en Silvia, y le sonrió y le dijo a Héctor:

—¿Es tu novia?

Silvia sonrió y Héctor asintió y les presentó.

Entonces Esteban se acercó a Silvia y le dio un par de besos, y luego su pareja se presentó:

—Hola, yo soy Esther.

—Encantada, yo soy Silvia.

Entonces el padre, que había estado observando todo, dijo con una voz potente:

—¡Ya está bien! ¿No? ¿Qué os creéis, que esto es un club social, o qué? ¡No quiero negacionistas en mi casa! ¡Así que o cumplís las normas, o ya os estáis yendo!

Silvia se sintió cohibida y Héctor lo notó, y la cogió por los hombros y le dijo al oído:

—Tranquila, Silvia. No tengas miedo.

Pero Silvia ya no se sentía a gusto, y le dieron muchas ganas de huir de allí. Pero no tenía otra alternativa que quedarse y aguantar lo que viniera.

Cuando se sentaron a la mesa, que por cierto fue dispuesta con la distancia de seguridad necesaria para no contagiarse unos a otros, Silvia miró a Esther y vio que esta también le miraba a ella, y le sonrió. Entonces Silvia le correspondió con otra sonrisa, aunque en el fondo estaba deseando irse de allí.

Mientras comían, al principio empezaron los hombres a hablar de algunos casos de juicios que habían tenido, hasta que Sebastián le dijo a Esteban con ironía:

—Supongo que seguirás defendiendo casos de negacionistas, ¿verdad?

Héctor miró a su hermano Esteban, y Silvia se dio cuenta de que Héctor estaba sorprendido.

Y Esteban contestó tan tranquilo:

—Ya sabéis que solo defiendo casos de injusticias.

—¿De injusticias? —le dijo su padre, como enfadado —¿Pretendes decir que los negacionistas son víctimas de injusticias?

—No, papá. —contestó Esteban tranquilamente — Las víctimas no son solo los negacionistas. Las víctimas de injusticias son todo el pueblo. Lo que pasa es que muchos se conforman con las restricciones absurdas que ha impuesto el gobierno, mientras que otros no se conforman, porque no les parece ni justo, ni legal.

—¡Bueno! —exclamó su padre —¡Ya estamos!

Y dirigiéndose a su esposa le dijo:

—¡No entiendo por qué te has empeñado en llamar a este tarado de hijo que tienes, para comer con nosotros! ¿Pero no ves que es un revolucionario?

Esteban suspiró y le dijo a su padre muy serio:

—¿Es que acaso ves tú que es lógico todo lo que está pasando en este país? ¿Te parece normal que a las gentes las hayan encerrado en sus casas? ¿Te parece normal que te digan que con una mascarilla vas a evitar el contagio de un virus que se supone que es muchísimo más pequeño que los poros de las mascarillas? ¿Te parece normal que cuando caminas por la calle te tienes que poner la mascarilla, pero cuando estás sentado en la mesa de un bar, ya te la puedes quitar? ¿Te parece normal que no siendo la vacuna obligatoria, te despidan de un trabajo por no vacunarte? ¿Te parece normal que a una persona que no tiene síntomas le digan que es un enfermo asintomático porque una prueba que no sirve para detectar los virus, le sale por azar positiva, y que se tiene que mantener aislado en una habitación de su casa? ¿Te parece normal que en los colegios e institutos tengan que estar los críos con mantas, abrigos y guantes porque no cierran las ventanas para que el virus no les contagie? ¿Y tantas otras cosas que me podría estar un buen rato enumerándolas?

Silvia miró a Héctor, y vio que él observaba a su hermano con una sonrisilla en los labios.

El padre refunfuñó:

—¡Mira, no me vengas con teorías negacionistas, que ya estoy harto de ellas!

—Pues estarás harto porque no te has parado a reflexionarlas. —le contestó Esteban.

Su padre se encendió y le contestó a su hijo:

—¿Pero quién te crees tú que eres, don sabelotodo? ¡Haz el favor de dejar tus revoluciones para otros! ¡Esta es una casa decente y aquí se hace...!

—Sí, ya lo sé. —le interrumpió Esteban — ¡Aquí se hace lo que tú dices, y punto!

Silvia, atónita, volvió a mirar a Héctor y vio que él parecía divertirse.

Entonces le dio un toquecito con un pie a Héctor y este la miró y le sonrió. Y por debajo de la mesa le cogió una mano y se la apretó en señal de que estuviera tranquila.

## Capítulo 27

Mientras los otros hermanos de Héctor empezaron a criticar a Esteban por sus palabras, Silvia se quedó observando al padre, y se dio cuenta de que miraba a Esteban, pero en su mirada no se veía ni rencor, ni odio. Él se veía pensativo con una media sonrisa, y ella interpretó como una sonrisa de satisfacción por sus hijos que lo defendían.

Pero entonces Héctor quiso intervenir en la conversación y dijo:

—No entiendo por qué criticáis a Esteban, cuando sabéis de sobra que lleva razón. Yo no soy abogado, pero tengo dos dedos de frente y entiendo que con todas las imposiciones que se han puesto desde el gobierno, se están cometiendo montones de atropellos e injusticias.

—Yo soy el que no te entiende a ti. —dijo su hermano Sebastián —Tú que eres médico, deberías saber mejor que nadie la situación que estamos viviendo.

—Precisamente. —contestó Héctor —Precisamente veo que la situación que estamos viviendo es una pantomima absoluta. Que hay mentiras y engaños por todos lados. Y que todo esto viene por una razón que ya muchos conocen, porque ya se ha hecho público. De hecho, ya salió a la luz hace años, pero como eso no lo dicen los medios de comunicación, la mayoría de la gente no se interesa en investigar por sí misma y por otros medios, que no son los instaurados oficialmente.

Todos le miraron: unos sorprendidos, y otros extrañados.

—¡Explícate! —dijo su padre muy serio.

—Pues para empezar,— dijo Héctor — te diré que la base de todo este engaño es una absoluta mentira. Y a partir de esa mentira, vienen más mentiras para apoyar la principal, y para tapar la verdadera razón de todo esto que estamos viviendo.

Todos se quedaron mirándole, y Silvia miró a Héctor también muy atenta.

El padre se dio cuenta y le dijo a su hijo:

—¡Continúa!

Entonces Héctor empezó a hablarles de que el tiaravirus era algo que no se había demostrado, puesto que el virus no había sido ni aislado, ni secuenciado, y que el mismo ministerio de sanidad del país había informado que no tenía ninguna prueba de la existencia ni del aislamiento del supuesto virus<sup>12</sup>. Que la teoría del contagio tampoco era cierta, y les explicó a groso modo el por qué. Y también les habló de los diferentes conflictos vivenciales que originaban los programas biológicos, a los que normalmente se les llama enfermedad. Les habló de las vacunas que acababan con los microbios, los cuales cumplían una misión en la fase de solución del conflicto, y que si no se tenían esos microbios por causa de las vacunas, se formaban encapsulamientos, quistes o cavernas, según las distintas zonas o capas del organismo. Y que en realidad las vacunas tampoco evitaban que se pudiese enfermar. También les habló de los ingredientes y excipientes que habían sido utilizados hasta entonces, que habían provocado otras enfermedades raras y desconocidas anteriormente de que existieran las vacunas, y entre ellas el autismo en niños que habían sido vacunados al nacer. Y luego les habló de un conocido millonario que

---

<sup>12</sup> Véanse los estudios de Stephan Lanka sobre la no existencia de virus patógenos.

había creado una empresa de informática a nivel mundial y que se suponía que era un filántropo y que ayudaba a gentes de países del tercer mundo, pero que ya en varias ocasiones había dado conferencias en las que hablaba sin disimulo de que era necesario y urgente reducir la población mundial, y para eso, había que hacer un buen trabajo con nuevas vacunas, atención médica, servicios de salud reproductiva, y así se podría llegar a reducir la población tal vez un 10 o un 15%. Luego les habló de un profesor de farmacología de la Universidad de Copenhague, que explicaba que los fármacos son la tercera causa de muerte del mundo, y que un libro suyo comparaba a las farmacéuticas con el crimen organizado. Que se cuentan 197.000 muertos al año en Europa por culpa de los fármacos. Y que en España, el 95% de la formación de médicos depende de la industria farmacéutica, que es el tercer sector de la economía, tras el armamento y el narcotráfico. Y por último les dijo:

—¿Recordáis que hace unos cuatro o cinco años el gobierno de este país se dedicó a perseguir las terapias naturales y alternativas? Se difamó la homeopatía; se difamó una asociación de plantas medicinales muy conocida en los medios de comunicación, mostrando recortes de entrevistas para dar una imagen no real; se difamó el dióxido de cloro, un potente remedio que ayuda en la sintomatología de montones de enfermedades, y los medios se encargaron de decir que ese remedio no era otra cosa que lejía, que por cierto, cualquiera que haya estudiado en el colegio fórmulas de química se dará cuenta de que no es lo mismo una cosa que la otra; se difamó la Nueva Medicina Germánica y al Doctor Hamer, que incluso fue perseguido en otros países y encerrado en una cárcel solo por curar. En fin, que se creó una idea en los televidentes acerca de las terapias naturales como algo inservible o como algo perjudicial. Y así se ha ido poco a poco convenciendo al pueblo de que todo lo que sale en televisión, la radio y los periódicos oficiales es la verdad.

Héctor hizo una pausa y luego continuó:

—Como por ejemplo los políticos que gobiernan, que aunque no cumplan sus promesas, el pueblo sigue creyendo que todo lo que le dicen es verdad. Entonces, ¿en quién podemos confiar? ¿En los políticos que nos gobiernan? ¿En los medios de comunicación oficiales? ¿En los médicos que son pagados por las farmacéuticas, y siguen sus órdenes? ¿En quién podemos confiar? Yo, desde luego, no confío en ninguno de ellos. La Germánica me ha enseñado muchas cosas. Pero también he aprendido otras que no tienen que ver con la Germánica, pero que sí pueden relacionarse, y es un trabajo de tipo psicológico que nos enseña a vivir de forma más consciente para dejar de ser víctimas de las circunstancias, y de esa manera enfermar menos.

Todos se quedaron callados unos momentos, hasta que Esteban le dijo:

—¡Oye, Héctor! ¡Yo quiero saber más de eso que nos has hablado! ¡De la Germánica, pero sobre todo de ese trabajo de tipo psicológico que nos enseña a vivir más conscientes!

Héctor le miró y sonrió y le dijo:

—Claro que sí. Cuando tú quieras hablamos de ello.

Su padre se quedó mirándolo pensativo y su hermano mayor también. Pero Sebastián le dijo a Héctor, con ironía:

—Bueno, ya veo que se te da bien hablar. ¡Claro, no me extraña que te creas todas esas cosas de las medicinas de chamanes y brujos de la tribu, si tú mismo has

renegado de la medicina real! Y eso que hablas de las farmacéuticas es un puro invento que se han montado los naturistas que no les gusta el progreso científico. Se creen que con cuatro yerbas y con pócimas burbujeantes, y con echarse barro en la piel ya se van a curar de todo.

Y luego se echó a reír con desprecio.

—¡Pues no sé de qué te ríes! —intervino Silvia, enfadada por la burla hacia su amado —Es legítimo no estar de acuerdo con otros, pero el burlarte de algo que desconoces con unas comparaciones que no tienen nada que ver, muestran que no te has enterado de nada de lo que Héctor ha explicado.

Entonces Sebastián le dijo a su hermano:

—¿No le has explicado a tu noviecita que cuando acude a una casa por primera vez tiene que comportarse? ¿O es que acaso es otra revolucionaria como tú?

Héctor le cogió la mano a Silvia y le dijo a su hermano:

—No es que ella sea revolucionaria. Lo que pasa es que es muy lista y se da cuenta de muchas cosas. Y a ti, se ve que te ha calado rápidamente.

—¿Estás diciendo que soy tonto?

—Ni ella ni yo hemos dicho eso. —dijo Héctor —Pero sí es verdad que ha dado la sensación de que mi discurso te ha aburrido y dejaste de escucharme en algún momento. Y por eso tu conclusión no venía muy a cuento. Eso es todo.

Silvia observó a Sebastián y se dijo: "Me parece que he empezado con mal pie". Así que volvió a envalentonarse y le dijo a Esteban:

—Sebastián, perdona que haya sido tan brusca. En realidad, lo que pasa es que no me ha gustado que le hablaras así a tu hermano. Acepto que no estés de acuerdo, pero no, que le hables mal. Yo no siempre estoy de acuerdo con mis hermanos, pero no me burlo de ellos, ni les tiro indirectas, simplemente les digo las cosas directamente. Disculpa por mis palabras de antes.

Sebastián la miró pensativo, y luego asintió con la cabeza y le contestó:

—Está bien. Pero en esta casa no somos tan susceptibles.

Silvia lo miró, y pensó: "¡Pero si el primer susceptible eres tú!" y le dieron ganas de contestarle, pero rápidamente se dijo: "¿Para qué? Es como hablar con una pared.". Y no le contestó nada. Simplemente asintió.

Sin embargo, el padre, que había sido un mero observador, se rio y luego le dijo a Héctor:

—¡Vaya Héctor! ¡No sé si habrás hecho bien en elegir tu profesión, pero lo que sí veo es que has acertado en elegir a tu novia!

Héctor se rio, y la miró a ella con dulzura.

—Sí, es cierto. De hecho, desde la primera vez que la vi, supe que ella era la elegida de mi corazón.

Silvia se rio algo ruborizada y el padre asintió.

Entonces el padre le preguntó:

—¿Y qué me dices de tu familia? ¿A qué se dedica tu padre?

—Él está ya jubilado.

—Ya me imagino. ¿Pero a qué se dedicaba?

—Era albañil.

El padre se quedó callado mirándola, y luego miró a Héctor.

—Ya veo. —dijo.

Silvia pensó que estaba despreciándolo, pero Héctor pareció leerle el pensamiento y le dijo a su padre:

—El padre de Silvia es un hombre muy afable y con mente abierta, y estoy seguro de que cuando os conozcáis, te va a caer bien.

—¿Eso crees? —le dijo su padre con un matiz irónico.

—No es que lo crea. Lo sé. Porque os conozco a los dos y sé que vais a congeniar.

El padre se quedó pensativo, y luego miró a Silvia.

—¿Se parece a ti? —le preguntó.

—No. —contestó ella —Yo me parezco a él.

El padre se sonrió y dijo:

—¿Pero es tan listo como tú?

—No, como yo, no. Es mucho más listo que yo.

El padre se rio y exclamó:

—¡Ya veo lo que es la devoción de una hija por su padre!

Silvia sonrió, pensando en su padre.

Más tarde, cuando Silvia y Héctor regresaban, él le dijo:

—Supongo que en más de una ocasión te has arrepentido de ir a conocer a mi familia.

Silvia le miró y contestó:

—Pues si te soy sincera, no es que me haya arrepentido, pero ha habido algunos momentos en que me he sentido un poco incómoda.

—Ya. —contestó él pensativo —Lo siento. Quizás tendría que haberte advertido un poco.

—Bueno, tampoco ha sido tan terrible. Supongo que con el tiempo la relación irá a mejor.

—Sin embargo le has caído muy bien a mi padre. Y a mi madre, también, por supuesto.

—¿De veras? —dijo ella, sorprendida, mirándole mientras conducía —¿Crees sinceramente que le he caído bien a tu padre?

—No lo creo. Estoy seguro.

Silvia se quedó pensando en el padre de Héctor.

—Pero cuando le he dicho que mi padre había sido albañil...

—Eso no tiene importancia. Conociéndolos a los dos, estoy seguro de que van a caerse bien mutuamente. Mi padre parece duro en apariencia, pero no lo es tanto. Lo que pasa es que él aprendió a comportarse como lo hacía su padre, y su padre lo aprendió de su abuelo. De hecho, mi hermano Sebastián, está cogiendo ese rol, aunque en realidad su personalidad no tiene nada que ver con la de mi padre.

—Pero al menos aparentemente tu padre parece... —no siguió hablando.

—¿Qué parece? —le dijo Héctor riéndose —Venga, dilo.

—Pues que parece un tirano.

—Ya. Tú misma lo has dicho: parece. Pero en realidad no lo es tanto.

—Sin embargo a tu hermano Esteban lo ha tratado fatal. Y me he dado cuenta de que cuando tus hermanos estaban criticándolo, tu padre se sonreía, como

victorioso de que sus hijos mayores lo defendieran ante la insolencia de la oveja descarriada.

Héctor se rio:

—Pues has interpretado mal. Eso es porque no conoces a mi padre. Crees que sí, porque lo has visto un rato, pero realmente no le conoces.

—¿De verdad estoy equivocada?

—Sí. El favorito de mi padre es Esteban. Siempre lo ha sido. Pero a mi padre no le gusta demostrar sus sentimientos y siempre disimula. Mis hermanos mayores han seguido la tradición familiar, pero realmente ni ellos tienen esa vocación, ni se entusiasman por su trabajo. Hay muchos a los que les pasa eso: que siguen las tradiciones familiares por comodidad o por el buen nombre o porque no tienen definida una vocación diferente.

—¡Vaya! ¡Me dejas asombrada, porque nunca me lo hubiera imaginado! ¿De verdad su favorito es Esteban?

—Sí. —dijo Héctor riéndose— No te has dado cuenta porque es la primera vez que los ves, pero seguramente con el tiempo, te darías cuenta.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿No tienes celos de Esteban?

Héctor volvió a reírse.

—¿Cómo voy a tener celos del hermano que más quiero? Entiéndeme, a mis otros hermanos también les quiero, pero Esteban es solo un año mayor que yo, y con los otros me llevo diez y once años, y apenas nos hemos tratado cuando yo era pequeño. Y cuando ya crecí, ya eran unos hombres casados y con familia. Además ellos nunca han sido muy cariñosos, que digamos, ni nada juguetones. Siempre han tenido un carácter más serio que Esteban y yo.

Silvia sonrió, pero luego lo miró y se puso seria y le regañó:

—¡Pues todo eso me lo podías haber dicho antes y así no habría hecho conjeturas!

—¿Y yo qué culpa tengo de que hagas conjeturas? —dijo él riéndose.

Silvia lo miró algo enfadada, pero luego de verlo reírse, también le entró la risa a ella.

## Capítulo 28

Al día siguiente, cuando Héctor y Silvia regresaron de la clínica y llegaron a la zona ajardinada del bloque, él aparcó y, sin salir del coche, le dijo a la joven:

—Silvia, quiero decirte algo.

—Dime. —contestó ella.

Héctor se quedó mirándola pensativo y luego le dijo:

—Escucha, ya llevamos saliendo más de un mes, y creo que ya nos conocemos en muchos aspectos. Yo te quiero, y me gustaría pasar el resto de mi vida contigo.

La joven se quedó callada reflexiva, porque no esperaba esa proposición en ese momento. Pero luego le contesto:

—Sí, te entiendo.

—¿Quieres entonces que vivamos juntos? — le dijo Héctor.

—No, eso no. No me gustan ese tipo de relaciones.

El joven la miró sorprendido, hasta que cayó en la cuenta.

—¿Quieres que nos casemos?

—Sí.

Héctor se rio.

—¡Así que se trata de eso! ¿Acaso te piensas que por el hecho de no casarnos y vivir juntos, no va a durar nuestra relación?

—Es que no veo por qué no casarse. Si tenemos claro que nos queremos, ¿por qué no casarnos?

—Pues por mí no hay problema. —contestó él, riéndose —¡Ya tenía yo ganas de ser un hombre casado!

Silvia se rio. Y Héctor le dijo:

—¡No te rías, que es cierto!

La joven siguió riéndose, y él le dijo:

—¡Oye, que esto es en serio!

Silvia asintió y dijo:

—Ya lo sé que es en serio. Me rio porque me siento feliz por el paso que queremos dar.

Él asintió y le dijo:

—Yo también me siento muy feliz.

Los dos se besaron en señal de su compromiso y luego se abrazaron.

—Ahora tendremos que informar a las familias. —dijo Silvia.

—Tengo una idea,— dijo Héctor, con una sonrisilla traviesa —¿y si nos casamos en secreto y luego se lo decimos a todos?

—¡Oh, no! ¡Eso no! ¡Eso les daría mucha pena a mis padres y a mis hermanos, pero sobre todo a mis padres!

Héctor se rio.

—¡Tranquila!, era solo una broma. Por supuesto que lo hablaremos con ellos.

Silvia se quedó pensativa y le dijo al joven:

—Espero que tus padres no quieran una boda por todo lo alto.

—No, eso sí que no. Yo no estoy dispuesto a bodas en ese plan. Me parece mejor con familiares y con los amigos más queridos por nosotros.

Silvia asintió.

—Sí, una boda sencilla, y con las personas más cercanas a nosotros. —dijo.

—Estoy de acuerdo. —dijo él.

La joven sonrió feliz y él la abrazó feliz también.

—Escucha,— dijo Héctor —hay algo de lo que no hemos hablado hasta ahora, y que veo que ha llegado el momento de hacerlo.

Silvia le miró intrigada.

—¿De qué se trata?

—Pues de las relaciones sexuales.

La joven no entendía bien qué quería decir con eso.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso me estás preguntando si ya he tenido relaciones con alguien antes? Pues te diré que no.

—En realidad no era esa mi intención. Pero ya que lo dices, te diré que yo tampoco he tenido relaciones sexuales con nadie. Y te diré por qué: como sabes, yo conocí a Hugo cuando empecé la carrera, y cuando él la terminó, dejamos de vernos, pero al cabo de unos años nos encontramos y me contó que él acababa de casarse con Carolina, y que daba charlas sobre la Germánica y también pasaba consultas. Entonces empecé a asistir a sus charlas, y renovamos nuestra amistad.

Héctor se quedó como recordando y dijo:

—Fue entonces cuando él me habló sobre la conciencia, el ego y su disolución con ese aspecto de nuestro propio Ser que es la Madre Divina. Todo eso de manera personal, fuera de las charlas, claro, puesto que no tenía que ver con la Germánica. También me habló de la meditación y del desdoblamiento astral. Todo eso me pareció mucho más interesante aún y como yo seguía pidiéndole más información, él me habló de la importancia de la energía sexual y de otra forma de sexualidad que no se basaba en la búsqueda del placer por placer, sino que con ese tipo de prácticas se podía crear algo superior, siempre y cuando no se llegase al espasmo sexual. Y me habló de la transmutación o transformación de la energía sexual para la creación de algo superior en el interior de uno mismo. Y de esa forma se podía crear un cuerpo astral auténtico con el que moverse siempre que se quiera en la dimensión astral. Y fue entonces cuando me explicó que aunque todo el mundo hace el desdoblamiento astral cada vez que se echa a dormir, no todo el mundo posee ese cuerpo si no lo ha creado antes, de manera que la mayoría de los seres humanos se desdoblán al astral con una especie de vehículo tipo fantasmagórico manejado por los distintos Yoes. Pero cuando se hacía esa práctica de transmutación, entonces la energía no desperdiciada, iba formando a base de trabajos continuos y poco a poco el verdadero cuerpo astral.

—¡Oh! exclamó Silvia —¡Vaya! ¡Qué extraordinario!

—También me explicó muy claramente que ese trabajo solo se puede realizar con una pareja de hombre y mujer que sea estable y manteniéndose fiel siempre, ya que en el momento en que se cambiara de pareja, ese trabajo se perdería. A mí esto me pareció tan extraordinario y tan mágico que decidí esperar a poder trabajar con las energías sexuales con la mujer apropiada, es decir, con aquella que consiguiese que me enamorara de ella desde el primer momento en que la viese. Y pasaron varios

años, y yo esperaba paciente. Hasta aquella noche de luna llena en que te vi por primera vez. Te vi y tú me miraste, pero luego te metiste en el bloque y llamaste el ascensor. Y cuando yo entré y te vi de nuevo, sentí algo extraño, como si ya te conociera. Pero aún no me había enamorado de ti, porque no podía verte bien con la mascarilla.

Héctor se rio y Silvia también.

—Pero la siguiente vez que te vi,— continuó él —te noté cansada, y me di cuenta de que tenías muchas ganas de llorar, y sentí ternura por ti y quise ayudarte. Y a medida que hablábamos, te vi cambiar e incluso bromeamos un poco con aquello del médico de la tribu, ¿te acuerdas?

La joven se rio y asintió con la cabeza.

Y Héctor también se rio y continuó diciendo:

—Días después volvimos a encontrarnos, y ya te vi bastante afectada y cansada, y fue cuando te invité a tomar algo y poder charlar. Y si ya sentía algo por ti, cuando te quitaste la mascarilla, vi que eras mucho más bonita de lo que pensaba, y me quedé gratamente sorprendido. Y creo que ahí fue cuando ya tuve claro que tú eras la elegida de mi corazón.

Silvia se rio y luego le dijo:

—¡Y eso que fui muy dura contigo!

—Sí, eso sí. Tenías grandes ambiciones: ¡no querías nada más y nada menos que un caballero andante!

La joven se rio de nuevo y él la miró con ternura y luego le dijo:

—Pero volviendo a las explicaciones que te he dado acerca de la transmutación de las energías sexuales, ¿qué te parece?

Entonces Silvia le dijo:

—Pues me parece muy bien y yo también quiero realizar ese trabajo. Tendrás que explicármelo bien, claro.

Héctor sonrió y asintió.

—Por supuesto que sí. Pero también te digo que si quieres saber más, puedes hablar con Carolina, que ella ya tiene experiencia y sabrá aconsejarte.<sup>13</sup>—

Silvia sonrió y asintió.

Luego los jóvenes salieron del coche y Héctor acompañó a Silvia hasta su casa.

Y cuando estaban frente a la puerta, Silvia le dijo:

—¿Cuándo vamos a decirles a nuestros padres que hemos decidido casarnos?

—Cuando tú quieras.

Silvia se sonrió y le contestó:

—Pues por mí, ya.

El joven se rio y le dijo:

—En este caso me gusta que seas tan impaciente.

Silvia se rio, y él le preguntó:

—¿Quieres que lo hablemos con tus padres esta tarde?

—No. Quiero decírselo ahora.

Héctor volvió a reírse y le dijo:

—Está bien. ¿Quieres hablarles tú sola, o...?

—¡No! — le interrumpió ella — Los dos se lo decimos.

---

<sup>13</sup> Hay bibliografía descargable, en este enlace: [http://judas—iscariote.org/para\\_emprender\\_el\\_vuelo.html](http://judas—iscariote.org/para_emprender_el_vuelo.html)

Pero luego se quedó pensativa y le dijo:

—Bueno, ahora que lo pienso..., ¿no deberías pedirle mi mano a mi padre?

Héctor se rio de nuevo.

—¿Pero eso se sigue haciendo? —preguntó entre risas.

—¿Y por qué no?

Héctor la miró pensativo, con una sonrisa traviesa y luego le dijo:

—¡Ya empezamos otra vez con los cuentos de princesas y caballeros!

Silvia se rio y asintió:

—¡Claro! ¿Qué te creías? ¿Que yo era una plebeya?

El joven la miró con dulzura y le dijo:

—No. Tú siempre serás la princesa de mis sueños.

Silvia sonrió y él le dijo:

—Está bien, le pediré tu mano a tu padre.

—Vale. —dijo ella, ilusionada —Pero no sé si ahora es buen momento, porque mis padres estarán esperándome para comer. Ven esta tarde, sobre las cinco, para que nos dé tiempo antes de irnos a la clínica.

—De acuerdo. Como quiera mi princesa.

Silvia se rio y luego se dieron un beso y él se marchó a su estudio.

## Capítulo 29

A las 5 en punto llamaron a la puerta.

Silvia, que se había arreglado un poco más de lo normal, fue a abrir con el corazón latiéndole muy rápido.

El joven le sonrió y luego le dio un beso y después le dijo:

—¿Les has dicho algo?

Ella negó con la cabeza, reprimiendo una sonrisilla.

Héctor la miró con un fingido gesto de regaño y ella se rio.

—¡Así que me dejas a mí toda la responsabilidad! —dijo él.

Y ella volvió a reírse.

—Así es como se hacía en los tiempos de los caballeros. —dijo.

Él resopló y dijo:

—¿Quién me mandaría a mí enamorarme de una princesa?

Silvia se reía divertida, y luego le dijo:

—¡Venga, pasa y no seas payaso!

El joven entró a la casa y ella cerró.

—Supongo que al menos les habrás dicho que iba a venir, ¿no? — le preguntó él.

—Les he dicho que vendrías a recogerme.

—¡Qué cruel eres! ¡Me dejas lo más difícil a mí!

Silvia volvió a reírse. Ella ya le conocía lo suficiente como para saber que él no estaba nada nervioso, y que solo era comedia.

—Ven al salón. Mis padres están ahí.

Los dos entraron en el salón y Angustias y Manolo le saludaron y el joven les dijo:

—Buenas tardes Angustias, buenas tardes, Manolo. Espero no interrumpir nada.

Manolo y Angustias le saludaron también, y Héctor vio que los dos se sonreían.

Entonces Héctor se quedó pensativo y luego miró a Silvia, —la cual estaba a su lado, aguantándose la risa— y se sonrió y luego les dijo a sus padres:

—Bueno, ya sabréis a lo que he venido, ¿verdad?

Angustias miró a su hija fingiendo, muy claramente, seriedad y dijo:

—Pues no, no sabemos nada.

Pero rápidamente corrigió y dijo:

—Bueno, sí, claro, has venido a recogerla, ¿no?

Pero el padre seguía sonriéndose, mirando a Silvia.

Héctor también la miró, divertido, y luego les dijo a sus padres:

—Quiero pedirlos la mano de vuestra hija.

La madre sonrió y el padre le contestó:

—Te la concedemos con gusto.

Héctor sonrió y asintió y luego cogió una mano de Silvia y la besó. Y ella sintió que estaba viviendo uno de los momentos más felices de su vida.

—Siéntate un poco, Héctor. — le dijo Angustias.

El joven se sentó con ellos y Manolo le dijo:

—Estamos muy contentos de que estés con nuestra hija pequeña. Te apreciamos y sabemos que la tratarás muy bien.

Héctor sonrió, y les dijo:

—Agradezco vuestra confianza, y vuestra amabilidad. Y me da mucho gusto poder formar parte de vuestra familia.

Angustias le dijo:

—¡Tengo que confesarte que la primera vez que te vi en el ascensor, me puse muy nerviosa y te cogí una manía...!

Héctor se rio y asintió.

—¡Sí, ya me di cuenta! —dijo.

—Pero luego comprendí que en realidad eres una buena persona. —aclaró Angustias.

Héctor volvió a reírse.

—Es porque la primera vez que nos vimos, yo no llevaba la mascarilla puesta, ¿a que sí? Tuviste miedo, y eso no te gustó. Lo comprendo perfectamente.

—Sí. Fue por eso. —confesó Angustias —Es que yo creía todo lo que se decía en la tele. Pero es verdad todo lo que nos has hablado.

El joven sonrió y asintió.

—Eso suele pasar mucho. Pero ocurre en los dos bandos: Que hay muchas personas que creen en la pandemia y otros que están convencidos de que en realidad es una plandemia y se vuelven enemigos unos de otros. Se critican mutuamente, muchos se burlan de los otros, e incluso hay casos de amigos o de gente en una misma familia: hermanos, o padres e hijos que dejan de hablarse por tener ideas diferentes respecto a este tema. Este tema ha separado más a las gentes, que las diferentes ideas políticas o de equipos de futbol, por ejemplo. Lo ideal sería que la gente investigara y comprendiera lo que ocurre, en vez de creer a pies juntillas todo lo que escuchan o ven o leen en los medios o en las redes sociales. Si cada cual respetara no solo la libertad de acción, sino la libertad de pensamiento de los demás, todo sería bastante diferente. Y más, si todo el mundo actuara con la conciencia, en vez de dejarse llevar por el Ego.

Angustias asintió.

Héctor le sonrió y le cogió una mano y se la besó, y le dijo:

—Pero ahora que nos conocemos un poco más, te confieso que estoy encantado de tenerte como suegra.

Angustias se rio y le dijo:

—Pues a mí también me va a gustar tenerte como yerno.

Y Silvia y su padre también se rieron.

Entonces Manolo le dijo a Héctor:

—Bueno, ¿y cuándo vamos a conocer a tu familia?

A Silvia le entró vértigo solo de pensarlo, pero Héctor se rio y les dijo:

—Hablaré con mis padres y concertaremos un encuentro, ¿qué os parece?

—Muy bien. —dijo Manolo — ¿Y dónde nos propones tú? ¿Aquí?

—Pues... — empezó a decir Héctor pensativo — os dejo a vosotros elegir el lugar.

Manolo se quedó callado reflexivo y luego miró a su esposa y dijo:

—¿Qué os parece en el restaurante del Parque de la Arboleda?

Héctor se quedó pensativo y luego asintió.

—Muy bien. Es un bonito restaurante. Si queréis podemos quedar el fin de semana que viene.

—Perfecto. —dijo Manolo.

Silvia se habría quedado allí más tiempo, pero se dio cuenta de que ya tenían que irse a la clínica y dijo:

—Bueno, nosotros tenemos que irnos ya, que tengo que abrir la clínica.

—Claro, hija. —dijo su madre —No debes llegar tarde.

Y así Silvia y Héctor se despidieron y se marcharon.

Mientras bajaban en el ascensor, él la miró sonriéndose y le dijo:

—A tus padres les ha pillado totalmente de sorpresa mi declaración, ¿eh?

Silvia tuvo que aguantarse la risa y para no delatarse miró hacia otro lado y contestó:

—¡Ya ves!

Héctor se rio y le dijo:

—Todavía no nos hemos casado y ya estoy descubriendo que eres una pequeña mentirosilla.

Silvia se rio y le contestó:

—Sabía que te ibas a dar cuenta enseguida.

Héctor suspiró sonriendo.

—Eso te enseña que no puedes engañarme.

Ella volvió a reírse y luego le dijo mirándole a los ojos:

—Bueno, ha sido la primera y la última vez que trato de engañarte.

Y Héctor asintió complaciente y luego la besó.

## Capítulo 30

El domingo, tal y como habían quedado, Silvia y Héctor, acompañados de Manolo y Angustias, se dirigieron al restaurante del Parque de la Arboleda.

Silvia y sus padres entraron para escoger una mesa y Héctor se quedó afuera esperando a los suyos.

Enseguida llegaron los padres de Héctor, y este les llevó hasta la mesa en la que iban a reunirse.

El joven hizo las presentaciones y todos se sentaron.

Entonces Manolo le dijo al padre de Héctor:

—Javier, me alegro de que por fin nos conozcamos. Silvia me ha dicho que eres abogado y que vienes de varias generaciones de abogados.

—Sí. —contestó el padre de Héctor muy serio — ¿Y tú? ¿También provienes de varias generaciones de albañiles?

Silvia sintió que aquello era una forma de burla contra su padre, y no le gustó nada. Pero Héctor, se dio cuenta y le cogió la mano por debajo de la mesa y ella le miró y él le hizo un gesto para que se tranquilizase.

La joven tuvo que pedir a su Madre Divina que sacara de su psiquis el yo del orgullo que le estaba martilleando, y que lo desintegrara.

Sin embargo, Manolo no se picó para nada y le contestó tranquila y alegremente al padre de Héctor:

—¡No! ¡Qué va! Mi padre fue cabrero, y mi madre, la pobre, antes de tenernos a mis hermanos y a mí, trabajaba cosiendo en una sastrería, y cuando nos tuvo, siguió cosiendo en nuestra casa.

—¡Ah, ya veo! —dijo Javier, mirando a su mujer.

—Sí,— dijo Manolo pensativo — fueron tiempos duros para ellos, justo después de la guerra. Mis padres tuvieron tres hijos, de los cuales yo soy el pequeño, y nunca los vi discutir. No éramos ricos, pero nunca pasamos hambre porque ellos trabajaban día y noche para que mis hermanos y yo no pasáramos necesidad. A pesar de todo, éramos felices porque ellos nunca dejaron de quererse y a nosotros nos amaban tiernamente.

A medida que Manolo hablaba, Javier lo escuchó atento y luego se quedó pensativo y le dijo:

—Pero supongo que echaríais de menos tener más dinero, más comida, más ropas.

—Bueno, es cierto que había algunas familias más adineradas, seguramente como la vuestra, pero nosotros no los veíamos, porque la gente que nos rodeaba tampoco eran ricos. Pero yo no echaba tanto de menos tener más. Teníamos un hogar, pequeño, pero nuestro; teníamos para comer, y cuando nuestras ropas se quedaban pequeñas, mi madre nos hacía otras con cualquier tela que le dieran. Por la noche, mi padre nos contaba historias, o leyendas, o cuentos, antes de dormirnos. Y mis hermanos y yo nos íbamos a la cama deseando que llegara ese momento. Y cuando fuimos creciendo, todos aprendimos un oficio y luego trabajamos para poder aportar en casa. Ya, más tarde en el tiempo, conocí a Angustias y nos enamoramos y

cuando juntamos un poquito de dinero nos casamos. Luego tuvimos un hijo, y como yo había estado trabajando en el edificio "Estrella del Norte", pude hacerme de uno de los pisos, y desde entonces vivimos allí.

El padre de Héctor asintió y dijo:

—Ya veo que no estás amargado por el pasado.

—¡No, claro! ¿Por qué iba a estar amargado? Tuve unos padres que nos amaban y que nos hicieron sentirnos felices, luego conocí a una mujer de la que me enamoré y de la que sigo enamorado, y tuve tres hijos, cada uno distintito, pero todos me han dado muchas alegrías. No te digo que no haya pasado momentos duros, pero eso era algo circunstancial y pasajero. Y yo me tomo la vida lo mejor posible.

Los padres de Héctor le miraron pensativos.

—¿Y vosotros? —inquirió Manolo —Silvia me ha dicho que aparte de Héctor tenéis otros tres hijos.

—Sí. —dijo Javier mirándolo.

—Y también me ha dicho que, salvo Héctor, sois todos abogados.

—Sí. —contestó el padre de Héctor.

—Bueno es saberlo,— dijo Manolo, entre risas —porque si necesito algún abogado ya sé a quién recurriré.

El padre levantó una ceja y dijo:

—Yo ya no ejerzo. Me he jubilado y les he dejado el gabinete a mis hijos.

—¡Ya me lo imagino! —dijo Manolo —Pero si alguna vez lo necesito, que espero que no, recurriré a tu hijo Esteban.

Javier se sorprendió y dijo:

—¿A Esteban? ¿Y por qué a Esteban? ¿Por qué no a los otros?

—Pues porque estoy muy seguro de que él me defendería mejor.

El padre volvió a sorprenderse. Pero luego miró a Héctor y le preguntó:

—Me imagino que tú le has hablado de Esteban.

—No. —contestó Héctor, extrañado.

—Le he hablado yo. —dijo Silvia, algo nerviosa.

El padre de Héctor la miró detenidamente y le dijo:

—Con que tú, ¿eh?

Y luego se sonrió y le dijo:

— ¡Así que te ha caído bien Esteban!

—Sí. —contestó ella — Me cayó muy bien.

Javier se rio y luego asintió pensativo, y le dijo:

—Bueno, lo comprendo. Lo comprendo perfectamente.

—¿Y vosotros? —inquirió Manolo —Supongo que vosotros nunca habéis pasado ningún tipo de necesidad durante vuestra vida.

—No. —contestó Javier — En casa nunca ha faltado de nada.

—¿Y cómo os conocisteis? —preguntó Angustias a Fiona.

Javier hizo un gesto como de sorprenderse y miró a su esposa.

Esta también pareció sorprendida, y luego le contestó a Angustias:

—Nos conocimos en un balneario. Él había ido acompañando a su madre y yo era la dama de compañía de una tía mía.

—¡Ah, ya! — exclamó Angustias.

Fiona sonrió y asintió:

—Yo trabajaba con ella haciéndole las veces de secretaria y de acompañante. En una de las sesiones de terapia, mi tía hizo amistad con la madre de Javier, y desde entonces les gustaba charlar en ratos libre y quedaban para comer juntas. Así conocí a Javier, y me enamoré de él.

Su esposo la miró al principio sorprendido, pero luego sonrió. Y ella continuó hablando:

— Pero yo por entonces era muy tímida, y sabía por su madre que él era un abogado de prestigio, y nunca me atrevía a hablarle. Hasta que un día en el que mi tía y la madre de Javier estaban en una de sus sesiones, él se acercó a mí y me invitó a pasear mientras esperábamos que mi tía y su madre salieran. Yo acepté y paseamos largamente. Y al día siguiente, lo mismo, y al siguiente lo mismo. Y lo que comenzó por una simple amistad terminó en lo que yo deseaba tanto: que él pudiese sentir lo mismo que yo. Y justo el último día, él se me declaró y yo acepté su propuesta de matrimonio.

Silvia sonrió y no pudo evitar exclamar:

—¡Qué romántico!

Y Héctor se rio.

Javier miró a su mujer con el ceño fruncido, y exclamó refunfuñando:

—¡Total, que hoy vamos a conocer los detalles más íntimos los unos de los otros!

Héctor se rio y Manolo también se rio y le dijo a Javier:

—¡Pero hombre! ¡Eso demuestra que en el fondo eres un romántico!

Y las mujeres también se rieron.

Javier refunfuñó un poco, pero al final no pudo evitar contagiarse de la risa de los demás, y terminó riéndose también.

A partir de ahí, la conversación se hizo muy fluida entre todos, hablando de temas como la familia, los tiempos pasados y los tiempos presentes, de la clínica en que trabajaban Silvia y Héctor, de la Germánica, incluso de recetas de dulces antiguos... en fin, temas muy variados que les dieron cancha para un par de horas.

Y finalmente hablaron de la boda de Silvia y Héctor. Y aunque el padre de él no estaba al principio muy de acuerdo en una boda sencilla, al final aceptó.

Y cuando se despidieron, todos se fueron contentos por el buen rato que habían pasado.

## CONCLUSIÓN

Un mes después, Silvia y Héctor se casaban. A la boda acudieron, tal y como habían querido ellos desde el principio, sus familias y sus amigos más íntimos, entre ellos, todos sus compañeros de las dos clínicas. Fue una boda sencilla, pero en un día soleado lleno de luz.

En la boda nadie llevó la mascarilla puesta porque todos los asistentes sabían ya que no era necesaria, pues habían comprendido que el contagio no existía. Y todos abrazaron a los novios para felicitarles.

La feliz pareja se fue a vivir al estudio de Héctor, y continuaron trabajando juntos en las dos clínicas.

Un mes después, comenzaron dos nuevos cursos de Nueva Medicina Germánica: uno general para todo tipo de alumnos, y otro para profesionales de la salud. Los dos se llenaron de personas ávidas de conocimiento. El curso para profesionales que se realizaba en el chalet, lo impartió Héctor, mientras que el curso apto para todos los que deseaban conocer la Germánica aunque no tuviesen ninguna titulación de tipo sanitario, se daba en la clínica de beneficencia y lo impartió Hugo. A este último acudieron entre otras personas: Manolo, Paco, Nacho, Fabiola, Esteban, su esposa Esther y el padre de Héctor, y también el director del instituto Cervantes a quien Nacho le había hablado de los cursos. Y en cuanto al curso para profesionales se refiere, este se llenó de profesionales de la salud sinceros y deseosos de dejar la medicina farmacéutica y de ayudar realmente a la Humanidad, así como biólogos, psicólogos y veterinarios.

Y a partir de ahí, la Nueva Medicina Germánica se fue difundiendo cada vez más, como ayuda para comprender mejor cómo se originan las llamadas enfermedades, y las reacciones del organismo para recuperarse. Y especialmente en tiempos difíciles de gran confusión provocada a propósito, el conocimiento de la Nueva Medicina Germánica descubierta por el Doctor Hamer proporcionaba un gran consuelo a todo el que comprendía las Cinco Leyes, porque entre otros aspectos fundamentales se perdía el miedo a la enfermedad y se sabía que no existía el contagio.

Y por otro lado cuando Silvia y Héctor se encontraban en el camino de sus vidas a otras personas como ellos, con inquietudes espirituales, les compartían aquellas herramientas para poder realizar "*el Camino de Santiago Interior*"<sup>14</sup>, que les conduciría hacia el autodescubrimiento. Y de esa manera les hablaban de las prácticas que enseñaban a conocerse a sí mismo mediante la autoobservación psicológica y la eliminación de los defectos psicológicos, el desdoblamiento astral y la meditación, así como también la transmutación de las energías sexuales para crear algo superior en el interior del hombre y de la mujer.

FIN

---

<sup>14</sup> Para más información, véase la obra: <http://www.elenasantiago.info/avanzadas/aprendices—en—el—camino—de—santiago—interior.html>

Más obras de la autora en: <http://www.elenasantiago.info>

Para quienes quieran profundizar:

[http://www.elenasantiago.info/para\\_profundizar.elena\\_santiago.htm](http://www.elenasantiago.info/para_profundizar.elena_santiago.htm)



**Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by—nc—nd):**

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas. <http://creativecommons.org/licenses/by—nc—nd/3.0/deed.es>